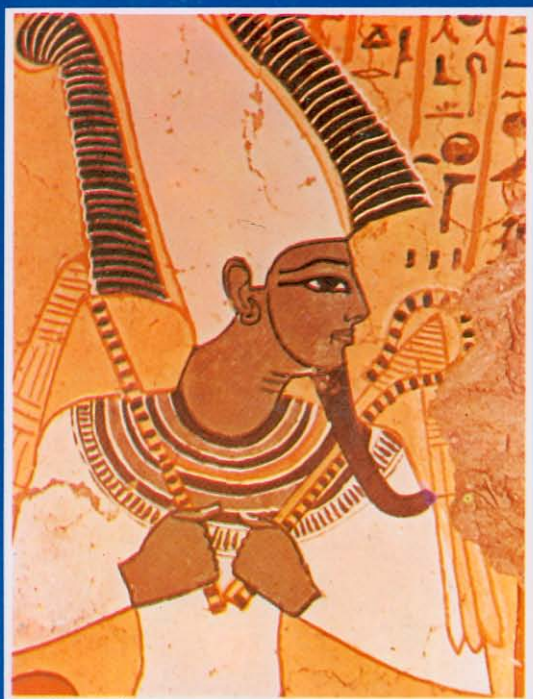
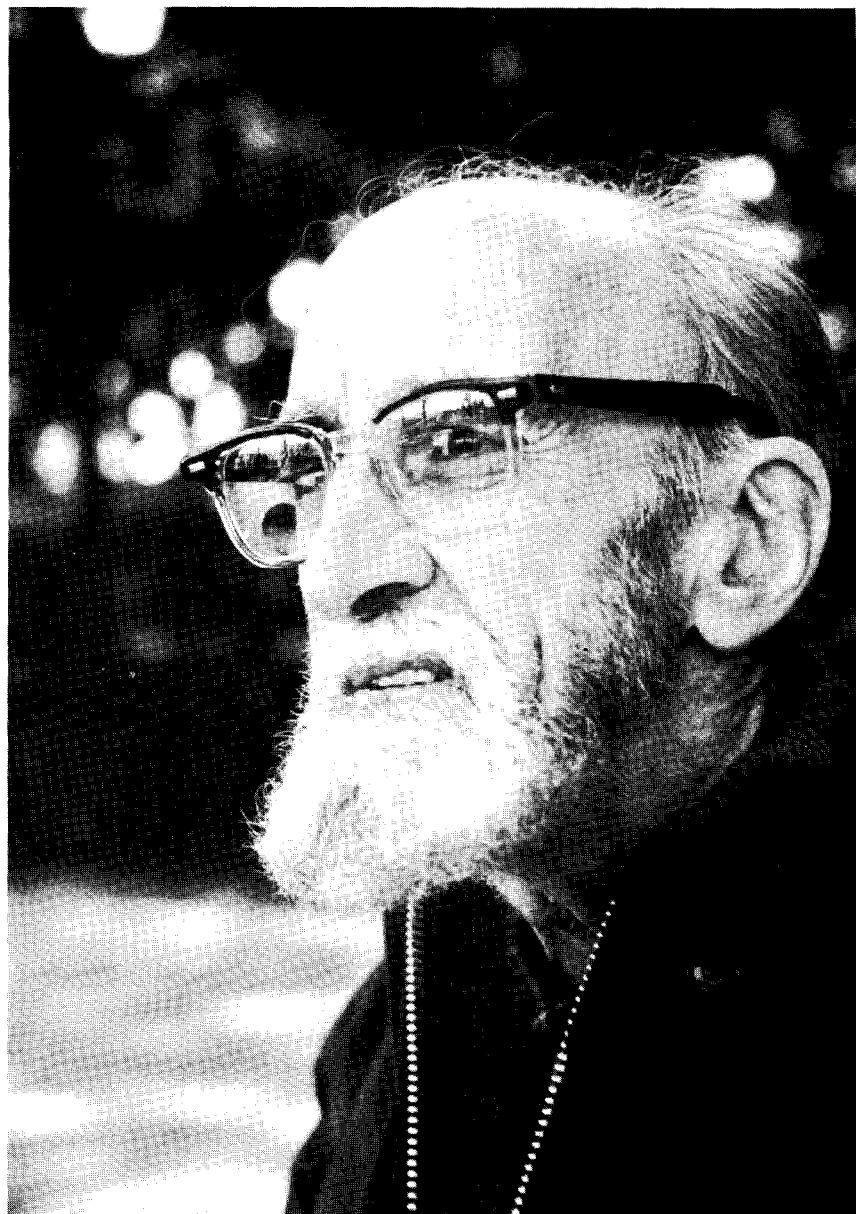


EL EGIPTO HERMETICO



Dr. Eduardo Alfonso

EL EGIPTO HERMÉTICO



DR. EDUARDO ALFONSO

Doctorado en el Colegio de San Carlos, de la Facultad de Medicina de Madrid. Miembro de Honor de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Profesor jubilado de Historia, Biología y Ciencias Físico-químicas en el Puerto Rico Junior College y en la Universidad de Río Piedras de Puerto Rico. Ex-catedrático de Historia de la Antigüedad en los cursos de extensión de la Universidad de Chile, etc.

DR. EDUARDO ALFONSO

COMPENDIO HISTÓRICO
DEL
EGIPTO HERMÉTICO



Andrés Mellado, 42
Madrid-15 - España

Editorial EYRAS dedica todos sus esfuerzos a explorar el potencial interno del hombre a través de la publicación de libros de indiscutible calidad, tanto de grandes Maestros que por sus elevados conocimientos están en posición de indicarnos el camino como así también de todos aquellos que a través de sus pensamientos o sus experiencias han abierto un sendero hacia las posibilidades infinitas que son patrimonio del ser humano.

Título original:
EL EGIPTO HERMETICO

De:
DR. EDUARDO ALFONSO

Diseño de portada:
José Luis Martínez Cañedo

Fotografías y dibujos
del Dr. Eduardo Alfonso

© Dr. Eduardo Alfonso
© EDITORIAL EYRAS
Andrés Mellado, 42
Madrid-15 (ESPAÑA)

Reservados todos los derechos
Prohibida la reproducción total
o parcial del presente libro sin
previa autorización del editor

I.S.B.N.: 84-85269-39-X
Depósito Legal: M-28371-1984

Fotocomposición: Composición Gráfica S.A.
Impreso en España por: Gráficas Futura Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23
FUENLABRADA (Madrid)

PRIMERA PARTE

Introducción a la historia del Egipto faraónico

I. PREÁMBULO SOBRE HISTORIA EN GENERAL

Séanos permitidas ciertas consideraciones preliminares con objeto de esclarecer el criterio con que enfocamos el tema sugerente y grandioso de la historia del Egipto antiguo, el glorioso *Aiguptos* de los griegos, *Aegiptus* de los latinos y *Misr* de los árabes.

El historiador que se limita a narrar de boca o por escrito los acontecimientos del pasado, ateniéndose al rigor de la posible documentación hallada, no pasa de ser un *cronista*. Para ser un verdadero *historiador* hay que *interpretar* (o sea dar una «significación») los sucesos pasados, y esto requiere ser filósofo, y hasta poeta.

El pasado es *como ha sido* y no le podemos modificar. Ha quedado ontológicamente cristalizado y «no le podemos volver a ser»; pero le podemos hacer presente «interpretándole». Por esto decía Ortega y Gasset que «la Historia es ciencia sistemática de la realidad radical que es la vida. Es pues ciencia del más riguroso y actual presente». Y como el hombre no es un ser terminado, sino un «ir siendo» (puesto que va construyendo su personalidad constantemente), no hay solución de continuidad entre lo que sucedió y lo que sucede. Y por esto el verdadero historiador debe *interpretar lo que fue por lo que es*.

Mas interpretar —como explica Pedro Caba, nuestro gran amigo y el más grande filósofo de nuestros días, si exceptuamos a Xavier Zubiri y a Julián Marías— no es simplemente «conocer», sino, como dice la palabra, «apretar internamente» (es decir, entrañablemente, «con amor»), y esto supone «re-animar» el pasado en el presente por el poder poético («poyético») o creador del historiador».

De nada serviría que yo narrase una acción más o menos de Thutmés, de Ramsés o de Cleopatra si no pongo en vivencia la

intención y aun el designio de los acontecimientos que la rodearon y de sus autores, para engranarlos con su pleno significado en ese imponente mecanismo en que se despliega el espíritu universal, que es el motor de la Historia.

Por otra parte, la historia de cada cultura comienza con *mitos*, y de éstos no hay más documentos que la tradición oral y la leyenda, sin que sea válida para esclarecerlos la erudita labor del «ratón de biblioteca». El *mito* es la «fábula», o sea la verdad revestida de ficción, y detrás de toda fábula hay un episodio o un proceso histórico de auténtica pero desconocida realidad, que hay que saber valorar con intuición poética y filosófica. «Los Mitos —decía Platón— son vehículos de grandes verdades dignas de ser meditadas.» Y esto es ciertísimo para los grandes mitos históricos y cosmológicos.

¿Qué sería de la historia de cada ciclo cultural si desdeñásemos por indocumentadas e inservibles las fábulas referentes al origen divino de todos esos personajes o grupos que trajeron la cultura, los conocimientos básicos, la religión y las instituciones sociales, cuyas siluetas y actos legendarios se recortan sobre el alba incierta de su cultura probadamente histórica? ¿Qué sería de nuestra cultura occidental si damos de lado a toda esa profusa y espléndida mitología griega que ha inspirado el arte y la ciencia de nuestras generaciones durante siglos? Si Orfeo y Armonía llevaron la música a Grecia, entre las perspectivas para nosotros brumosas de Creta y de Fenicia, ¿no es para nuestro tiempo cierta y vivísima realidad que los presentes «orfeones» y «armonías» musicales tienen su raíz en «las siete cuerdas de las lira de Orfeo» y en el famoso «collar de perlas» regalado por Venus a su hija Harmonía, «convertida ésta en serpiente y consumido aquél en el incendio del palacio de Phaillos?

Es indudable que toda realidad humana se cristaliza y universaliza en una narración simbólica o en un mito; mas también es cierto que toda fábula, leyenda o tradición acaba por manifestarse en «realidades históricas» que no tienen nada de imaginativas: la existencia en Egipto de un gran profeta o instructor en el alborear de su cultura se tradujo en los mitos de Thuth (Hermes Trimegisto) y de Osiris. Pero de estos mitos derivaron, en el correr de los tiempos, instituciones, ceremoniales, conductas y obras artísticas, que engendraron «historia» o acontecimientos, y a cuyos restos materiales ahí están todavía para nuestra contemplación y enseñanza.

Siempre caemos en una metafísica de la Historia a poco que

tratemos de interpretar, o simplemente agrupar, en una perspectiva histórica los sucesos y sus protagonistas. Siguiendo las huellas de Herodoto, Plutarco, Hegel, Licompte de Nouy, Wells, Spengler, Simmel, Toynbee, Huizinga, Ortega y Gasset, Américo Castro, Sánchez Albornoz, Menéndez Pidal, etc., pensamos que la historia está determinada por designios superiores a la voluntad de los hombres, y que éstos son los muñecos del gran darma del Espíritu («La Historia es un poema divino», dice San Agustín). Pero éste se realiza en el devenir histórico según una serie de posibilidades que no pueden, indudablemente, llamarse *leyes históricas*, porque las «leyes» son infalibles y cuando tienen excepciones son «reglas» o «normas»; y en historia nada hay «lógicamente necesario», aunque sí «posible» o «probable», por lo cual esas pretendidas «leyes históricas» las denomino *esquemas de evolución histórica*. La Historia, como dice Pedro Caba «se reitera pero no se repite». Consideramos como «esquema histórico» que *cuando un pueblo ha llegado a la culminación de su etapa cultural y de su refinamiento, se ablanda, desarticula y degenera, siendo invadido por otros pueblos de más virtudes de carácter y de menos cultura, que se asimila la cultura del vencido*. Esto ocurrió en el antiguo Egipto cinco veces: con la invasión predinástica de los «adoradores de Heru», la irrupción de los «Heracleopolitas» al final de la etapa del Imperio Antiguo; la invasión de los «Hiksos» o reyes pastores al final del Imperio Medio, y la de los «persas» (seguida más de cerca por la de los «griegos» y «romanos») al final de la etapa faraónica del Imperio Nuevo o Moderno.

Dentro de estos «esquemas», por donde discurren hasta ahora los acontecimientos humanos, cada país y cada ciclo cultural presentan matices particulares que los singularizan y los distinguen de los otros.

La historia del Egipto faraónico presenta rasgos generales muy característicos, cuya enumeración y estudio pueden conducirnos por el buen camino de una *interpretación* correcta y servirnos de armazón para levantar el edificio de su narración historiográfica.

Y estos rasgos que convertimos en tesis de nuestra exposición pueden ser los siguientes:

1.^a La cultura egipcia faraónica es la única que ha durado treinta siglos bajo la sola forma de gobiernos de una *monarquía teocrática*. El poder ejercido con esa triple autoridad del rey, el sacerdote y el dios (generalmente vinculado en la misma persona) ha constituido la más firme institución de todos los tiempos.

2.^a La cultura egipcia de la antigüedad, anterior a Jesucristo, infundida de un sentido metafísico o de *eternidad*, para cuya expresión el arte egipcio ha encontrado fórmulas estéticas que trascienden el tiempo y el espacio; y la religión ha resuelto con dogmas de infinitud del tiempo y alusiones a eones y «millones de años».

3.^a La cultura egipcia prerromana es esencialmente *Societaria* y *estatal*, habiendo pospuesto el sentido comunitario de la familia y el valor del individuo, como éstos no entrasen a impulsar la ostentosa máquina del Estado.

4.^a La cultura egipcia antigua ha usado una *escritura jeroglífica* conocida solamente por sus gentes cultas, entre cuyos signos se han guardado durante siglos los secretos, misterios y revelaciones de su tradición hermética, científica y religiosa, y donde se han conservado las «ideas madres» de la mente humana (al menos de la mentalidad que hoy llamamos «occidental», lo mismo en su modalidad «platónica» que en la «aristotélica».

5.^a Son típicas de la antigua cultura egipcia las que ya Worringer hubo llamado «Paradojas» del pueblo egipcio; a saber:

a) Nos ha legado una sabiduría tan profunda y metafísica como la «hermética» y, por otro lado, adora a los animales como la más primitiva tribu totémica.

b) Creyó en la inmortalidad del alma y sin embargo momificaba a sus muertos para la conservación del cuerpo.

c) Levantó templos con un sentido vertebral y casi *megalítico*, adornándolos después con estilizaciones de plantas débiles de la flora acuática (como el papiro y el loto) y con relieves y delicados dibujos casi femeninos.

d) Adoró *al sol*, y contrastando con esto construyó templos de tipo subterráneo iluminados por rendijas cenitales.

Estas formas sorprendentes de manifestarse el espíritu de este pueblo se complican con las reacciones que dimanaban de su «circunstancia».

II. ESQUEMA HISTÓRICO DEL EGIPTO

A) Orígenes de la cultura egipcia

Según Toynbee, el origen de la cultura egipcia obedece a una *incitación de la desecación* (del desierto) al final de la época glacial, transformándose los cazadores y colectores de alimentos en *cultivadores*. Pero, como advierte Ortega, esto no basta para justi-

ficar el comienzo de un ciclo cultural si a la vez no hay también un impulso de espíritu, que quiere y puede manifestarse en relación con la oportuna condición geográfica. El carácter técnico y el talento práctico e industrial del antiguo pueblo egipcio pueden muy bien haberse desarrollado como consecuencia de su situación geográfica a la vera de un gran río entre dos desiertos; pero el secreto de su arte y de sus ideas yacía en el fondo de su espíritu y de su especial contextura mental, que, por otra parte, encontró su marco apropiado y su «tierra prometida» en el incomparable Valle del Nilo¹.

Sigue explicándonos Toynbee su esquema de la historia egipcia diciéndonos que *el estímulo de las presiones externas* (extranjeras) impelió la política guerrera de la «marca meridional» (o tierra fronteriza del Sur), sometida a la presión de las «tribus de Nubia», durante la primera mitad de la historia egipcia (reconquistas tebanas), y de la «marca septentrional» (Delta del Nilo), sometida a presiones del África del Norte y del Asia sudoccidental, en su segunda mitad. Así, la historia política del Egipto es *una tensión entre dos polos de poder político* (las dos «marcas» del Norte y Sur), «sin que se originen grandes sucesos políticos en puntos centrales».

B) Sinopsis de la evolución de la cultura de Egipto

No se me oculta la posible rigidez del siguiente esquema (porque las manifestaciones del espíritu no se pueden aprisionar en ningún andamiaje de tiempo y espacio), pero pretendo dar una idea útil de la evolución de la cultura egipcia en el cuadro sinóptico que va en página siguiente.

Este cuadro trata de mostrarnos las grandes líneas de la evolución política, religiosa y artística de la cultura del antiguo Egipto, que todavía podemos sintetizar en las siguientes conclusiones:

a) *La evolución política* se realiza desde el absolutismo de la primera etapa, y a través de las tentativas liberalizantes del Imperio Medio, hasta la dictadura teocrática y sacerdotal durante el faraonato de las últimas dinastías tebanas. Esto se cumple mediante tensiones entre dos polos de poder político que obran alternativa y sucesivamente.

Toynbee lo hubiese explicado diciendo que la época de libera-

¹ Véase Toynbee, «Estudio de la Historia».

HISTORIA	RELIGIÓN	ARTE
<i>Época predinástica</i>	Dioses prehistóricos.	Arte neolítico.
<i>Imperio Antiguo</i> (Absolutismo) Dinastías I a X (3000 a 2100 a. C.)	Dioses protohistóricos. Culto de <i>Ra</i> .	<i>Arcaísmo</i> . Megalítico. Pirámides y esculturas.
<i>Imperio Medio</i> (Liberalismo) Dinastías XI a XVII (2100 a 1578 a. C.)	Culto de Amen-Ra. Culto de Osiris	<i>Clasicismo</i> . Templos, columnas, pinturas, relieves y jeroglíficos decorativos.
<i>Imperio Nuevo</i> (Culminación y decadencia) Dinastías XVIII a XXX (1578 a 304 a. C.) Dinastía «Lágida» XXXI	Culto de Osiris. Culto de Aten. Culto de Isis.	<i>Barroquismo</i> . <i>Colosos, columnas</i> <i>lotiformes</i> . <i>Helenismo</i> .

lismo del Imperio Medio, consecuente a la imposición de las clases modestas, marcaba el principio del «colapso» de la sociedad egipcia, con el «cisma horizontal» que divide a la sociedad en tres fracciones: *minoría gobernante* (que ahora ha de convertirse, para subsistir, en «minoría dominante»), *proletariado interno* (masa trabajadora) y *proletariado externo* (pueblos limítrofes y satélites de su cultura), cada uno de cuyos tres grupos da origen a una institución que, respectivamente, es: un Estado Universal (en este caso el de los Thutmés y de los Amenhetep); una Iglesia Universal (la de Amen-Ra), y bandas guerreras bárbaras (nubios, libios, hiksos, khetas...) ².

b) La *evolución religiosa* gira alrededor del *culto solar*, fundamental desde la aurora de *Heru* (u «Horus»), divinidad de origen prehistórico; la institución del culto de *Ra* en el Imperio Antiguo, el poderío de la iglesia de *Amen-Ra* en las etapas de los Imperios Medio y Moderno, hasta el culto osiriano como manifestación

² No debe echarse en olvido que el «sacerdote» ha representado siempre en Egipto los intereses del pueblo; y que la iglesia de Amen-Ra llegó a dominar el faraonato en sus últimos tiempos; como ocurrió más tarde con la Iglesia romana, que se impuso al Imperio de Carlomagno, al Sacro Imperio Romano-Germánico de Otón, en general, y, a los reyes de Europa, durante una cierta etapa.

más tardía del propio culto solar, la efímera reacción revolucionaria de Amenhetep IV con su *culto de Aten*, y la época decadente, con predominio del *culto de Isis*, que se extiende hasta el momento de la conquista romana.

c) La *evolución artística* pasa, en líneas muy generales, y con las naturales oscilaciones motivadas por trastornos políticos, guerras e invasiones, por las tres etapas conocidas que, sin gran esfuerzo, pueden hacerse coincidir con las correspondientes etapas políticas: un *arte neolítico* prehistórico; una fase de *arcaísmo* o «ingenuismo» y pureza en el Imperio Antiguo; otra fase de *clasicismo* o perfección técnica en el Imperio Medio, y una etapa final de *barroquismo*, imitación y decadencia en el Imperio Moderno.

d) *La cronología en la historia de Egipto*. Se han propuesto, para jalonar en el tiempo la historia de Egipto, tres sistemas de cronología. Uno de ellos, el de *Manethon*, sacerdote egipcio del siglo III a. J. C., del tiempo de Ptolomeo II, custodio de los archivos sagrados del templo de On (Heliópolis) y autor de una «Historia de Egipto», quien pone la I Dinastía en el año 5510 a. J. C.; el de *Flinders Petri*, que es, poco más o menos, el mismo sistema del anterior, y el de *Brestead*, o de la «Escuela de Berlín», muy diferente de los anteriores, que establece la I Dinastía en el año 3400 a. J. C. De modo que, según la cronología de Manethon-Petri, la Dinastía XII se establece en el 3459 a. J. C., y para el sistema cronológico de Brestead queda instituida la misma en el año 2000 a. J. c.

Como se ve, la diferencia cronológica entre los sistemas de Petri y de Brestead es de *más de mil años* hasta la Dinastía XVIII, en que todos marchan de acuerdo hasta el final. Nosotros nos atenemos al sistema cronológico de la «Escuela de Berlín», tratando, como se verá en el artículo siguiente, de conciliar tan enorme discrepancia de tiempo.

En términos generales, y a título de regla mnemónica, podemos decir que la historia egipcia de la antigüedad se ha desarrollado mediante *treinta y una* dinastía en *treinta siglos*, o sea, poco menos de un siglo, por término medio, para cada una; si bien hemos de hacer la salvedad de que en ciertas épocas de desmembramiento del Imperio ha habido varias dinastías concomitantes, como ha sucedido en las etapas finales de cada época imperial, donde han coexistido dinastías aborígenes y dinastías invasoras.

C) Raza y caracteres del pueblo egipcio de la antigüedad

El pueblo egipcio de los primeros tiempos históricos era, indudablemente, de raza *camítica*, rama africana de la «mediterránea», cuyos individuos eran de color oscuro (pero no de «raza negra»), ligeros, dolicocefalos, de estatura media y barbilampiños. Así parecen demostrarlo las pinturas, dibujos y esculturas del Imperio Antiguo.

A este pueblo aborigen se sumó tempranamente un factor *semita* desde las invasiones de los «adoradores de Heru», citados en el «Calendario de Palermo». Irrumpiendo poco más tarde el *tipo braquicéfalo armenoide* (indo-germano), proveniente de Asia y con mayor influencia cultural. Después, sucesivamente, se infiltraron y mezclaron con el pueblo aborigen egipcio, los egeos, negros, asirios, persas, griegos, romanos, bizantinos, árabes y turcos, con sus distintas aportaciones de sangre negra, semítica e indo-germana.

La gran masa *camítica* o «hamítica», emparentada con los «capsienses» (nombre de cultura, no de raza) mediterráneos, cultivadores de la construcción megalítica, fueron pronto dirigidos por una minoría de origen indo-germano, personificada en el *Menes* o «Mena» egipcio, fundador de la primera dinastía, cuyo nombre deriva de la misma raíz que la de los *Minos* cretenses y los *Manús* indostánicos, revelándonos su stirpe «aria» y su especial capacidad civilizadora y cultural.

Se ha dicho repetidamente, y con razón, que el pueblo egipcio fue siempre tradicionalista, conservador, dócil, industrial, simple, simpático, jovial, gentil, tolerante, servicial y comprensivo. En una palabra, manso, y como dice Ortega, «introvertido en lo cotidianado». A esto hay que agregar, haciéndolo resaltar, su gran talento técnico, sus admirables dotes administrativas y, sobre todo, su impecable buen gusto en todas las manifestaciones de su arte.

Dice Ortega y Gasset, citando a Meyer y a su «Historia de la Antigüedad» (tomo I, pág. 110, 2.^a edición), que la primera fecha histórica conocida es la del *19 de julio del año 4241 a. J. C.*, en la que se establece en el Bajo Egipto un calendario de 365 días, cuando ya existía otro Estado en el Alto Egipto desde el año 5000 a. J. C.

Claro está que entonces dicho mes no se llamaba «julio», ni el día ni el año se corresponden con los que nuestra perspectiva his-

tórica asigna a la citada fecha, porque, como vamos a ver, el cómputo del tiempo no puede equipararse con el que hacemos en nuestros días.

El mes de julio se corresponde con el mes *Paophi* egipcio, que es el segundo mes de la «estación de la inundación» o «sha-it». Pero, además, la fecha de Meyer-Ortega está en relativa contradicción con la dada por Manethon, según el cual el año de 365 días fue adoptado en Egipto *después* de la invasión de los «hiksos» (1710 a. J. C.), aunque va se empezó a hablar de él durante la Dinastía XII (2000 a. J. C.). Antes tenían un año de 360 días (12 meses de 30 días), al que fueron agregados 5 días suplementarios, a los cuales denominaron *duau her-u remp-it* («los cinco días de más del año»). No es ocioso recordar aquí que el *calendario solar juliano* (de Julio César), cuyo mes «quintiles» fue llamado «julio», y que sustituyó al «calendario lunar», de 355 días, y que fue calculado y confeccionado por el astrónomo egipcio *Sosígenes* (y ratificado por el papa Gregorio XIII en 1582).

Los anteriores datos nos permiten intentar una conciliación de los sistemas cronológicos anteriormente citados, diciéndonos:

Existió un Estado en el Alto Egipto, de cultura neolítica con capital en *Nekhen* («Hierakhómpolis»), hacia el año 5000 a. J. C. Existió otro Estado, en el Bajo Egipto, de cultura «antigua», con capital en *Tanis*, hacia el año 4200 a. J. C., al cual se refiere el calendario citado por Meyer y Ortega. Se unificaron ambos Estados bajo el centro de Menes, con capital en *Tinis* y después en *Menfis*, hacia el año 3000 a. J. C.

Si a esto agregamos que los años comprendidos entre el origen de la cultura egipcia y las dinastías hiksas no tienen el mismo número de días que los posteriores a esta fecha (1710 a. J. C.), empezamos a comprender cómo en los sistemas cronológicos puede haber una discrepancia mínima de varios miles de días, que equivalen a un cierto número de años que, aunque pequeño, puede justificar el error de uno de los sistemas citados.

Sea lo que fuere del resultado de futuras investigaciones sobre este interesante tema, el caso es que el antiguo Egipto nos muestra un proceso de civilización política y moral que culmina rápidamente, se anquilosa, y persiste con moldes y fórmulas inamovibles durante tres mil años.

Egipto fue un pueblo de funcionarios del Estado, en el que —como apunta Ortega— hubo una «falta de individualidad» y el poder político fue el supremo principio de organización social. De

esto dimana en gran parte el «carácter genérico» de su arte y, de otra parte, la ostentación oficial de múltiples títulos y tratamientos por cualquier personaje significado. Recuérdese que al nombre del rey precedía siempre una retahíla de títulos como *Rey del Alto y del Bajo Egipto, Señor de las Dos Tierras, Hijo de Ra, Amado de Amen, Sol de la Verdad, Señor de las Diademas, Gobernador de On y de Tebas...* (y después, el nombre personal del monarca). Y a los mismos dioses se les adoraba con pintorescos títulos, como podemos recordar en los que se adjudicaban al dios *Thuth* («Hermes»), que era también denominado: *escriba celestial, gran señor de los libros, contador de las estrellas, medidor de la Tierra, poseedor de la Divina Palabra, y tres veces grande.*

Esto nos prueba una vez más el carácter convencionalista, formulista y ceremonioso de la antigua cultura egipcia.



Fig. A. El dios caldeo Nisroch («Saturno»), envuelto en su anillo. La cultura mesopotámica tuvo una gran influencia en la cultura egipcia. El dios caldeo Nisroch fue conocido en Egipto, y nos sorprende verle representado por esta figura rodeado de su anillo (que no es un cinturón) y con alas y cola, como «volando por el espacio». ¿Cómo pudieron saber o intuir esto si suponemos que carecían de instrumentos comparables a nuestros modernos telescopios? Es realmente sorprendente.

III. COMPENDIO HISTÓRICO-POLÍTICO DEL EGIPTO FARAÓNICO

1.º Período predinástico

Los únicos datos documentales que pueden dar alguna luz sobre los habitantes prehistóricos del Valle del Nilo halláanse en el *Calendario de Palermo*, piedra grabada del tiempo de la IV Dinastía, el *Papiro de Turín* y los restos neolíticos de yacimientos tales como Al Badari, Meridme-Beni-Salame, Negadah, Ballas, Abydos, Dióspolis, Hierakhómpolis, Gebel-el-Arak y otros lugares.

En dicho «calendario», grabado en diorita negra y descifrado por Pellegrini en 1896, así como en el también citado papiro, se nos informa sobre la existencia de una remota *dinastía de reyes divinos*, otra posterior (probablemente camítico-menfítica) de *adoradores de Seth*, y una tercera, inmediatamente anterior a la primera dinastía histórica, constituida por los *adoradores de Heru* (el «Dios Sol») o «Shemsu-Hor», de raza semítica, entre cuyos reyes se citan a *Ska*, *Tju*, *Zes*, *Huaz-anz...*, *Heru-Ro* e *Ip* (el «rey escorpión»), predecesor de Menes, que parecen haber gobernado en dos reinos: uno en el delta del Nilo, con su capital en Buto, y otro en el sur del país, con su capital en Nekhen. La lucha entre los aborígenes adoradores del dios Seth y los invasores semitas, que rendían culto a Heru, quedó como gesta tradicional en el recuerdo del pueblo egipcio y acabó por convertirse en el mito de Heru venciendo a Seth, que luego se engarzó en la mitología osiriana y que ha trascendido a religiones posteriores, incluso al cristianismo.

Toda la cultura neolítica del Egipto predinástico se reduce, en cuanto a sus industrias, cerámica, arte y necrópolis, al hecho indiscutible de que las tribus nómadas del paleolítico posglacial se convirtieron en pueblos sedentarios y agricultores.

Esto dio lugar a esas dos grandes agrupaciones denominadas «Estados del Alto y del Bajo Egipto», el primero, con capital en Nekhen, consagrada al dios Heru (y en épocas más remotas al dios Seth), cuyo soberano, llamado *suten*, tenía por símbolos el lirio y la mitra blanca; y el segundo, con capital en *Pe* (en el «Delta», cerca de Dep o «Buto»), consagrada también a Heru, cuyo soberano, denominado *bit*, tenía por símbolos una abeja y el gorro rojo de copa plana. Ambas coronas fueron en lo sucesivo, así como el «lirio» y la «abeja», los emblemas respectivos y tradicio-

nales de la realeza egipcia, que fueron nombrados y usados conjuntamente cuando se unificaron los reinos de «las dos tierras» bajo el cetro de un solo faraón. Conviene consignar que a estos caracteres distintivos se unía el patrocinio de la diosa-buitre para el «país del Sur» y el de la diosa-serpiente para el «país del Norte», denominas, respectivamente, *Nekhbet* y *Nehebka*. Dichos Estados estaban formados por la agrupación de *nomos* o provincias bajo la autoridad de un gobernador o «monarca» que habitaba en su población o ciudad más importante patrocinada por una divinidad local³.

2.º Imperio Antiguo

Comienza con *Narmer* o *Menes* («Mena» en los jeroglíficos), fundador de la *I Dinastía*, hacia el año 3000 a. J. C., con capital en *Tinis* (cerca de Abydos), que unificó el «país de las dos tierras» y levantó la ciudad de *Mennefer* o «Menfis» («Lugar del Bien»).

Contra esta dinastía empezaron a tener lugar las presiones de los nubios, desde el Sur, que fueron rechazados, con el consiguiente ensanche territorial del nuevo reino. *Semerket*, por su parte, conquistó la península del Sinaí, cuyas minas de cobre y turquesas comenzó a explotar.

Hetepskhemui, fundador de la *II Dinastía* instauró el culto de *Ra* en *On* (Heliópolis), cuyo famoso templo, de larga tradición, fue, según una leyenda, «el primer templo que se construyó en Egipto cuando éste emergió de las aguas, alusión indudable a las grandes conmociones geológicas recogidas en las tradiciones de la «catástrofe atlántica» y del mito mundialmente extendido del «Diluvio Universal»⁴.

En la *III Dinastía* (2980 a. J. C.), fundada por *Kasekhemui*, residente en Nekhen, el monarca más destacado fue *Djeser* o *Zoser*, constructor de la primera pirámide que hubo en la Tierra. Este monumento, situado en Sakkara, la necrópolis de la antigua ciudad de Menfis, capital del Imperio Antiguo, constituye la parte culminante del «complejo funerario de Zoser», emplazado en un

³ Algunos historiadores admiten la existencia muy remota de dos reinos en el «Delta», formados por agrupaciones de *nomos* occidentales y *nomos* orientales, que se unificaron bajo la protección del dios *Asar* y que después colonizaron, y más tarde atacaron, a las provincias del Sur, agrupadas bajo el patrono del dios Seth.

⁴ Véase «La Atlántida y América», del doctor Eduardo Alfonso.

gran recinto circundado por una muralla, hoy casi totalmente destruida, y cuya entrada, con bellas columnas estriadas «protodóricas» que pertenecieron al adyacente templo de Heru, está siendo restaurada en nuestros días.

La *pirámide de Zoser*, formada de seis gradas de mastabas superpuestas, que alcanza una altura de 58 metros, y todas las construcciones anejas, fueron obra de ese gran personaje, casi mítico, llamado *Imhetep*, al cual hace alusión una inscripción grabada en el soporte de una estatua del rey, hallada en la columnata de entrada, y que dice lo siguiente: «El canciller del rey del bajo Egipto, el primero después del rey del alto Egipto, administrador del gran Palacio, noble hereditario, gran sacerdote de On, Imhetep, el constructor, el escultor...» Cuya inscripción saca a Imhetep de la región de los mitos para incluirle en las páginas de la historia. No obstante lo cual, Imhetep fue divinizado en tiempo de los Ptolomeos (de la Dinastía XXXI), pasando a los altares de sus templos de Menfis, Filae y Tebas como una especie de «Esculapio egipcio», porque a sus dotes de constructor unía eminentes cualidades y conocimientos médicos atestiguados por el papiro de Edwin Smith, traducido por Breasted, donde se relatan casos de heridas, fracturas y otros procesos morbosos, que revelan un singular espíritu de observación y una técnica sorprendente. Las estatuas y dibujos del gran médico-arquitecto, representanle sentado en un trono, otras veces de pie y siempre con un papiro en la mano. (Figura B.)

La *Dinastía IV* destaca con especial interés en las páginas de la historia porque fue la de los constructores de las *grandes pirámides de Gizeh*: *Khufü*, *Khefra* y *Menkaurá*, corrientemente conocidos por los nombres helénicos de Kheops, Khefrén y Micerino.

El grupo de pirámides formado por esta colosal triada de la meseta rocosa de Gizeh es el más importante de todos los conjuntos de pirámides que se extienden en una extensión de 90 kilómetros, invariablemente situadas en la zona desértica de la orilla occidental del Nilo. El número de pirámides de Egipto se eleva a 83, y fueron construidas por reyes de las Dinastías III a la XII. Las agrupaciones principales son la del *Campo de la Gran Pirámide*, que comprende los grupos de Abu Roasc, Gizeh, Zawiyet-el-Aryan, Abusir, Sakkara, Dasciur, Fayun, Al-Lahun y Meidum; el *grupo de Tebas*, y el *grupo de Meroe-Napata*.

Algunas pirámides citadas en los textos han desaparecido o no han podido ser identificadas, como la de *Shepseskaf* (llamada «la



Fig. B. *Imhetep*, British Museum (London).

fresca» por sus sombrías galerías); la de *Menkauhor* («el más divino edificio»), de la que parecen quedar algunos pilares en Sakkara); la de *Assa* («la bella»), imposible de localizar, y otras que por su construcción, posiblemente hecha con bloques de adobes, no han resistido la acción del tiempo.

En el grupo de *Sakkara*, además de la citada *pirámide de Zoser*, hállanse las pirámides de *Unnas*, de la V Dinastía (2333

a. J. C.), y la de *Teta* (2300 a. J. C.), descubiertas por Maspero, en cuyas paredes pueden verse inscripciones de textos arcaicos en caracteres jeroglíficos literales, algunos de los cuales forman parte del «Libro de los Muertos», al cual nos referiremos más adelante.

Las grandes pirámides de Gizeh, casi exactamente alineadas en una diagonal que se extendiese de Sudoeste a Nordeste, datan de hace 4800 años (IV Dinastía), y siguieron en orden cronológico a la pirámide escalonada del rey Zoser, con excepción de la de *Daf-ef-Ra*, en Abu Roash, que fue la segunda construida. La Gran Pirámide de Khufú, la tercera erigida, tiene 148 metros de altura, 233 metros cada uno de los cuatro lados de su base, cuatro caras triangulares isósceles cuya altura en su plano es de 187 metros y con una inclinación de $51^{\circ} 51''$. Presenta actualmente 203 gradas o grandes escalones, estando la puerta principal de entrada en el escalón número dieciséis de su cara norte. La relación entre el perímetro de la base (931, 22 metros) y el doble de la altura de la pirámide (269 metros) da, como cociente, el número $\pi = 3,14$, que determina también la relación de la circunferencia al diámetro. A pesar de estas sorprendentes medidas y de otras a que haremos alusión más adelante, no debemos dejarnos llevar por fantasías numéricas dimanantes de la intención de sus constructores, como ha tratado de probar Ludwig Borchardt en su obra «Contra el simbolismo de los números relativos a la Gran Pirámide.»

La pirámide de Khefra alcanza los 136 metros de altura, y la de Menkaurá no más de 62 metros. Alrededor de las pirámides de Gizeh están la pirámide inacabada de la reina Hentkhahues y tumbas de las IV y V Dinastías, aparte la presencia imponente de la Gran Esfinge.

La *Dinastía V* presenta especial interés en la evolución religiosa de Egipto, no solamente porque el culto al dios *Ra*, establecido en el templo de On, sustituye al culto tradicional de Heru, sino porque el faraón *Unnas* ordena grabar en los muros interiores de su pirámide gran cantidad de jeroglíficos literales con fórmulas religiosas y conceptos metafísicos que hubieron de formar parte del «Libro de los muertos» o «de las Moradas». Algo análogo ocurre con la pirámide de *Teta*, por lo que dichos relatos jeroglíficos se conocen en egiptología con el nombre de «Textos de las Pirámides». Digna de recuerdo y admiración es la figura de *Ptahetep*, de esta misma época, gran escritor y preceptor del rey *Unnas*, autor de un sistema de ética filosófica en forma de proverbios, fundamental en la educación de las clases cultas del país. La mastaba de

Ptahetep en Sakkara es una pura filigrana de relieves iluminados, que serían los mejores de Egipto si no los sobrepasasen los de los «memnoniun» de Abydos. Parecido juicio nos merece la mastaba de *Ti*, palatino y rico propietario, próxima a la casa que habitó en el desierto el gran egiptólogo Mariette, maravilloso hipogeo que, como la tumba de *Mereruka* y la de la hija del rey Unnas, guardan, ya no el cuerpo muerto, pero sí el espíritu de aquellos hombres, refugiado en estos nidos bajo la arena abrasadora del desierto de Libia.

En la *Dinastía VI* se inicia la decadencia del Imperio Antiguo por haberse desentendido los reyes de los problemas políticos, dejando los negocios del Estado en manos de funcionarios. El más eminente de los faraones de este período fue *Pepi I Merira*, que, ayudado por su inteligente ministro; *Uni*, dio aún días de buen gobierno a su país, manteniendo la unidad del Egipto en lucha contra el creciente poder feudal de los «nomos». Después del reinado de *Pepi II Neferkará*, que ocupó el trono durante noventa y seis años, se acentuó la debilidad del faraonato y se hicieron independientes muchos «grandes señores» de los «nomos». A esta disgregación contribuyó la continua infiltración de negros de Nubia y las invasiones de falanges asiáticas, que introdujeron la anarquía.

Estos sucesos, promotores del colapso social, se agravaron durante las *Dinastías VII y VIII* con la sublevación de las clases humildes, y culminaron con la intromisión de los *herakleopolitas* (de «Herakleópolis», antes ciudad de Himinsu, situada en el Egipto medio), que, conducidos por *Meriebra Ektai*, formaron un reino independiente que pronto se ensanchó por los territorios de los nomos de Siut y Epet.

Las *Dinastías IX y X* fueron de los conquistadores herakleopolitanos, que dominaron casi 150 años (del 2243 al 2100 a. J. C.), y con los cuales termina el ciclo histórico del Imperio Antiguo.

3.º Imperio Medio

El «nomo» de Tebas fue siempre el órgano vital que reaccionó contra los conquistadores, sin duda como polo de tensiones políticas y guerreras, avezado a la contención y defensa de las «presiones» venidas del Sur. Y fue esta vez un príncipe tebano el que reaccionó gallardamente contra los «herakleopolitas», dando comienzo con la *Dinastía XI* (en gran parte contemporánea de las

dos anteriores) a una nueva etapa de unidad, civilización y gradeza, en que el espíritu hermético y las instituciones faraónicas hubieron de superar los logros de la etapa anterior. *Antef el Grande* inicia con estos acontecimientos y luminosos suspicios el periodo denominado en la historia del *Imperio Medio*.

De esta manera pasa a ser *Tebas* la capital de Egipto en este periodo, y continúa siéndolo con creciente pujanza en la etapa del Imperio Nuevo, hasta la Dinastía XXI, en que el reino se divide.

Antef I llevaba en su corazón la gloria futura de Tebas. Situada la ciudad entre dos semicírculos de colinas que la guardaban en el estuche de su valle, ceñido por la argentada cinta del Nilo, elevó los pilonos y columnatas de sus nuevos templos y la gallardía de sus obeliscos entre los tonos blanquirrojos de las viviendas de sus obeliscos entre los tonos blanquirrojos de las viviendas y los plumeros verdes de sus palmeras, a ambos lados del río ancho, sosegado y más remansado aquí que en parte alguna de Egipto.

Sus sucesores, los *Mentuhetep I, II y III*, terminaron definitivamente con toda influencia herakleopolita (años 2400 a 2000 a. J. C.), y fueron seguidos por los reyes de la brillante *Dinastía XII*, de los *Amenhemet* y los *Senusret*.

Los cuatro distritos de la ciudad de Tebas (Te-epe o Nu-Amen), hoy llamados Luxor, Karnak, Kurna y Medinet-Abú, comenzaron a sustentar gradiosos templos, entre los que sobresalió la mansión colosal de *Amen-Ra*, en Karnak, comenzada por *Amenhemet I*, continuada por sus sucesores, y por otros muchos faraones del Imperio Nuevo, cuyas ruinas todavía hoy nos asombran por su magnitud, no superada por ningún otro templo del mundo, y en el que, dentro de su soberbia sala hipostila de ciento treinta y cuatro columnas, cabría, sin tocar el techo —según cálculo de Champollion—, la catedral de París.

Durante el gobierno de los *Amenhetep* se consiguió una etapa de liberalismo y aun de socialización, que elevó de categoría a las clases humildes y redujo a los reyes a ser los primeros funcionarios del Estado, en lugar de ser una encarnación de los dioses, gobernándose los «nomos» por consejos locales o «quenbet», formados por los miembros más prestigiosos de cada oficio o profesión, concluyéndose con el insoportable feudalismo del Imperio Antiguo.

Amenhemet III no solamente levantó la parte principal del templo de *Amen-Ra*, sino que elevó el espléndido «Laberinto de Cocodrilópolis», en el Fayun, tan apologeticamente descrito por Herodoto en sus libros de la Historia.

Los *Senusret* fomentaron las obras públicas, tomaron Libia, Siria, Palestina y Nubia y entablaron relaciones diplomáticas, amistosas y comerciales con los cretenses y fenicios, sus vecinos del «gran verde». Eran los tiempos de Abraham, 1700 a. J. C.

Durante al *Dinastía XIII*, fundada por *Kutwira Ugafa*, mantúvose todavía poderoso el Estado egipcio, hasta que el natural y progresivo desgaste de la mecánica política y religiosa condujo al país hacia la anarquía y el desmembramiento, surgiendo un nuevo reino con capital en *Xois*, en la región del Delta, cerca de Busiris, donde residieron los reyes de la *Dinastía XIV*.

Esta situación política facilitó la invasión de los *Hiksos* o «Reyes pastores», de origen semita, procedentes de Siria, que al mando de *Salitis* se hicieron fuertes en el Delta, estableciendo su capital en Avaris; conquistaron después Menfis y, finalmente, capitaneados por *Khian* se apoderaron de Tebas hacia el año 1710 a. J. C. Su rápida conquista debióse a la introducción del caballo, hasta entonces desconocido en Egipto.

Las *Dinastías XV* y *XVI* fueron las de los reyes hiksos. Uno de estos, *Apopi II*, respetuoso con las creencias, costumbres y tradiciones de Egipto, fue el que, sin propósito deliberado, facilitó la irrupción de los judíos (los *beni-Israel* y los *Ibrihm*) después del episodio inicial, relatado en la Biblia, en el que José (patriarca hebreo hijo de Jacob y de Raquel), vendido por sus hermanos a unos mercaderes egipcios, tuvo el conocido incidente con la mujer de Putifar, a quien servía; fue encarcelado, descifró uno de los sueños de los sueños del faraón y llegó por este motivo a ser primer ministro del Estado egipcio. Desde este puesto preminente facilitó la entrada en el país a sus hermanos de raza y religión, que, con la aquiescencia del rey, al fin semita como ellos, se establecieron en la región del Gosen.

Nuevamente, Tebas fue el centro de la reacción política y guerrera contra la dominación hiksa, donde se levantó potente y decisiva la autoridad del príncipe *Sekenenra* (Tá o II), que venció al rey hiksos *Apopi III* y fundó la *Dinastía XVII* hacia el año 1700 a. J. C., después de más de un siglo de haber soportado su país el yugo de los invasores semitas. Su hijo *Uadj-Jeper-Ra-Ka-mes* capturó la ciudad de Neferusi en el Egipto medio, y el hermano y sucesor de éste, *Nebpehti-Ra-Ahmés*, dio fin a la empresa destruyendo Avaris, la capital de los hiksos.

Este faraón, *Aahmés I*, en 1578 a. J. C. terminó la reconquista tomando Saruhen, al sur de Palestina, y fundó la *Dinastía XVIII*,

con la que había de culminar la gloria, la cultura y la grandeza de Egipto.

4.º Imperio Nuevo

Aamés y su hermano *Kamés* fueron hijos de la reina *A'hhetep* y nietos de la reina *Teti-sheri*, «la pequeña Teti», conocida por una estatua que se conserva en el Museo Británico, en la cual hallase representada como una delicada y encantadora muchacha cuando estaba recién casada con el príncipe *Ta'o I*. Vivió para ver a Tebas transformada de pequeña corte provincial en capital de un gran Imperio y que fue entonces el crisol del resurgimiento nacional. Los sacerdotes difundieron la leyenda de Osiris e Isis, organizaron los Misterios con pruebas pavorosas, restablecieron los oráculos y exaltaron el ceremonial, pasando a ser Egipto la capital espiritual del Oriente. Hubo que luchar contra la intromisión de cultos extranjeros como el del buey Apis, llevado al Nilo por los invasores.

Por su parte, los reyes renovaron los esplendores del faraonato y la ostentación del ceremonial cortesano. Sus procesiones y comitivas para acudir a los santuarios nacionales impresionaban al pueblo con tales manifestaciones de categoría y poder. Los símbolos tradicionales de la realeza, la flor de lis, la abeja y el cordero, campeaban por doquier. Los faraones volvieron a presentarse como encarnaciones de los dioses.

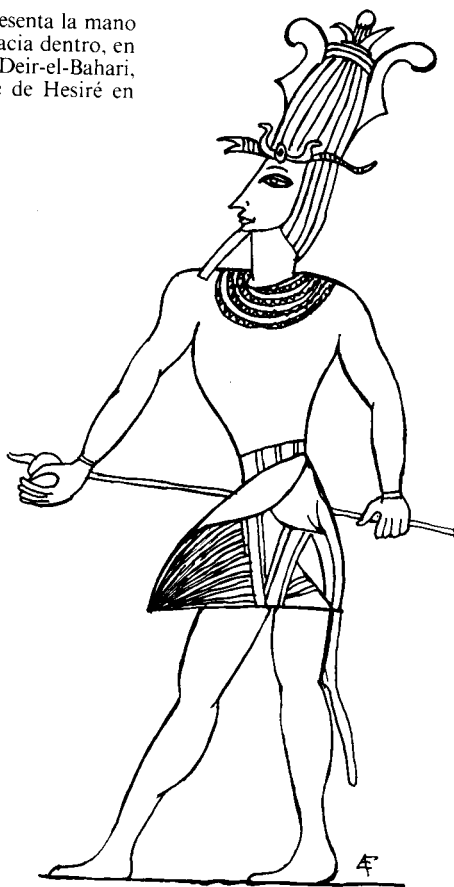
La *Dinastía XVIII* fue la de los *Thutmés* y los *Amenhetep*, los más grandes y poderosos reyes que tuvo el país del Nilo.

Los *Thutmés I* y *II* extendieron su poderío hasta Mitania y el Éufrates, imponiendo la hegemonía espiritual y el prestigio de *Anena*, superintendente del templo de Amen y amigo íntimo de *Thutmés I*, se inició la costumbre de inhumar los cadáveres de los faraones en el desértico *Valle de las tumbas de los Reyes* o «Biban el Muluk». Dice Anena en su biografía: «Yo dispuse que fuese excavada en la roca una sepultura para su majestad solamente, donde ninguno la viese, donde nadie lo supiese». Y, efectivamente, en este valle alejado, seco y solitario, hallanse las prodigiosas estancias mortuorias donde estuvieron sepultados los faraones de Tebas.

Thutmé III el Grande (1501 a. J. C.), llamado por algunos escritores el «Napoleón egipcio», fue hacedor de la máxima grandeza de la nación. En su séptuple campaña de Siria conquistó Palestina, Libano, Fenicia, Damasco, Kadesh, Naharin y Mitania, pasando el Éufrates, en cuya orilla oriental levantó un monumen-

to conmemorativo de sus victorias y celebró éstas organizando una cacería de elefantes, en la que estuvo a punto de perder la vida al ser atacado por uno de los paquidermos. (Figura C.)

Fig. C. El rey (¿Tutmés III?) presenta la mano derecha al revés (el dedo pulgar hacia dentro, en lugar de presentarle hacia fuera). (Deir-el-Bahari, Din. XVIII.) (Como en el relieve de Hesiré en su tumba de Skkara, Din. III.)



Thutmés estuvo casado con su tía y madrastra, la reina *Ast-en-Thutmés* (la «Isis de Thutmés»), quien creyéndose con derecho a gobernar, por su ascendencia, se impuso durante veinte años a su marido, haciendo ella las veces de «faraón», y aun ostentando en las ceremonias de la corte la perilla de ritual que era propia de los reyes varones. La reina quiso rodear su vida de ostentación y fábula, logrando extender la idea de que era hija de Amen-Ra y de la reina Aahmés y que su nacimiento fue un deseo de los dioses,

asistiendo a él «las principales deidades de Egipto». Su vanidad, proyectada también hacia la vida de ultratumba, se tradujo en la erección del soberbio santuario funerario de piedra blanca que todavía se levanta delante de los acantilados de Deir-el-Bahari, no muy lejos del Valle de los Reyes, y cuyas estatuas y otras piezas se conservan actualmente en el Museo Metropolitano de New York ⁵.

Muerta *Ast-en-Thutmés*, su esposo, el rey, pudo demostrar sus excepcionales dotes de guerrero y gobernante. Vivió más de setenta años rodeados de su gran corte, halagado por sus triunfos y su suerte, obsequiado sin tasa por los gobernantes de los países sometidos, y nunca se envaneció ni abusó de su situación y de su poder. Son proverbiales sus exhortaciones a la justicia, como cuando dijo a su visir Rekmara: «No te apartes jamás de la justicia y procura conocer sus leyes. Sé justo y no rechaces a ningún demandante sin oír sus quejas. Guárdate de encumbrar a tus parientes contra otros hombres que no sean tus allegados: eso no es justicia.» Este mismo ministro redactó el epitafio de la tumba de su rey y señor, en la que reza lo siguiente: «Su majestad sabía lo que iba a suceder. No existía nada que no pudiera hacer. Era dios en todas las cosas: no había palabra que no llenara y cumpliera.» Murió en el año 1450, después de reinar 54 años.

Su sucesor, *Amenhetep III*, representa el ápice de la historia de Egipto. Pudo disfrutar de los ingentes esfuerzos de su antecesor. Su esposa, la reina *Teye* (una de las cuatro mujeres ilustres del Egipto antiguo) ⁶, de ascendencia siria, más femenina que su inmediata antecesora, Ast-en Thutmés, se limitó a ayudar a su esposo y rey en esa labor de comprensión, liberalidad y transigencia que hizo de la corte egipcia un centro de tolerancia religiosa y cosmopolitismo. En Egipto entonces se hablaban todas las lenguas orientales y se aceptaban todas las ideas. *Teye*, hija de Kadashman, rey de Babilonia, supo derramar sobre el frío ritualismo de la corte de óleo cálido de la emoción familiar y dedicose con insuperable inteligencia y constancia a la educación de su hijo Amenhetep, a quien sin duda instigó para la reforma religiosa que éste llevara a cabo durante su breve reinado.

En tiempo de *Amenhetep III* se construyeron los templos de Mut, en Karnak, y de Amen, en Luxor, y terminó de elevarse el gran santuario nacional de Amen-Ra, en Karnak, completándose

⁵ El arquitecto del templo de Deir-el-Bahari, de la reina Hatchepsut, fue Senmut.

⁶ Las otras tres fueron Ast-en-Thutmés, Neferti y Cleopatra.

las mansiones de esa trinidad tebana formada por *Amen*, *Mut* y *Khensu*, las tres personas divinas que entonces recibían el culto de los reyes y del pueblo, y cuyos santuarios fueron los más ricos y grandiosos que jamás hubieran tenido cualesquiera de los otros dioses en Egipto. Otros monumentos de esta época fueron las estatuas colosales del rey y de su esposa Teye, conocidas con el nombre de «Colosos de Memnón», que aún hoy se elevan con prestancia de inmortalidad sobre la llanura tebana del occidente del Nilo.

Murió *Amenhetep III* al tiempo que el caudillo amorita *Abdashirta* capitaneaba la sublevación en Siria. Ocupó entonces el trono de Egipto *Amenhetep IV*, joven enfermizo, inteligente e idealista, tan excelso como persona cual torpe en su misión de monarca. Dedicado casi exclusivamente a los goces del hogar familiar y al cultivo de sus ideales místicos, descuidó la política y las tareas del gobierno, dejando perder todo el imperio colonial de Oriente. Llevado de utópicos designios, no exentos de ciertas razones políticas, intentó una reforma religiosa aboliendo el culto de *Amen* y tratando de sustituir el politeísmo popular por un monoteísmo radical representado en la divinidad de *Aten* o el «globo solar». Para ello abandonó Tebas, trasladó la corte al valle de «Akhet-Aten» (hoy «Tell-el-Amarna») y llevose a su nuevo palacio a los mejores artistas de su tiempo para que secundasen, con sus creaciones de un arte renovado, libre y naturalista, los conceptos de la nueva religión. Eficaz colaboradora de sus audaces reformas fue su esposa, la reina *Neferti*, mujer inteligente y exquisita, de quien el escriba Eye nos hace esta elogiosa semblanza: «La bienamada esposa real, de abundante belleza; la que canta himnos al atardecer a *Aten* con voz dulcísima y la que con sus dos bellísimas manos sacude los sistros durante las salmodias... ¡que pueda vivir eternamente!» Vemos que *Neferti* en persona cantaba los «himnos religiosos» compuestos por su marido. De estos himnos se ha hecho famoso el «Himno al Sol», que comienza así:

«Tu aurora es bella en el horizonte del cielo —oh vivo *Aten*, origen de la vida / cuando te levantas por el oriente llenas todas las tierras de tu beldad / Porque tú eres bellos, grande, resplandeciente y alto sobre el suelo. / Tus rayos se esparcen sobre todas las tierras que tú has hecho. / Tú eres *Ra* y has cautivado todas las cosas. / Las envuelves con tu amor. / Aunque estás lejos, tus rayos tocan la tierra. / Aunque estás alto, tus huellas son el resplandor del día. / Cuando te pones por el occidente, el mundo...»

.....

Para olvidar todo cuanto pudiera referirse al culto de Amen, cambió el rey su propio nombre por el de *Juenaten* («Espíritu de Aten» o *Atenhenaten* («El que se satisface en Aten»)). Fue, como dice su biógrafo Tabouis, «el único de los faraones que hizo de la vida de ultratumba una imagen espiritualizada; había comprendido la vanidad de los sepulcros suntuosos, con sus mobiliarios, sus servidores, sus representaciones de festines y placeres terrenales»; a lo cual agrega Weigall: «fue el primer humano que poseyó el sentido de lo divino; el primero que, mientras el fragor de las guerras llenaba el mundo, predicó la paz, la sencillez y la honradez; el primero que profesó el amor a la humanidad y el primero que libró a su corazón de caer en la barbarie».

La reforma religiosa de *Juenaten* duró tanto como su vida, que fue corta. Incomprendido como reformador, fracasado como rey y enfermo como persona (pues fue epiléptico, tuberculoso y eunucoide), se vió obligado a compartir el trono con su yerno *Semenjarrá*. Entonces, la reina *Nefertí*, ferviente partidaria del culto de Aten, se retiró a «Hut-Iten» («Castillo de Aten»), seguida, al parecer, por su hijastro Tutanjamen.

En el sepulcro de *Juenaten* (uno de los cuatro que se encontraron intactos en el «Valle de los Reyes») rezaba esta inscripción: «Respiro el dulce aliento de tu boca, ioh mi Dios! / Admiro tu belleza cada día, ioh mi Dios! / Es mi deseo escuchar tu dulce voz en el viento del Norte; / que rejuvenezcas un día mi cuerpo por tu amor; / que por él viva eternamente.»

Después del corto reinado de su yerno *Semenjarrá*, pasó a ocupar el trono *Tutanjamen*, hijo natural de *Juenaten*; casado con su hermana *Anj-es-Paaten*, la tercera de las hijas de éste. *Tutanjamen* reinó solamente ocho años (de 1358 a 1350 a. J. C.); murió en plena juventud y apenas tuvo tiempo más que para abatir la reforma religiosa de su padre, restaurar el culto de Amen y regresar a Tebas con la corte. Su nombre se ha hecho mundialmente conocido en nuestro siglo por que su tumba, casi intacta, verdadera joya arqueológica, fue descubierta en el «Valle de los Reyes», el año 1922, por lord Carnarvon y Howard Carter, después de treinta y tres siglos de haber muerto el renegado del culto de Aten. «Vuelvo a levantar lo que estaba ruinoso en los monumentos eternos; aparto la mentira de las dos tierras y restablezco la verdad», firmó en el decreto del año cuarto de su reinado, conservado en los petroglifos de Karnak; y cambió su nombre de Tutan-

jaten por el de *Tutanjamen* o *Amen-tut-anj* («Imagen viviente de Amen»), con el que ha pasado a la historia.

Ciertos historiadores, como Pendlebury, Engelbach, Varille y Drioton, suponen (y de ello dan razones atendibles) que *Tutanjamen* fue hijo de *Amenhetep III* y de su última mujer, *Satamen*.

Otros historiadores, como Janssen, Aldred, Van del Merr, Fairman..., advierten una *corregencia* de Amenhetep III y de su hijo Akhenaten durante nueve u once años, en que sobrevivió el primero al advenimiento del segundo.

Otros, como Redford y Gardiner no admiten tal corregencia; el primero, creyendo que Amenhetep III abdicó en su hijo y sobrevivió al año treinta y nueve de su reinado; y el segundo, creyendo que Akhenaten subió al trono después de la muerte de su padre.

Por otra parte, el citado Aldred considera a Ai como padre de Nefertí y, por tanto, suegro de Tutanjamen (y éste, hijo de Amenhetep III y, por tanto, hermano de Juenaten). Por consiguiente, Nefertí era egipcia y no mitania como se había supuesto.

Drioton y Vandier admiten la posibilidad de que hubiese habido una corregencia de Tutanjamen y Semejarrá (nietos quizá los dos de Amenhetep III y de Ai); y otra corregencia de Tutanjamen con Aí, y el matrimonio de éste con la viuda del primero.

Aldred justifica la legitimidad del advenimiento al trono de Horenheb (sucesor de Aí) suponiendo que éste se casó con Mutned-jemet, hermana de Nefertí e hija de Aí.

En fin, Roeder supone que Tutanjamen y Semenjarrá son hermanos, e hijos de Amenhetep III y de Satamen.

Y Seele, en cambio, cree que Tutanjamen y Semenjarrá eran nieto de Amenhetep III y de Ai, lo cual es verosímil. (Según Tom Pridaux, la reina Ti fue madre de Amenhetep IV; Nefertí, ahijada de Ti, y Tutanjamen, hermano menor de Amenhetep IV.

He aquí en resumen:

1399-1360	..	Amenhetep III	40 años
1360-1340	..	Juenaten	21 años (1)
1340-1322	..	Tutanjamen	9 años
1332-1329	..	Ai	4 años
1329-1303	..	Horenheb	? años

(1) 3 de corregencia con Semenjarrá, según Redford.

Aún subió de punto la sensación producida por el descubrimiento de esta tumba, debido a que varios de los profesores y arqueólogos que primeramente penetraron en el hipogeo murieron violentamente o por dolencias indefinidas, en breve plazo. Así ocurrió con lord Carnarvon, víctima de la picadura de un insecto al entrar en la tumba: Jorge Benedite, director de la sección de egiptología del Museo del Louvre, muerto de «enfermedad inexplicable», según el doctor Mardrús; sir Archibald Douglas Reid, muerto de una enfermedad contraída en Suez cuando se disponía a radiografiar la momia de Tutanjamen; sir Woolf Joel, uno de los primeros que entraron en la tumba, desapareció en las aguas del Nilo al caer desde el puente de su yate; y así otros en situaciones análogas, como el canadiense Lafleur, William Ingran, etc. Alguien hubo supuesto, como el citado doctor Mardrús, que Tutanjamen «se vengaría», y que la «fórmula mágica» de su furor de ultratumba se oculta en la inscripción jeroglífica que en el borde de la copa de alabastro translúcido tallada en forma de flor de Loto, encontrada en su hipogeo, reza: «Deja a tu Ka vivir y a tu majestad recorrer millones de años, / oh tú que amas a Tebas y reposas con la mirada hacia el Norte y tus ojos contemplando la felicidad!»⁷.

Tras de Tutanjamen⁸ ocuparon el trono egipcio Ai, esposo de la nodriza de Juenaten (a quien el rey eleva como motivo de su matrimonio a un rasgo principesco), y *Horemheb*, el general jefe del mismo faraón, que puso a raya varios intentos anarquizantes, terminó con los restos del culto a Aten y fundó la *Dinastía XIX*, en el 1350 a. J. C.

Esta dinastía, como la siguiente, fue la de los *Ramsés* o «Ra-

⁷ La tumba de Tutanjamen fue visitada en 1926 por 1.300 turistas y por delegados de 270 sociedades culturales.

⁸ «A las dos menos cinco de la mañana, el día 5 de abril de 1923, lord Carnarvon, sin haber reconocido a su hijo (lord Parchester, que llegó a El Cairo, al Hotel Continental, algunas horas antes de que su padre muriera), todas las luces del hotel y de El Cairo se apagaron, y el director inglés del servicio de electricidad (lord Allenby) no pudo dar una explicación técnica de este fenómeno.

Por otra parte, el perro que dejó en Inglaterra lord Porchester para proteger a su padre comenzó a aullar precisamente a la hora del suceso de lord Carnarvon, sin que nadie fuese capaz de hacerle callar, y después el animal cayó muerto.» (Del libro «Vida y muerte de un faraón», de Christiane Derroches, Noblecourt conservadora, jefe de los Museos Nacionales de Francia, departamento de Antigüedades Egipcias.)

mes-es» («nacido de Ra»), cuyos primeros reyes, después del fundador, fueron *Ramsés I*, *Sethi I* (o «Asar-taâi») y el famoso *Ramsés II*.

La *Dinastía XIX* posiblemente era originaria de *Tanis* («Delta»), en cuya ciudad el futuro *Sethi I* era sacerdote de Seth; en esta región es donde estuvo Avaris, la capital de los hiksos, y fue residencia veraniega de los reyes de esta dinastía. (La estela del año 400, contando desde el reinado de Aapehtiseth Nubti, del tiempo de Ramsés II, parece indicarlo así.)

Ramsés I, fundador de la dinastía, hijo de Sethi, «jefe de arqueros» (y antes llamado Paramés), era titulado «jefe de los arqueros y de los carros, jefe de la fortaleza y de las bocas del Nilo; escudero y mensajero del rey en el extranjero; escriba real recultador de arqueros; jefe de la infantería del señor de las dos Tierras; jefe de los profetas; lugarteniente del rey del Alto y del Bajo Egipto; jefe de los jueces y primer ministro de las grandes casas». Reinó solamente un año y cuatro meses.

Su hijo *Sethi I* (1312-1298) reinó once años, en una etapa apacible y próspera. Construyó el «Memnonium» de Abydos y su templo funerario de Kurna.

Ramsés II, hijo del anterior (1301-1235), gran propagandista del faraonato, hombre extrovertido, lleno de vitalidad, «favorecido de Amen, hijo del Sol y Guardián de la Verdad» (como dice la inscripción de su coloso de Bedrachin), sintióse émulo de Thutmés III y combatió a los khetas en Palestina, haciendo que su victoria fuese cantada en brillantes rapsodias por el poeta Pentaur.

Su labor como constructor fue verdaderamente ingente, levantando el «Memnonium» de Abydos, parejo del de su padre, donde hállanse los mejores bajo relieves de Egipto, los «Speos» de Abú-Simbel, el «Sarepeum» de Menfis, la ciclópea sala hipostila del templo de Karnak, el «Ramesseum» o templo funerario, los colosos de Bedrachin, y una multitud de estatuas de su personas, que repartió por los santuarios del país, y debajo relieves, entre los que sobresale el «Ramsés combatiendo», de Ibsambúl, de factura inimitable, considerado por Champollion como la obra maestra del bajo relieve egipcio. Por si esta actividad fuera poca, todavía su vida privada fue un ejemplo de pujanza vital, ya que tuvo 111 hijos y 59 hijas, por lo que mereció ser tenido como el modelo máximo de moral y ciudadanía, si nos atenemos a las palabras de Diodoro de Sicilia.

Durante su reinado nació *Moisés* (o «Asarship», por su verdadero nombre egipcio), el gran profeta hebreo, hallado en una cesta por la hermana del faraón entre los juncos de la isla de Roda, en el Nilo, adoptado por la princesa, criado en la corte de Ramsés junto al hijo de este, *Menefptah*, y posteriormente ordenado sacerdote después de su iniciación en los misterios osirianos. Reinando ya *Menefptah* tuvo lugar el «exodo» o salida de los israelitas de Egipto conducidos por Moisés, cuyos episodios, relatados extensamente en el libro del Éxodo, del Pentateuco bíblico, son bien conocidos y suponen, aparte su significación histórica, la propagación esotérica o popular del monoteísmo, del cual el profeta israelita fue iniciador y máximo definidor.

Menefptah es sucedido por el usurpador *Amenmés*, a quien destrona otro advenedizo, *Menefptah-Siptah*, que ocupó el trono por su matrimonio con la princesa *Tausert*, de la familia real legítima. Después de seis años fue destronado por *Sethi II*, príncipe de sangre real que se casó con la viuda del anterior y mandó destruir los monumentos de sus predecesores. Le sucedió por vía normal de la estirpe regia *Ramsés-Siptah*, en una época de anarquía y decadencia en que los nobles se disputaban el poder, hasta que otro usurpador sirio llamado *Iarsu* ocupó el trono, siendo al fin sucedido por el piadoso y enérgico *Sethnakht*, fundador de la Dinastía XX, que encauzó la marcha interior del país.

La *Dinastía XX* de los restantes *Ramsés* (del 1288 al 1090 a. J. C.) inicia un nuevo período de desmembramiento y decadencia, en que el espíritu hermético se retira a un profundo sueño, del cual no volverá a despertar.

Todavía *Ramsés III* logró mantener una corta etapa de prestigio e integridad del país. Sucedió a su padre *Sethnakht* después de éste hubo reinado dos años escasos. Fue el último gran rey del Imperio Nuevo, que pacificó el reino, organizó la administración, el ejército, y realzó el prestigio de Egipto en los países extranjeros. Construyó el grandioso santuario de Medinet Abu. Sus últimos días fueron ensombrecidos por el complot tramado contra él por su mujer *Tiy* (la cual vio desplazado del trono a su hijo Pentaur), confabulada con algunos funcionarios de palacio, como resultado del cual se ignora si el rey fue asesinado o murió poco después de haber juzgado a los culpables.

Ramsés IV, hijo del anterior, de cuyo reinado apenas hay noticias, reinó seis años y fue sucedido por otros siete Ramsés: Ramsés V «Sekheperenrá», que reinó cuatro años; *Ramsés VI* «Neb-

maré-Miamen», de efímero reinado⁹; *Ramsés VII* «Usimaré-Miamen», que reinó siete años; *Ramsés VIII* «Akhnamen», que reinó escaso tiempo; *Ramsés IX* «Neferkará», que reinó diecinueve años (1115); *Ramsés X* «Khepermaré», que reinó tres años, y *Ramsés XI* «Menmaré», que reinó veintisiete años.

Durante los reinados de estos reyes, el país se empobreció y desorganizó paulatinamente, a lo que no poco contribuyeron las querellas internas entre la rama legítima y la advenediza de las familias reinantes; si bien parece cierto que todos los Ramsés de esta dinastía fueron legítimos sucesores de Ramsés III.

En el reinado de *Ramsés IX* (hacia 1115) comenzaron las violaciones de las tumbas reales del «Valle de los Reyes», que obligaron a los monarcas de la Dinastía XXI a transportar las momias a otras sepulturas excavadas en los riscos de Deir-el-Bahari, donde fueron descubiertas por los árabes y luego por los arqueólogos modernos (pág. 59). En su tiempo se perdió la región del «Delta».

Durante el reinado de *Ramsés XI*, el gran sacerdote de Amen, *Amenhetep* intentó destronar al faraón, que logró reaccionar a tiempo, suspendiéndole en su cargo, que permaneció vacante durante nueve meses. Pronto esta pugna se convirtió en una guerra civil —según Montet—, causada por haber sido entronizado el dios Seth por el monarca como dios dinástico, lo cual motivó el disgusto de los sacerdotes de Amen-Ra. El rey fue apoyado por *Asarsei*, sacerdote de On (Heliópolis), y su nuevo visir *Herihor*; y no obstante su aparente victoria, su reinado terminó en la sombra y la indiferencia, tras de lo cual, y mediante inauditos esfuerzos, se impusieron al fin los sacerdotes de Amen. Esto ocurrió cuando *Herihor*, que había sido ministro y jefe del ejército con *Ramsés XI*, escaló también el pontificado de Amen, sucediendo a *Amenhetep* y reuniendo en su mano todos los poderes. Así parecen probarlo las inscripciones y relieves del templo de Khensu, en Karnak, que muestran la efectiva y paulatina preponderancia del jefe y gran sacerdote *Herihor* sobre el monarca Ramsés (1085 a. J. C.).

En tiempos de *Ramsés XII*, entre los años 1118 a 1090, podía haberse dicho que en Egipto solamente se vivía del pasado.

El país egipcio se dividió en cuatro reinos: *Tebas*, *Tanis*, *Bubastis* y *Napata*.

⁹ *Nebmaré* significa «Señor de Márea», localidad del «Delta», «frente a los li-bios», cuyo nombre forma parte del apelativo de varios de ello.

En el reino tebano, con la *Dinastía XXI*, hacia el año 950 a. J. C., ocuparon el trono faraónico los grandes sacerdotes de Amen.

En Tanis, el rey *Psusennes* (Siamón de los griegos y Vaphres de la Biblia), de la dividida dinastía XXI, casó a su hija, la «Sulamita», con Salomón, rey de Jerusalén, entonándose durante la boda el «Cantar de los Cantares» por un conjunto de «cuarenta mil arpas, cien mil trompetas de plata y doscientos mil coristas de uno y otro sexo»¹⁰.

La *Dinastía XXII*, de origen libio y con capital en Bubastis, la ciudad de la «diosa con cabeza de gato» y de las grandes fiestas «báquicas», invadió Judea, saqueó Jerusalén en el 930 a. J. C. y unificó temporalmente Egipto. El héroe principal de estas gestas fue el rey *Sheshonk*, llamado «Seisak» en el Antiguo Testamento de la Biblia, a quien se nombra repetidamente en los versículos 40 del capítulo 11 del «Libro primero de los Reyes», y 2.º, 5.º, 7.º y 9.º del capítulo 12 del «Libro segundo de las Crónicas».

La *Dinastía XXIII*, cuyo principal rey fue *Tefnakhaté* de Bubastis, detenta una época en que se acentúan las divisiones del país.

En el curso de la *Dinastía XXIV*, *Bekenranfo* o «Bocoris» muere quemado por *Sabaco* el etíope, de la *Dinastía XXV* de Nubia, con capital en Napata. Fueron los más famosos monarcas de esta dinastía *Piankhi*, que impuso su autoridad circunstancialmente en todo Egipto, el citado *Shabakha*, *Tirakah*, *Tunatamen*, *Patheuf* y *Psemthek*.

En estas desdichadas circunstancias, y en el año 650 a. J. C., *Psamético* se levanta en Sais, sacudiendo el yugo asirio, y da comienzo a la etapa todavía fuerte y coherente de la *Dinastía XXVI* o «Saíta».

Durante esta dinastía, unificadora del país, decisivamente inclinada hacia la cultura griega, la religión egipcia se concentra en el culto de la diosa Isis, por lo que ha sido denominada también «isíaca». *Psamético I* convierte a Egipto nuevamente en una gran

¹⁰ Con relación a esta dinastía conviene señalar que el sarcófago de granito, la máscara y los vasos de oro del rey *Pa-sebkhanu I*, como las estatuas de oro del rey *Amen-en-Epet*, fueron encontrados intactos por el profesor Pierre Montet, de la Universidad de Strasburgo, en Sân-al-Hagar (la antigua Tanis). Así como las tumbas de varios reyes y otros personajes de esta dinastía y la siguiente.

potencia y permite el florecimiento en la costa egipcia de las colonias helénicas de Miliesion, Teikos y Dafne, próximas a Sais.

Amasis fue amigo del famoso rey Creso de Lidia y de Polícrates, el tirano de Samos. En su tiempo, el eminente filósofo griego Pitágoras de Samos fue a Egipto a cursar las disciplinas de la iniciación hermética, recomendado por Polícrates al rey Amasis, quien a su vez le recomendó al gran sacerdote Sonchis de Heliópolis. Dícese que Amasis comenzó las obras del Serapeum de Menfis, pero lo cierto es que ya Ramsés II había comenzado a reunir en las criptas iniciales del famoso templo los cadáveres embalsamados de los toros «Apis», setecientos años antes.

Neco (609 a. J. C.), que temporalmente se hizo dueño de Siria y Palestina, hizo un canal que comunicaba el Nilo con el mar Rojo, por el que —según se cuenta— pasó parte de la flota romana después de la derrota de Cleopatra y Marco Antonio en la batalla de Accio; y realizó la circunnavegación de África con ayuda de los fenicios.

Psamético II (año 593 a. J. C.) fracasó también en su tentativa de dominar el Estado nubio de Napata, que tantas pruebas de fortaleza había dado.

Apries (588 a. J. C.), contrario a la libertad de las colonias griegas en Egipto, intentó someter a la colonia de Cirene, siendo derrotado después de vanos esfuerzos. Y no tuvo mejor suerte en su proyecto de conquistar Palestina.

Psamético III, último rey de esta dinastía, en el 525 a. J. C., reinó menos de un año. La invasión persa capitaneada por *Cambises* («Kametsé», según los egipcios), sucesor de Ciro, rey de Persia, puso fin a la dinastía Saítica con el bárbaro sacrificio de los miembros de la familia real, a los cuales cargó de cadenas y los hizo desfilar con la mordaza en la boca y el ronزال al cuello antes de ser decapitados. Más aún, el tirano todavía osó herir al toro sagrado Apis, según nos cuenta Heródoto (episodio puesto en duda por historiadores modernos), no obstante todo lo cual se hizo iniciar en los misterios de Neith. Murió loco en Siria cuando regresaba de Egipto en 522.

Según Jámblico, Cambises, condujo a Pitágoras a Babilonia, donde estuvo exiliado doce años más, durante los cuales penetró en los arcanos de la antigua magia caldea. Y si esto fue quizá un grave contratiempo para él, fue por esto por lo que la cultura occidental pudo contar con las eminentes elucubraciones de sus teo-

rias de los «Números» y de la «Música de las Esferas», seguramente de origen caldeo.

La *Dinastía XXVII* estuvo formada por los reyes persas dominadores, *Cambises*, los *Darios*, los *Jerjes* y los *Artajerjes* (años 525 a 388 a. J. C.), que fundaron la ciudad de «Babilonia» y que forma parte del casco viejo de El Cairo actual.

Los *reyes persas*, cuyo dominio fue siempre una carga intolerable para los egipcios, hubieron de reprimir varias revueltas o sublevaciones que dificultaron su hegemonía: una en los comienzos del reinado de *Dario* (521 a. J. C.), difícilmente reprimida; otra en tiempo de *Jerjes* (483 a. J. C.), fácilmente resuelta, y otra más grave en el 460, siendo rey *Artajerjes I*, que, capitaneada por el jefe libio *Inaros* y el saíta *Amirteo*, apoyados por los griegos, pusieron en grave aprieto al ejército de 300.000 hombres del monarca persa; hasta que al cabo de dieciocho meses pudo éste desquitarse derrotando a las tropas greco-egipcias. *Inaros* fue ejecutado por orden de Artajerjes, y *Amirteo* quedó en Delta como jefe del movimiento nacional. En el 449, se firmó la paz entre Persia y Grecia, y como consecuencia calmóse también Egipto, quedando *Tamiras* y *Pausiris*, hijos de los rebeldes nacionalistas, al frente del gobierno de las jurisdicciones que habían poseído sus padres comenzando así la *Dinastía XXVIII*.

La última revuelta, en el 410 a. J. C., constituyó una verdadera guerra de liberación, que según Jenofonte, consiguió la independencia egipcia. *Amirteo* reinó en todo Egipto seis años (404-398) según un papiro arameo de Elefantina (*Dinastía XXVIII*).

Dos veces intentaron los persas rehacerse con Egipto (en 373 y en 343), lo que al fin lograron en el 341 mediante una más fuerte y odiosa represión, que terminó cuando el sátrapa *Dario Codomano* (año 330) fue definitivamente desalojado por *Alejandro Magno*.

En la *Dinastía XXVIII* (años 404 a 398 a. J. C.), centrada en el bajo Egipto, se destaca el gobierno de *Amyrites* o «Tamiris» de Sais, como ya se ha dicho.

La *Dinastía XXIX* o «mendesiana» tuvo por reyes a *Neferites*, *Akoris* y *Psamutis* (entre los años 398 y 379 a. J. C.).

La *Dinastía XXX*, también de poca importancia política y cultural, que gobernó entre los años 378 y 332 a. J. C., tuvo su corte en el Alto Egipto, contándose entre sus reyes *Nectanebet*, *Takhos* y *Nectanebos* (de «neb» = señor). Se sabe que estas tres últimas dinastías fueron contemporáneas de la dinastía persa.

En esta situación llega el momento trascendental de las conquistas de *Alejandro Magno*, el cual irrumpe en Egipto arrollador y decisivamente en diciembre del año 332 a. J. C. El virrey persa de Darío el Grande no le opuso resistencia alguna. La presencia de Alejandro fue considerada por el pueblo egipcio como una liberación, el oráculo de Amen le reconoció como «hijo del dios», y el gran general macedonio fue respetuoso con las costumbres egipcias, con su religión y con sus dioses. Fundó Alejandro la ciudad de Alejandría en la costa mediterránea, junto a la aldea de Rakotis, en la cual dejó como gobernador al general *Lagos*, que, por designios históricos, fue el cabeza de familia de la *Dinastía XXXI*, de los «Lágidas» o «Ptolomeos», que gobernó en Egipto desde el año 304 hasta el 32 a. J. C.

Alejandría llegó a ser la más bella, rica y culta ciudad del mundo de entonces, en la que se ataron con indisolubles lazos históricos las cuatro grandes potencias de la época: Egipto, Grecia, Persia y Roma. Persia acababa de ser dueña de Egipto; los griegos, con Alejandro, se habían aposentado en el país, y Cesar, el romano, fue finalmente a vivir allí los magníficos días de su idilio con Cleopatra.

La ciudad de Alejandría fue construida por Dinócrates de Rodas, según el modelo ideado por Hipódamos de Mileto. En ella levantóse por Sóstrates de Cnido el famoso «Faro de Alejandría», considerado como una de las siete maravillas del mundo, sobre la isla de Pharos, que se interponía a la entrada del puerto, entre la cual y la costa se extendía el enorme muro o «Heptastadium» (de «siete estadios», o sean 1.176 metros), que dividía el puerto en dos partes: una al servicio de los reyes y grandes personajes, y otra para el comercio y la industria, denominada «eunostos» o «feliz regreso». La ciudad presentada dos calles principales de 31 metros de anchura, que se cortaban perpendicularmente, y en cuya intersección se levantaba el imponente santuario del dios Pan. En la península de Lochias, situada al nordeste del puerto, estaba el templo de Isis y los palacios que sucesivamente fueron levantados por los reyes Ptolomeos.

La dinastía de los Lágidas comenzó su ciclo histórico con los mejores augurios y la máxima brillantez. Los tres primeros Ptolomeos: «Soter», «Philadelfo» y «Evergetes», hicieron una insuperable labor de economía y cultura que dio base y auge a la famosa «Biblioteca de Alejandría», después a su «museo» y, andando el

tiempo, a la famosa «escuela alejandrina», donde se concentró toda la sabiduría helénica del mundo antiguo.

Ptolomeo I, «Soter» («Salvador»), que comenzó su vida pública como simple sátrapa de Filipo II y después de Alejandro, tomó el título de rey de Egipto en el año 304 a. J. C., después de la muerte de Alejandro. Su obra cumbre fue la Biblioteca, que llegó a contener 700.000 rollos o volúmenes. Vivió el rey 84 años de fecunda y densa labor: había sido en su juventud compañero de juegos de Alejandro, al que guardó una lealtad insobornable; llevó a Alejandría los restos de éste; se hizo con el tesoro de la ciudad, que estaba en manos de Cleomenes, y trató, aunque en vano, de hacerse dueño de Grecia y de Siria en dos expediciones frustradas. Estuvo casado con la reina *Artáctana*, tuvo después amores con Tais, la famosa cortesana alejandrina, y con Eurídice, uniéndose al fin con la reina *Berenice*, de quien nació su hijo y sucesor, en el cual abdicó.

Ptolomeo II «Filadelfo» («el que ama a su hermana») hizo culminar la grandeza de la dinastía incrementando bibliotecas y creando el museo, que al principio fue dirigido por Demetrios de Phalerio (año 250 a. J. C.). Su amor a la cultura y su voluntad puesta al servicio de ambas instituciones hicieronlas punto de cita de los más relevantes valores intelectuales, y de ellas nació la no menos famosa «escuela alejandrina», a la que pertenecieron el poeta *Piletas de Cos*, preceptor de Ptolomeo; el médico *Herófilo de Calcedonia*, que descubrió la circulación de la sangre por los vasos y fue el primero que practicó la disección; el filósofo socrático *Euclides de Megara*; el filósofo ateo que por ironía del Destino se llamó *Theodoro* («adorador de Dios»); el librepensador *Lisímaco*; el pesimista *Hegesias Peisetanatos*, de tan convincente dialéctica que muchos de sus discípulos se suicidaron, viéndose obligado el rey Ptolomeo a suspender sus clases. Al sector «peripatético» de la escuela alejandrina pertenecieron, en el correr de los tiempos, *Euclides* el geómetra; *Apolonio de Pérgamo*, también geómetra; *Nicómaco* el aritmético; *Erasistrato*, filósofo naturalista; *Zenodón de Efeso*, literato; *Arquímedes de Siracusa*, el famoso físico discípulo de Conón de Samos, en Alejandría, el año 232 a. J. C.; *Hiparco*, el gran astrónomo descubridor del movimiento de precesión de los equinoccios (140 a. J. C.), del cual fue discípulo tardío (120 a. J. C.) el no menos grande astrónomo *Ptolomeo*, autor del sistema astronómico que lleva su nombre; *Aristarco de Samos*, que sustentó la teoría astronómica pitagórica del «helio-

centrismo»; *herón*, autor de la «Pneumática»; *Eratóstenes*, el eminente geógrafo y cosmógrafo del tiempo del tercer Ptolomeo; *Ammonio Saccas*, el teósofo y analogista, llamado el «Theodidacto» (O «enseñado por Dios»), que fundó la agrupación de los «filaleteos» o «amantes de la Verdad», y del cual fueron discípulos, directos o indirectos, *Orígenes*, *Plotino*, el talento culminante de la escuela, autor de las «Enneadas», que más tarde fueron publicadas por su discípulo *Porfirio*; *Josefo*, *Jámblico* (de la rama alejandrina), *Proclo*, *Damascio* y *Simplicio* (de la rama ateniense); *Longino*, *Clemente de Alejandría*, y otros muchos.

Las consecuencias de este enorme movimiento intelectual centrado en Alejandría fueron siempre decisivas para la cultura de Occidente. Se ha llamado *alejandrinismo* al movimiento espiritualista en el que se conectaron el «helenismo», el «judaísmo» y el «cristianismo» desde los primeros años de la era cristiana hasta el siglo III de la misma. Aparte de su principal derivación, que fue el «neoplatonismo», hay que citar a la secta herética de los «Gnósticos», iniciada por *Simón el Mago* de Samaria, contemporáneo y conocido de los apóstoles de Jesucristo (citado en el libro de los «Hechos de los Apóstoles» capítulo VIII, versículos 9 a 24), y también a *Filón*, el judío alejandrino, cuyas ideas influyeron en la literatura del primitivo cristianismo, sobre todo del «sanjuanismo»¹¹.

Con *Ptolomeo III* «Evergetes I», llamado «el Grande», hijo del anterior monarca y de la reina *Arsinoe I*, se mantiene la vida cultural de la capital y trata de realizar el ideal de Alejandro creando un vasto imperio con capital en Egipto; y aunque para ello invadió el reino asiático de Seleuco y llegó hasta el Éufrates, tuvo que suspender sus arrestos militares para atender a los disturbios que de una manera inquietante minaban la seguridad del reino. Gobernó «Evergetes I» veinticinco años y murió asesinado por su hijo y sucesor, *Ptolomeo IV* «Filopator».

Con este monarca comienza la caída de la dinastía, no solamente por las vanidades, vicios, incestos y menguadas ambiciones de los reyes y sus familias, sino por la desdichada administración consiguiente, cuanto por la decadencia histórica del helenismo. *Ptolomeo IV*, alcohólico, degenerado y cruel, asesinó a su madre

¹¹. En tiempo de Ptolomeo II (275 a. J. C.) se hizo por los esemios alejandrinos la traducción de la Biblia al griego, llamada «versión de los setenta».

Berenice, a su tío Lisímaco, a su hermano Magas, al general Cleomenes y a su propia mujer *Arsinoe III*.

El reinado de *Ptolomeo V* «Epifanes» supone un relativo respiro en la trágica situación, si bien entonces empieza Roma a pensar sobre Egipto: el cónsul Pompilio Lenas, en el 168, detuvo al ejército de Antíoco de Siria a seis kilómetros de Alejandría, y como consecuencia se firmó una paz, sellada por el matrimonio del rey de Egipto con *Cleopatra I* de Siria.

En su tiempo se grabó la «Piedra de Roseta», que había de servir a Champollion para hallar la clave del desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia.

Ptolomeo murió asesinado durante una nueva ofensiva que llevó a cabo obligado por su amistad con Roma.

Ptolomeo VI «Filometor», casado con su hermana *Cleopatra II*, construyó el templo de Komombo, consagrado a los dioses Sebek y Heru.

Ptolomeo VII «Evergetes II», casado con su sobrina *Cleopatra III* «Kokke», terminó el templo de Komombo. Tuvo dos hijos legítimos (los Ptolomeos VIII y IX) y un bastardo, llamado Ptolomeo Apion. Por disposición testamentaria, en el 116 a. J. C. dejó el trono a su mujer Cleopatra con la condición de asociar durante la regencia a uno de sus hijos, que por ley de sucesión hubo de ser Ptolomeo VIII «Soter II», en tanto que Ptolomeo Apion había de ser gobernador de Chipre. Pero teniendo Cleopatra preferencia por su hijo menor, *Ptolomeo* «Alejandro», logró arrojar del trono mediante una calumnia al hijo mayor, aprovechando «Alejandro» la ocasión para ocupar el trono, al tiempo que su hermano huía, haciéndose fuerte en Chipre.

Ptolomeo VIII «Soter» asesinó a su padre, se casó con *Cleopatra IV*, con quien tuvo a Menfites, a quien mató, enviando el esqueleto de éste a su madre el día de sus cumpleaños.

Ptolomeo IX «Alejandro», hombre tímido, orgulloso y cruel, reinó con su madre, a la cual después mandó matar, robó el sepulcro de Alejandro, despilfarró el erario público, siendo la personal negación de toda labor constructiva. Una rebelión contra él, en el año 89 a. J. C., le obligó a huir, y fue derrotado en una batalla naval en la que encontró la muerte.

Ptolomeo X «Denis», hijo del anterior y de *Cleopatra V*, casado después con su hija Berenice, construyó el templo de Denderah, consagrado a la diosa Hathor.

Ptolomeo XI contrajo matrimonio con su sobrina y madrastra

Berenice (dándose con ésta el caso pasmoso de haber sido esposa de tres reyes: su padre Ptolomeo X, su tío Ptolomeo XI y su sobrino Ptolomeo XII). El rey «Soter» acabó siendo una verdadera pilitra humana, fruto de la degeneración consiguiente a este cúmulo de vicios, incestos, crímenes y degradaciones que pesaron sobre la familia lágida. El rey, parésico y casi en constante estado de sopor, solamente se animaba bajo los latigazos del alcohol.

Fue seguido por *Ptolomeo XII*, que recién casado asesinó a su mujer y murió joven, asesinado a su vez por un grupo de soldados, y sin dejar sucesor.

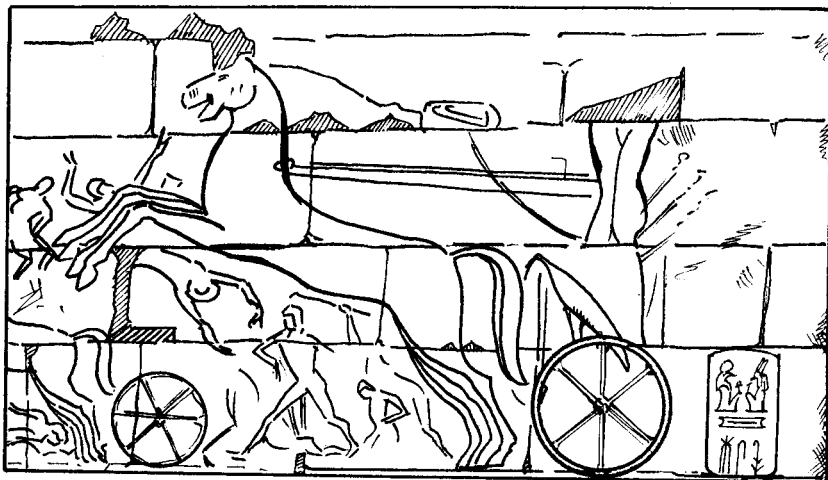
Acudióse entonces para ocupar el trono a un bastardo, hijo de Ptolomeo X, que fue *Ptolomeo XIII «Auletes»*, así apodado por ser un buen tocador de flauta, y en cuyo reinado Roma pesó definitivamente en los destinos de Egipto. Pagaba Ptolomeo 6.000 talentos a los romanos para conservar el derecho de ocupar el trono. Durante su reinado construyóse el templo de Edfú, consagrado a Heru, el dios solar. Tuvo el rey cinco hijos: *Berenice*, *Ptolomeo XIV*, *Cleopatra VII*, *Arsinoe* y *Ptolomeo XV*, cuyas disputas por el trono paterno (si se exceptúa al menor, Ptolomeo XV, muerto casi niño todavía) constituyen la historia trágica y un tanto pintoresca de esta familia de las postrimerías dinásticas.

Los episodios principales, bien conocidos por la historia, y aun del dominio novelesco y vulgar, giran alrededor de la pugna entre *Ptolomeo XIV* y su hermana *Cleopatra VII* para ocupar el trono. En ellos jugaron importante papel los dos triunviros romanos, el gran *César* y el audaz *Marco Antonio*, de los que se valió *Cleopatra*, reteniéndoles en las redes amorosas de su hermosura y de su astucia, para conservar el trono de Egipto.

Berenice, que ocupó el trono por su cuenta en ausencia de «Auletes» durante uno de los viajes de este a Roma, fue muerta, al regreso, por su padre; *Ptolomeo XIV* murió peleando contra César a orillas del Nilo; *Arsinoe* fue asesinada como consecuencia de la unión de Cleopatra y Marco Antonio; y el joven *Ptolomeo XV* fue mandado matar por Cleopatra durante el regreso que ésta hizo a Roma. De este modo, Cleopatra, dueña aparente de la situación, se jugó la última carta ante el reto final de *Octavio* (el último triunviro romano y fundador del Imperio), quien la desafió en la batalla naval de Accio (2 de septiembre del año 31 a. J. C.), en la que salió derrotada. Inflexible Octavio ante las astucias, súplicas y encantos de la reina egipcia, dio motivo al suicidio de Marco Antonio, y poco después de Cleopatra, terminando con

esto la historia del Egipto antiguo, que pasó a ser una provincia del Imperio romano. Era el año 32 a. J. C.

Tres hechos capitales, en inusitada y asombrosa coincidencia, dan un giro radical al devenir histórico de Occidente: la caída del Imperio egipcio, la fundación del Imperio romano y el nacimiento de Jesucristo el año 15 del reinado del emperador Tiberio. Todo ello en el lapso de 32 años, plazo insignificante para el surgir de tamaños acontecimientos ¹²



Ramsés II en la batalla de Kadesh. De los Muros del Templo de Luxor. (El relieve hállase muy deteriorado).

¹² Véase Apéndice II, sobre la «Huida a Egipto de la Sagrada Familia».

SEGUNDA PARTE

IV. HISTORIA DE LA RELIGIÓN EGIPCIA

En la religión del antiguo Egipto parece latir un monoteísmo de fondo, a despecho del abigarrado politeísmo profesado por la devoción popular.

Ese *monoteísmo*, de tan claro abolengo «semítico», era básico indudablemente en la doctrina de sus teólogos y en el secreto de los colegios sacerdotales. Herodoto apunta este hecho alegando que los dioses del politeísmo popular representan solamente atributos de la divinidad única o fuerzas de la naturaleza. Y efectivamente, solamente así nos explicamos la concepción de todas las religiones politeístas tan características del espíritu «ario». A este respecto dice también M. Pierrot: «Los dioses del panteón egipcio son solamente manifestaciones del Único en sus varias capacidades.»

En un «himno egipcio» se dice: «Dios es Uno y Sólo, y no existe otro más que Él.» «Dios es el Uno, el Uno que ha hecho todas las cosas.» «Dios es Espíritu, un alto Espíritu, el Espíritu de Espíritus, el Gran Espíritu de Egipto, el divino Espíritu...» «Él es el Único original y ya existía cuando todavía no existía nada...» «Todo lo ha hecho Él después de su manifestación.» «Él es el Padre de los principios.» «Dios es eterno, sin fin, perpetuo, infinito...» «Dios es alto y nadie ha percibido su forma ni nadie ha reconocido su imagen. Él es alto y respetado por los dioses y los hombres, y es un misterio para las criaturas.»

En el «Papiro de Bulak» pág. 17, en un «Himno al dios Amen», se dice: «Únicamente Tú arte, Tú creador de los seres y Tú, único hacedor de todas las criaturas. Él es Sólo, Único, sin igual, viviendo en el santuario de los santuarios.»

En otro himno al dios Amen se lee: «Todas las piedras son de Amen, creador de montañas; todos los perfumes son de Amen, que ha hecho el país de Punt; todos los tejidos son de Amen, que ha hecho el lino; todos los pájaros son de Amen, que ha hecho el

aire del cielo; todos los habitantes de la Tierra son de Amen, que los ha criado de la nada; el sacerdocio es de Amen, las primicias... la tierra sobre sus cuatro pilatres; el suelo con sus arrugas, la eternidad y el tiempo son de Amen.»

En el «Asklepios», atribuido a Hermes Trimegisto, se exponen conceptos análogos: «Ninguno de nuestros pensamientos puede concebir a Dios, ni lengua alguna puede definirle. Lo que es incorpóreo, invisible, sin forma, no puede ser percibido por nuestros sentidos; lo que es eterno no puede ser medido por la corta regla del tiempo; Dios es, pues, inefable...; pero la Causa Prima queda velada y no llegaríamos a comprenderla más que atravesando la muerte.»

«El monoteísmo —dice Drioton y Vandier— es, en efecto, el atributo de los libros de sabiduría, de los cuales el más conocido, formado por la unión de las «Enseñanzas para Kagemni» y de las «Enseñanzas para Ptahhetep», pertenece al Antiguo Imperio. Se encuentra un cierto número de máximas, como: «No se sabe qué acontecimientos suscita Dios cuando castiga» (Papiro Prisse II, 1-2); «Cuando la previsión de los hombres no se ha realizado, se ejecuta la orden de Dios» (Id. VI, 9-10); «Si eres respetuoso e imitas a un hombre sabio, toda tu conducta será buena ante Dios» (Id. VII, 7-8). Esta manera de hablar de la divinidad, como de un ser todopoderoso, director consciente de los acontecimientos, señor del Destino y retribuidor de las acciones de los hombre, es, sea cualquiera la explicación que se le impone, específicamente monoteísta.»

Cabe añadir que los dioses de Egipto, como fueron también los de Grecia, representaron poderes espirituales como individualidades; fueron esencias éticas más bien que personificaciones de poderes naturales o abstracciones o símbolos; aunque hubiese en ellos la resonancia del elemento natural tan característico de la concepción oriental. *Ra* no era el dios del Sol, sino el Sol mismo como dios; *Heru* es el sol y la luz, pero también la sabiduría, o sea la luz del espíritu, etc.

Toda la filosofía religiosa de los egipcios se fundamenta en la *doctrina hermética*, fruto de las enseñanzas de aquel gran profeta que el mito y la leyenda conocen con el nombre de *Thuth*, y más comúnmente con el nombre helénico de *Hermes Trimegisto*. Los egipcios le deificaron, representándole con cabeza de Ibis y llevando en las manos la tablilla y el pincel como atributos del *escriba celestial*. A *Thut* se debe el conocimiento de las artes, la ar-

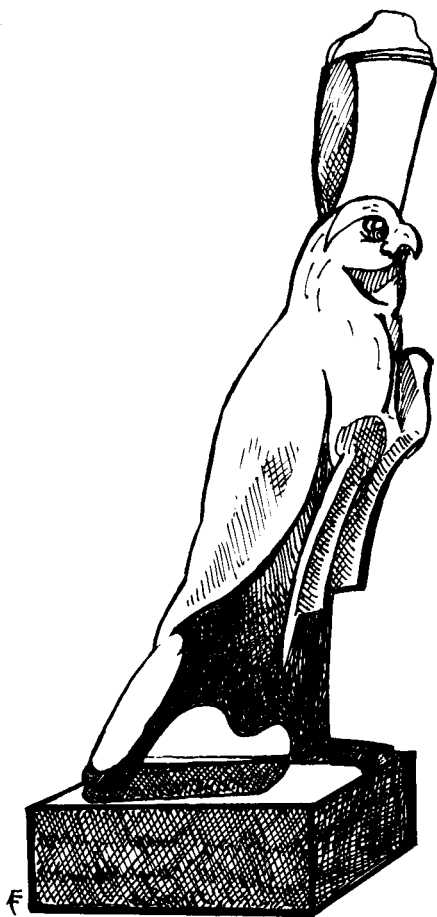


Fig. D. El gavián sagrado (Heru) del templo de Edfú.

quitectura, la geografía, la agricultura..., y, sobre todo de las «divinas palabras» de la escritura jeroglífica o sacerdotal.

Escribió, según tradiciones, cuarenta y dos obras, que Jámblico eleva a la exorbitante cifra de veinte mil, que, como puede colegirse lógicamente, fueron fruto de los colegios sacerdotales de On, de Menfis y de Tebas, bajo la inspiración del gran profeta.

A *Hermes-Thuth* se refieren más directamente la «Tabla Esmeraldina», donde se hace un relato muy abstracto y enigmático de la Creación (ver pág. 45), encontrada, según cierta tradición, por Sara, esposa de Abraham, sobre el cadáver de Hermes en He-

brón; el «Kibalión», que contiene los principios científicos; el «Pimander», de psicología; el «Asklepios», de teología y metafísica; la «Gimnástica», de perfeccionamiento integral de la persona; el «Libro de Enoch» etíope (encontrado por Bruce y Ruppel en Abisinia), y el «Libro de los Muertos» o «de las Moradas» que trata de la metafísica de ultratumba y es una especie de psicología simbólica y trascendental.

Thuth-Hermes fue llamado por los griegos «Trimegisto» o el de las «tres grandezas», porque conoció y compendió todo cuanto existe «en el Sol, en la Luna y en la Tierra», es decir, en el Espíritu, en la Mente y en el Cuerpo.

La tradición le asigna trescientos años de vida (que han de interpretarse como los años de vida de los patriarcas bíblicos del desierto), y se le representa con un caduceo serpentino (como al Hermes griego y al Mercurio romano, ligados a él mitológicamente), en el que triunfa el «agatodemon», «nehebit» o «serpiente del bien», ya que el ibis, cuya cabeza ostenta el profeta-dios, era el ave destructora de las serpientes dañinas en Egipto.

Metafísica y conceptos teológicos-cosmogónicos de Egipto

Los temas básicos de la metafísica de todos los tiempos han sido: Dios, la Creación, el origen del hombre y el destino del alma. Veamos el criterio sustentado por los egipcios de la antigüedad sobre estos problemas.

El *concepto de Dios* hemos visto que tiene su base en un monoteísmo esotérico que se remonta a los tiempos más lejanos de la tradición hermética.

Sobre *la Creación* no hay otro documento más explícito, si bien abstruso, que la citada «Tabla Esmeraldina», cuyo texto dice así:

«Es indudable, sin mentira, cierto y muy verdadero:

1. Lo que es abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo, para obrar los misterios de la Unidad.

2. Y como todas las cosas han procedido y proceden de Uno, por la mediación de uno, así todas las cosas han nacido de esta cosa única por adaptación.

3. El Sol es el Padre, la Luna es la Madre, el Aire lo ha llevado a su seno, la Tierra es la Nodriza. El padre de todo el secreto

de todo el mundo está aquí. Su fuerza o potencia está entera, si ello está convertido en tierra.

4. Separarás la Tierra del Fuego, lo sutil de lo grosero, suavemente, con grande industria. Sube de la Tierra al Cielo y de rechazo desciende a la Tierra, y recibe la fuerza de las cosas superiores e inferiores. Por este medio tendrás la luz de todo el mundo, y por esto toda oscuridad huirá de ti.

5. Es la Fuerza fuente de toda fuerza, porque ella vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida.

6. Así fue creado el Mundo. De aquí serán y saldrán admirables adaptaciones cuyo medio está aquí.

Por eso he sido llamado Hermes Trimegisto, que posee las tres partes de la filosofía de todo el mundo.

Lo que he dicho de la operación del Sol, está cumplido y acabado.»

Existen, además, representaciones gráfico-alegóricas muy curiosas y expresivas sobre este tema.

Pero otros textos más simbólicos o metafóricos, sin que en ellos falte una insospechada profundidad filosófica, nos complementan y aclaran el concepto que de la Creación tenían los egipcios desde los tiempos del Imperio Antiguo.

«En el principio existía el Caos, simbolizado por el dios *Nun*. Por tanto, el Universo no ha sido creado, existía desde la eternidad bajo la forma de una masa amorfa e inerte. En este tiempo no existía aún el cielo y la tierra, ni los hombres; los dioses aún no habían nacido; aún no existía la muerte.» «En este caos, *Atum*, el espíritu del mundo, estaba diluido. Llevaba en sí la fuerza generadora de los seres y de las cosas. Tomando conciencia de sí mismo, se llamó a sí mismo gritando: “Ven a mí”, y desdoblándose dio nacimiento al dios *Ra*, personificado por el Sol. *Atum* y *Ra*, el espíritu del mundo y su conciencia, son los dos aspectos de un solo ser, mundo indivisible que lleva en sí la fuerza generadora de su propia sustancia» (Moret).

El historiador Pirenne, comentando los «Textos de los sarcófagos», nos expone el papel desempeñado por los dioses de la «Enneada» heliopolitana en la creación del mundo: «El mundo surge del caos representado por el agua primordial o *Nun* (v. pág. 51). De aquí surgió el dios *Atum* (*Ra*), quien de su propia sustancia hizo aparecer a los dioses *Shu* y *Tefnut*, de los nacieron a su vez *Geb* (el dios tierra) y *Nut* (la diosa cielo), la cual fue considerada madre del Sol. Surgen así los elementos: tierra, cielo, luz;

siendo *Shu* el «aire», el «soplo de vida» o la «fuerza vital». *Shu* y *Tefnut* son «indispensables a la vida de *Atum*». *Shu*, interponiéndose entre los elementos caóticos, separa la tierra (*Geb*) de la bóveda celeste (*Nut*); es decir, la «fuerza vital» impone su ley organizando la materia. Al ser ésta ordenada por el «gran aliento» (*Shu*), aparecen *Osiris*, principio del bien y de la fecundidad, e *Isis*, principio del agua y de la tierra fecunda; *Seth*, principio del mal y de la esterilidad, y *Neftis*, su esposa, contraparte oscura o negativa de «Isis»¹³.

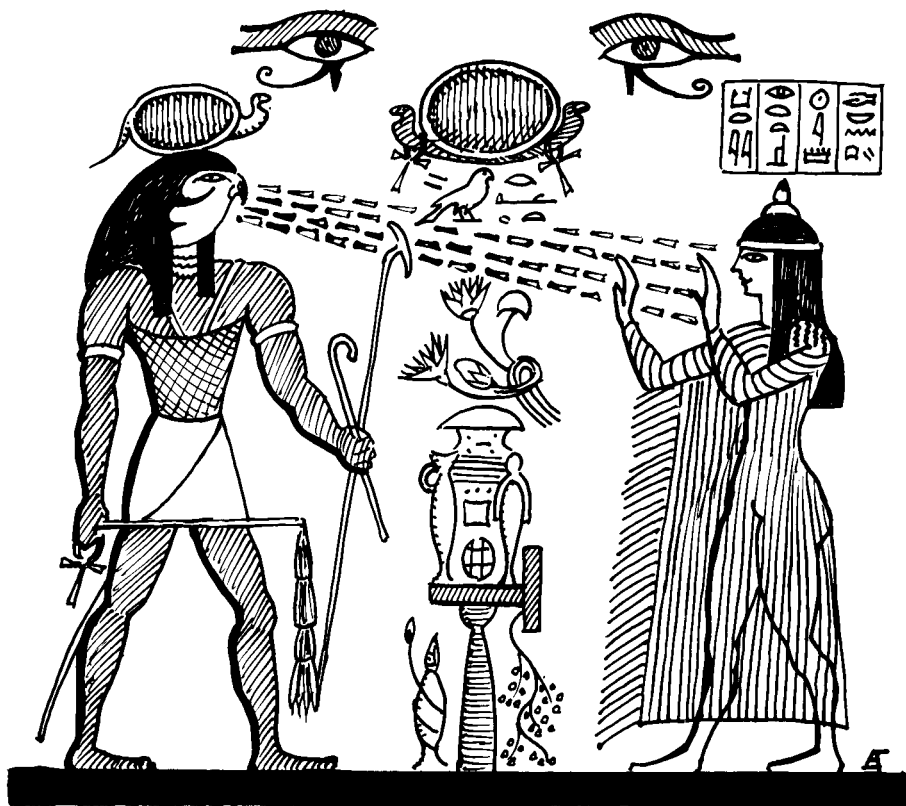


Fig. E. Ofrenda de flores al dios Ra-Herakhty. De la faz del dios halcón brotan partículas luminosas que irradian sobre la oferente.

¹³ El dios *Tefnut* es asimilado a *Maât*, diosa de la Justicia, que es elemento primordial de creación.

En los fundamentos de la monarquía egipcia late la idea de que el rey toma su poder de los dioses; pues como dicen los «Textos de las Pirámides»: «Has tomado la gran corona junto a la Gran Enneada de On»; «La Gran Enneada divina te ha atribuido tu trono. Estás sentado ante la Enneada divina como Geb, príncipe de los dioses; como Osiris, jefe de los poderosos; como Horus, dueño de los hombres y de los dioses» (Pyr. 845 y 895).

Sobre el *origen del hombre* los textos egipcios no son más explícitos que las escrituras bíblicas, limitándose a decir que «Dios es Vida y los hombres viven por su impulso. Él insufla su aliento de vida dentro de sus narices.» En el «Libro de los alientos» y «Libro de los muertos» (XXXVIII, título XLI, 2), Thuth, dios del viento, da el «soplo de la vida». «Dar los alientos es dar la vida», dice Moret tratando del «Ritual del culto divino» (Págs. 140 y 142). También, dentro del ritual funerario, se aproximaba a la nariz de la momia una vela que evocaba el soplo del viento.

Y en cuanto al *destino del alma*, habremos de referirnos a él cuando tratemos del «Viaje del Alma» y del «Juicio de Osiris» un poco más adelante, limitándonos a consignar aquí su creencia en la inmortalidad, la glorificación final y el carácter temporal de la condenación.

A los dioses del antiguo panteón egipcio podemos estudiarlos, en orden cronológico, en tres grandes grupos: dioses prehistóricos, dioses protohistóricos y dioses históricos, formando estos últimos los sistemas teológicos que han prevalencido a lo largo de los siglos de la cultura egipcia.

a) Dioses prehistóricos. Son cuatro:

Seth, divinidad adorada por los reyes «adoradores de Seth», citados en el «Calendario de Palermo», y más tarde por los «hik-sos»; símbolo de ignorancia, mal, oscuridad y muerte para los egipcios, identificado por los griegos con «Tifón», que toma la forma de la serpiente «Apep». Su reino es el cielo del Norte (por donde no va el sol), y a la postre es vencido por *Heru* u «Horus», que representa la luz, la vida y la sabiduría.

Ampu o «Anubis», divinidad psicopómpica representada con cabeza de «chacal» que recibe a las almas en los umbrales del «otro mundo», y fue adorado en Licópolis, Abt y otras ciudades.

Thuth, ya citado como personificación deífica de «Hermes», representado con cabeza de «Ibis», como escriba celestial y dios lunar, adorado en Hermópolis.

Heru u «Horus», iconografiado con cabeza de «gavilán», dios de la luz y de la sabiduría, símbolo del «sol saliente» (como una especie de «Apolo» egipcio), que en la mitología posterior fue considerado como hijo de Osiris y de Isis, y que fue conocido bajo siete formas o advocaciones: *Heru el joven* o «Harpekrat» («Harpócrates»), dios del silencio; *Heru de los dos horizontes* o «Harmachis», adorado en ON, representado en la Gran Esfinge de Gizeh y con las personificaciones de Ra, Kheper y Tem; *Heru Behudeti*, héroe solar que vence al dragón, representando al sol del mediodía, que fue adorado en Edfú, Pe, Nekhen, Tanis, Letópolis y Filae; *Herakhte*, «dios gavilán» de Heliópolis; *Heru niño* o «Harsiesis», hijo de «Isis»; *Heru-Mesnitu*, «dios de los herreros», en Edfú, con sacerdotes «forjadores» y probable origen en alguna tribu de la «edad del hierro»; y como *hijo de Osiris e Isis*, escondido por ésta entre los papiros del Delta, vengador de su padre e introductor en el «juicio de Osiris».

b) *Dioses protohistóricos*. Son los siguientes según los «textos de las Pirámides»:

Heru, ya citado, y cuyo concepto y culto se perpetúan invariablemente a través de toda la historia de la cultura egipcia.

Neith, diosa protectora de Sais, contraparte oscura de Isis, como «luna nueva», y personificación de la «bóveda del cielo», como Nut.

Kheper o el «escarabajo sagrado», que es una advocación de Ra, el «Sol», como expresa aquella frase tradicional de «soy Kheper por la mañana, Ra al mediodía y Tem al atardecer». También fue símbolo protector y de resurrección, como indica su nombre, que significa «ser», «devenir», «llegar a ser», «transformarse».

Khnemu, con cabeza de «carnero», dios fluvial de la primera catarata y de la fecundidad que produce el agua (como el dios Hapi, que personificaba al Nilo).

Sebek, dios «cocodrilo», también de las aguas reverenciado en Fayun y en Ombos, cuyo laberinto de Cocodrilópolis, erigido por Amenhemet III en la primera de dichas localidades, fue altamente elogiado por Herodoto, que le visitó.

Ra, el «Sol», «el que engendra sin segundo», dios fundamental de la mitología egipcia, de origen remoto, consagrado en forma humana. Su culto fue instaurado en On al final de la IV o comienzos de la V dinastía. Tuvo por símbolo al «carnero»; se fundió con *Amen* después de la invasión de los «hiksos». Su templo de *Amen-Ra*, en Karnak, que comenzó a levantar Amenhemet I, fue el más grande de los santuarios que hubo en Egipto, y aún sus ruinas dan testimonio actual de su grandeza pasada.

Nut, diosa del Cielo (pareja de Geb, dios de la Tierra), que representa la bóveda celeste y cuyos iconos dejan ver al sol, la luna y las estrellas dibujados o esculpidos sobre su cuerpo.

Osiris («Asar», por su nombre egipcio), cuya leyenda, según opinión de Junker y Pirenne, parece haberse formado sobre acontecimientos políticos.

Fue primitivamente dios de *Busiris*, capital de la confederación de ciudades del Delta, donde gobernó *Anedjti* («el protector», «gran jefe de los nomos»), que agrupó a una burguesía de marinos y comerciantes que probablemente llevaron a Egipto el culto de Osiris desde Biblos, en cuya costa siria hubo un «culto agrario» parecido.

Osiris, «dios agrario» («dios árbol», «dios grano»), al comienzo de su culto se transforma en «dios de los muertos» (de la renovación) y luego es «dios real» definidor de la moral.

Impuesto el culto osiriaco al clero de On («Heliópolis»), pasó a ser una importante figura mitológica en la «enneada» de la teología heliopolitana.

La ciudad de Busiris tomó el nombre de *Per Asar Neb Djed* («Casa de Osiris, señor del Pilar»). Pronto se unieron al culto de Osiris (que representaba el acceso al poder de las clases no nobles) otras ciudades del Delta, sin perjuicio de haber conservado sus dioses locales (como el dios *Ha* en Metelis, *Khnum* en Mendes, *Thuth* en Hermópolis, *Upuat* en Buto, *Anubis* en Behdet, *Isis* en Sebennitos, *Heru* en Letópolis...).

El matrimonio mitológico de *Osiris* con *Isis* (diosa de Sebenitos) supone la adhesión de este tomo a la confederación osiriaca de la monarquía busiriana. El haber sido considerado *Heru* como hijo de *Osiris* equivalía a admitir que los reyes de Letópolis (ciudad del «dios halcón») eran los legítimos sucesores de los de Busiris.

El culto de Osiris pasó luego a Abydos («la ciudad del sepulcro de Osiris») por colonización del Egipto Medio cuando se despla-

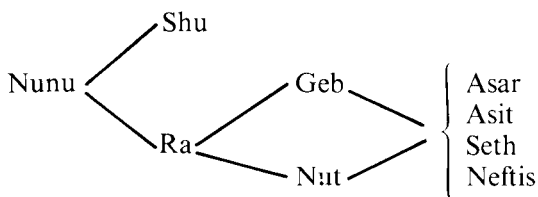
zaron hacia el Sur colonos de Busiris. La leyenda osiriaca narrada por Plutarco está confirmada por los «textos de las Pirámides» *.

c) *Los sistemas teológicos y el culto solar. Dioses históricos.*

La multitud de dioses concebidos y adorados en las distintas localidades, tribus, ciudades y nomos del Valle del Nilo fueron, por ley histórica, agrupándose en sistemas sincréticos y orgánicos, al tiempo que se unificaba el país políticamente bajo el centro de los faraones.

Dos grandes sistemas teológicos representan este proceso de organización mitológica, que al mismo tiempo sirvieron de fundamento ideológico al *culto solar*, primordial y básico en las concepciones religiosas del antiguo Egipto en todos los tiempos de su dilatada cultura.

El *sistema teológico de On* o «Heliópolis» establece una *en-neada* o «Gran Compañía», que, desde la V Dinastía, se basa en el *culto de Ra*, el dios Sol, que «engendra sin segundo», y la cual hállase formada del modo siguiente:



De ésta se hizo derivar al dios Heru como hijo de la pareja divina Asar-Asit («Osiris-Isis»), siendo así que, cronológicamente,

* El dios *Ptah* fue el más grande los dioses de Menfis desde la segunda dinastía, citado en los «textos de las Pirámides», es el *Sol saliente*, «el Abridor», que hace resaltar con su luz toda las cosas creadas; hacedor de la Tierra y del Cielo; personificado en un hombre barbudo y calvo; y una de las personas de la posterior trinidad tebana de «Amen», «Mut» y «Path». Fue patrón de los artistas, apodado «el modelador» porque dibuja con luz y sombra todo lo que existe en el mundo material.

Fue representado en Menfis durante el Imperio Antiguo por un Toro sagrado o *Kahedj*. El dios *Ptah* supone una concepción de tendencia monoteísta que surge en Menfis rivalizando con el sistema teológico heliopolitano. En su aspecto de *Ur-Atum*, la divinidad universal de *Ptah* representa el «corazón» y la «lengua»; es decir, la voluntad y el pensamiento, «que sustituyen la naturaleza de toda cosa» y «se manifiestan en todo lo que vive».

es anterior a sus padres mitológicos en el devenir del tiempo histórico.

El *sistema teológico de Khmunu* (o «Hermópolis», capital del nomo de Liebra) admite una *octoada* formada por cuatro parejas («ranas» los machos y «serpientes» las hembras), llamadas Noche, Tinieblas, Misterio y Eternidad, todas creadas por *Thuth-Hermes*, venerado en dicha localidad. Estas parejas mitológicas hubieron generado el «huevo» de donde salió el «Sol», que, por su parte, creó y organizó el Mundo. Este sistema, más ingenuamente concebido, tiene raíces orientales de que carece el anterior (recuérdese el «cisne de Brahma» que pone el «huevo del Mundo»), por lo cual no es tan auténticamente egipcio como el primero, al cual nos hemos de referir en lo sucesivo.

El *culto solar*, aparte de la tradicional religión prehistórica de *Heru*, se inicia al final de la IV Dinastía (en la que un hijo de Khufú, llamado *Heru-ta-ta-f* («Heru el de las dos tierras»), inspector de los templos, profesa la nueva religión, al parecer con ritos secretos, durante los primeros tiempos). Este nuevo culto se afianza durante la V Dinastía con el establecimiento de su centro en el templo de *Ra*, en *On*, que prevalece hasta las últimas dinastías faraónicas con prestigio inigualado y permanente, hasta el punto de que los reyes tuvieron a gala llamarse «gobernadores de On».

El *culto de Ra* se extiende a Tebas durante el Imperio Medio con la creación del imponente santuario de *Amen-Ra* («Ra el Excelso»), en Karnak, comenzado como se ha dicho por el rey Amenhemet I, de la XII Dinastía, y que fue abatido en parte por un terremoto en el año 27 a. J. C. Este se fortalece «tras la tormenta de la dominación hiksa» con la divulgación de la leyenda y el culto popular de *Asar* y *Asit* («Osiris e Isis», al fin también mitos, luni-solares, que prevalecen en la mente del pueblo egipcio y aún llegan a nuestros tiempos como el eco más característico de la religiosidad del viejo Egipto).

El *culto de Osiris e Isis* corre por el tiempo engarzado en una sola leyenda mitológica:

Osiris era el «dios de Nysa» (o «Dio-Nisos», con cuyo nombre su mito pasó a Grecia), de la «feliz Arabia». Dios de la vegetación (simbolizado en un pino, un cedro, un sicomoro...), que luego pasó a ser dios de los muertos y del «Último juicio», y cuya fábula en realidad constituye una síntesis del «culto luni-solar» o primitiva religión de la Naturaleza. Reinó 28 días (del «mes lunar»);

fue muerto por Seth-Tifón, confabulado con las fuerzas del mal y de la oscuridad siendo metido en una caja de plomo que, arrojada al Nilo, arrastrada luego por las olas del mar hasta Biblos, se quedó detenida en la costa junto a una zarza que creció desmesuradamente «por la virtud del cadáver de Osiris». Melcandre, rey de Fenicia, mandó cortar la zarza para hacer una de las columnas de su palacio, y ordenó que le fuese llevada también el arca conteniendo el cuerpo de Osiris. A todo esto Isis, hermana y esposa y Osiris, con la muerte en el alma, marchó a Biblos para rescatar el cadáver de su celeste esposo, pero Melcandre prometió entregárselo a condición de que amamantase a su hijo, a lo que la diosa accedió. A su regreso a Egipto despositó el arca en Buto. Enterado Tifón de ello, marchó a esta ciudad, partió en cadáver de Osiris en catorce pedazos (el número de días del «menguante» lunar) y los arrojó al Nilo. Al enterarse Isis de esta nueva fechoría de su enemigo, logró recoger los trozos del cuerpo de Osiris, excepto uno (el «falo»), que había devorado el «oxirrinco», y envió cada trozo a cada uno de los trece santuarios de Egipto.

Una variante de la leyenda añade que al recoger Isis la cabeza de Osiris, lo hizo con tanta ternura y dolor, que la cabeza abrió sus ojos, de los cuales brotó un rayo de luz que fecundó a la diosa virgen, concibiendo a Heru, que había de ser el vengador de su padre.

El nacimiento de Osiris se celebraba durante la noche más larga del año (O sea la de nuestra «Nochebuena», del 24 de diciembre), en la que realmente se festejaba el «nacimiento» del año solar. Y su muerte y resurrección tenía lugar en el plenilunio que sigue al equinoccio de primavera (o sea como la Semana Santa cristiana), siendo su ascensión al cielo cuarenta días después. Su resurrección se simbolizaba enterrando una estatua de Osiris hecha con granos y tierra abonada, que al llegar la primavera, brotaba en una nueva vida, si bien en el simbolismo cotidiano resucita en Heru todas las mañanas. Se suponía que durante la noche desplegaba su órbita por el «trasmundo» o Duat, siendo sustituido en el cielo por la Luna.

La tradición afirma que Osiris fue enterrado en Abydos, «la ciudad del sepulcro de Osiris», donde todavía existe el antiquísimo templo, descubierto por Naville, que le sirvió de última morada terrestre.

Una derivación del mito osiriano fue el de *Serapis* u *Osiris-Apis*, divinidad sincrética resultante de la unión del culto osiriano

con el del toro sagrado. El *toro Apis* egipcio, probablemente importado con la invasión hiksa, fue también una variante del mito solar. Había que tener color negro, presentar una mancha triangular clara en la frente y una media luna en el costado derecho. Cuando se daban estos signos en un animal, se le consideraba como hijo de una vaca, fecundada por un rayo celeste (degradación totémica de la concepción de Isis) y se le llevaba al templo, lejos de miradas profanas, donde era alimentado y cuidado por los sacerdotes. Al cabo de un número de años, se le sacrificaba, se embalsamaba su cuerpo y se le enterraba en los hipogeos de un *serapeum* o templo funerario. Su culto, según Plutarco, comenzó en tiempo de Ptolomeo I, pero ya hemos visto que Ramsés II no fue ajeno a él. Sus principales santuarios fueron los *serapeum* de Menfis, que se dice levantados por *Amasis*, de la Dinastía XXVI, y el de Alejandría, de tiempos del primer Ptolomeo, de la dinastía XXXI ¹⁴.

El *culto de Isis*, casi desarraigado a la tradición osiriana, adquiere intensa expresión durante la dinastía XXVI y las sucesivas. *Isis*, «Ast» o «Asit», diosa de origen fenicio (como «Ast-ar-té» y «Ast-oret» sirio-babilónicas), era una diosa alada y aérea «como el viento de primavera». Transporta la fragancia de los frutos y los aromas de las flores; hace revivir el cuerpo de Osiris abanicándole con sus alas; da vida y alimento a los muertos en el «Suat». Isis es también la «naturaleza terrena» fructificadora, y su símbolo de la estrella «Sept» que indica la llegada de la primavera y el desbordamiento del Nilo, Mas es también «diosa lunar» como reflejo de Osiris, a la cual se consagraron el Ibis (blanco por el vientre y negro por el dorso, «como la media luna») y el gato, que es «vidente en la noche». Se la suponía cubierta de un «velo», que, como el «velo de Atenea» helénico y el «velo de Maya» indostánico, representaba la «naturaleza fenoménica» o externa que oculta los principios que la animan. Al pie de su estatua decía una leyenda: «Yo soy la que ha sido, es y será y ningún mortal ha levantado mi velo.» Sus más importantes santuarios egipcios fueron el primitivo de Sebennitos, el de Sais y el de la isla de Filae, cerca de la pri-

¹⁴ *Osiris-Apis* (El Sol y el Toro) quizá significa el hecho astronómico de que el Sol salía por la constelación de Tauro, lo cual ocurría entre los años 3600 y 1500 a. J. C. (entre la dinastía tinita y la XVIII); aunque es dudoso que si los iniciados egipcios conocían el ciclo de «precesión de los equinoccios» antes de Hiparco, hubieran tenido la suficiente perspectiva histórica para plasmarlo en un mito de tradición «taurina». Y así, los *serapéum* fueron de creación tardía.

mera catarata del Nilo, donde acudían a adorarla hasta las tribus negras del centro de África. Su culto se extendió por el Mediterráneo en múltiples advocaciones, siendo las más importantes la «Theotokos» griega y la «Magna Mater» romana, habiendo llegado a España alguna de ellas con las colonias egipcias de Cataluña.

La «diosa-vaca», *Hathor*, fue una advocación egipcia de la propia diosa Isis, como un aspecto inferior, al modo de la «Hécate» helénica (o, más bien, pelásgica), representada en forma de vaca, con el disco solar, la serpiente o «úreus» y las dos plumas entre los cuernos. Su más bello santuario fue el de *Denderah*, levantado por Ptolomeo X «según el plan del gran libro que cayó del cielo al norte de Menfis». *Hathor*, como todas las vacas mitológicas, ha representado también las verdades o «arcanos» de los cultos luni-solares. Era la «Señora de Occidente», a cuyos lomos pasaban las almas por las más críticas estancias del «Duat».

Aten, su culto y la reforma religiosa de Amenhetep IV

Aten o «Atum» fue el dios creador universal de la antiquísima teogonía de On, y, por tanto, identificable con *Ra* o el «Sol creador». Este concepto de «creador único» fue aprovechado por *Amenhetep IV* o «Juenaten» (pág. 10) para sustituir el culto tebano de *Ra* por el de un puro monoteísmo simbolizado en *Aten*. Este idealismo utópico no tardó en desencadenar la consiguiente reacción del sacerdocio de Amen, y la reforma pudo darse por fracasada aun antes de la muerte del rey, cuya vida fue corta.

Sin embargo, los arrestos de la innovación religiosa de Juenaten trataron de proyectarse en un gran radio y con grandeza inusitada:

Rechazó el rey —como muy bien dice Pirenne— la tradición osiriaca del mundo subterráneo, el «infierno», los suplicios de las almas y las preocupaciones de ultratumba, orientándose claramente hacia el optimismo aristocrático de la cosmogonía solar y de su pureza espiritual, conseguidas por el camino de la simplicidad, la verdad y la libertad.

Su doctrina filosófico-religiosa se aparta, no obstante, del monoteísmo panteísta heliopolitano para afirmarse en un monoteísmo transcendente en el que Dios es anterior al Mundo y creador de todos los seres y cosas. Por consiguiente, todo lo creado es bueno porque ha sido querido por Dios. «La vida, cuando es conduci-

da por Dios, realiza el bien; privada de Dios, se oscurece en el mal».

Aten se identifica con *Ra*, y éste con *Herakhte* o el «Sol saliente». Su concepto no es el mismo que el de Amen-Ra sino el de *Ra* concebido como espíritu puro.

Para Juenaten, era *Aten* el dios único que no hace distinción de casta, raza, credo, color o nacionalidad entre los hombres; idea que ya trató de plasmarse en realidades políticas desde la época de liberalismo de la Dinastía XII. Mas la visión de Juenaten fue mas lejos, identificando el culto de *Aten* con el de *Shamash* sirio-mesopotámico, en un sincretismo de dimensión internacional, en cuya génesis influyó no poco la reina Teye, de origen fenicio, madre y regente de Juenaten. (No debe olvidarse que al ser la reina madre princesa fenicia, de abuela mitania, su hijo Juenaten reunía en su persona sangre camítica (egipcia), semita e indoeuropea.)

El templo de Aten en, «Akhet-Aten» («Tell-el-Amarna»), no tenía la grandiosidad de las construcciones de sus antecesores; limitándose a un gran recinto con puertas y patios en cuyo centro, y en un patio mayor, se elevaba un altar rodeado de mesas de ofrendas. Este templo en realidad era un inmenso lugar de ofrendas en el que se alineaban multitud de altares, y donde se oficiaba (frecuentemente por el rey en persona) a pleno sol bajo la luminosa bóveda del cielo, que sobre la Tierra es el gran templo de la Naturaleza. En el culto de Aten se invoca al divino *Ka* universal que penetra al mundo y a todos los seres para darles la «vida». Para esta religión, «los muertos son almas vivientes que pueden vivir a voluntad en el cielo o volver a la tierra» (Davies, «El Amarna».

El rey se llamó *ur maa* o «gran vidente», como los grandes pontífices del culto solar de *On*, y para extender su idea fundó nuevos centros políticos y religiosos, como *Gematen* en Nubia y *Khinaten* en Palestina. No hay duda de que Juenaten debe quedar en la historia de Egipto como el más alto representante del pensamiento filosófico.

Amenhetep IV trató de dar un carácter popular a la religión de On, basándose en el tradicional concepto de *Atum-Ra* o «Herakhte», exponiendo a la adoración el «Disco Solar», cuyos vivificantes rayos terminaban en manos extendidas hacia la tierra, como impartiendo los dones espirituales al universo entero. Quizá fue el rey demasiado lejos al tratar de suprimir la «Enneada», tan cara al

sacerdocio heliopolitano, y de abolir la fe en Osiris; cuyo culto implicaba la esperanza de la supervivencia y del destino ultraterrestre. Este monoteísmo revolucionario que lesionaba las creencias tradicionales de la mayor parte del sacerdocio y del pueblo acusaba también un impacto político contra los señores de los «nomos», por lo que no es extraño que la reacción surgiera al fin agresiva y potente hasta execrar al rey, destruir sus monumentos y tratar de borrar sus nombres de las páginas de la historia.

Dioses helénicos en Egipto

La helenización progresiva de la cultura egipcia, que comenzó en la Dinastía XXVI, culminó, naturalmente, con la dinastía griega de los Ptolomeos, durante la cual algunos cultos principales de la Hélade pasaron al Valle del Nilo y, especialmente, a la región del Delta.

Dionisos, el «dios de Nysa», nueva forma de Osiris, según Herodoto, y como se deduce de su etimología, fue desde tiempos de Ptolomeo I la divinidad más importante y cosmopolita, como nueva versión del poder creador de la luz, de la inteligencia y del bien. Todavía se conserva, cerca del Serapeum de Menfis, un conjunto de estatuas griegas llevadas allí por el rey Ptolomeo, en un esfuerzo de sincretismo para conciliar los cultos helénicos con los egipcios.

El dios *Pan*, de los carios y los helenos, tiene un precedente en el dios *Min* de los egipcios, cuyo culto procedía de las playas orientales de la región de Punt. Divinidad arcaica a quien se consideraba hija de Zeus y de la ninfa Calisto, representaba el Universo para los alejandrinos, y se admitía que acompañó a Osiris en su expedición a Oriente. Su nombre de «Pan» significa «todo». En formas posteriores y degradadas de su culto pasó a ser un dios vulgar y silvestre representado con patas de cabra y tocando la «siringa», cuya flauta polifónica dice la leyenda que fue fabricada con las cañas del arbusto en que fue convertida a los requerimientos amorosos de «Pan». También se cuenta que este dios infundió terror incoparable a los galos que asediaron el templo de Delfos y a los persas que atacaron a los atenienses en la batalla del Maratón, dando con ello la victoria a los griegos. Su santuario alejandrino estuvo situado en el centro o intersección de las dos calles principales de la capital de los Ptolomeos.

Muerte, momificación y ritos fúnebres

La idea de que el alma necesitaba ser vivificada por el «doble» o forma sustancial del cuerpo, para su pervivencia más allá de la muerte, llevó a los egipcios, necesariamente, a la práctica de la momificación, que garantizaba en lo posible la persistencia de la forma corporal.

Admitíanse en Egipto «cuatro existencias» después de la muerte: la del *cuerpo muerto* o «khat», la del *doble* o «ka», la del *alma* o «ba» y la del *espíritu* o «ju»; sin perjuicio de que en el plano celestial, el alma triunfante fuera provista de un *cuerpo espiritual* o «sahú».

Herodoto, en su «Historia», y el «Papiro núm. 3 de Bulaq», traducido por Maspero, nos ilustran sobre la técnica de la momificación o embalsamamiento. Al cadáver le eran extraídas las vísceras, que se sumergían en vino de palma dentro de cuatro «vasos canópicos», cuyas tapas —en las clases ricas— llevaban esculpidas las cabezas de los *cuatro hijos de Heru* o «genios protectores de los muertos»: *Hapi*, con cabeza de mono; *Amsit*, con cabeza de mujer; *Tiumutet*, con cabeza de chacal, y *Kebsneuf*, con cabeza de gavilán. Durante una cierta etapa se dejaban dentro del cadáver el «corazón» (que había de ser «pesado» en el Juicio de Osiris) y los «riñones» (que «purifican» el corazón).

El cuerpo era después bañado un cierto tiempo en «hatrón» (carbonato sódico hidratado), que se producía espontáneamente en Egipto, y luego era rellenado con torundas mojadas en aceites, mieles, aromas y resinas, y, finalmente, ajustado con vendas mojadas en las mismas sustancias. Este vendaje exterior era complicadísimo. Solamente para vendar la cabeza, el ritual ordenaba lo siguiente:

«Untar la cabeza y la boca con aceite y envolverlo en las vendas de Harmakhis. La venda de la diosa Nekheb será puesta sobre su frente; la venda de Hathor, señora de On, sobre la cara; la venda de Thuth sobre las dos orejas; la venda de Nebthetep sobre la nuca. Todos los ligamentos, todas las vendas de la cabeza estarán hechos con tiras cuyos detalles examinará el Superior de los Misterios, para convencerse de su buen trabajo. Deben destinarse:

La venda de Sekhet la grande, amada de Ptah, compuesta de dos piezas, para la cabeza del difunto.

Para las dos orejas, dos vendas llamadas las acabadas.

Para la nariz, dos piezas llamadas Nehai y Smen.

Para las mejillas, dos vendas llamadas Queviva.

Para la frente, cuatro piezas, las brillantes.

Para la parte superior de la cabeza, dos piezas.

Veintidós piezas a derecha e izquierda de la cara, pasando sobre las orejas del cadáver.

Para la boca, cuatro vendas, dos dentro y dos fuera.

Para la mandíbula, dos piezas.

Para la nuca, cuatro piezas grandes.

Consolidense enseguida las vendas con una banda ancha de dos dedos, untar la cabeza con aceite por segunda vez y tapar todos los orificios con aceite espeso.»

En medio de esto, el sacerdote dirigía dos plegarias, una a la divinidad protectora y otra al cuerpo del difunto. En la mano derecha de éste se ponía el «anillo de la justificación». A veces se le pintaban con purpurina de oro las uñas de las manos y de los pies.

Completando esto se colocaban a las momias sandalias de cartón, máscara y pectorales de la misma sustancia o de metales preciosos (según la clase social), un collar y el «escarabajo sagrado» sobre el pecho ¹⁵.

Luego de estos preparativos y ceremonias se efectuaba la inhumación, a la que denominaban «la mañana de esconder la cabeza en el valle funerario». Si era posible regaban el camino con leche y enterraban el cadáver «lo más cerca posible de Abydos», donde tradicionalmente estuvo inhumado el cuerpo de Osiris.

Las «plañideras» acompañaban con sus lamentos al fúnebre cortejo, exclamando con pesada insistencia: ¡A Poniente! ¡A Poniente!...» en frases como ésta: «A Poniente, a Poniente el hom-

¹⁵ La momia más antigua que se conoce es la de la II Dinastía, fue encontrada por Quibell, en Sakkara, en 1911 y se conserva en el Real Colegio de Medicina de Londres. En el Museo de Turin está la momia de Apanuk, en la que se encontró un papiro. En el Museo de Niagara Falls (Estados Unidos) hallanse las momias de los siguientes personajes: de la esposa de Ramsés I, madre de Sethi I; de la hija, de veintidós años, de Amenhetep III; de Ossipumfneferu, general de Thutmés III, que se estima como la momia mejor conservada del mundo; de Ossis-supthfe, gran sacerdote de Thutmés I, y de Septhnestep, mujer (¿la primera?) de Amenhetep IV.

En 1888, Emil Brugsch, conservador del Museo de El Cairo, que dirigía Maspero, penetró en una «tumba colectiva» descubierta en 1875 por el ladrón profesional Abd-el-Rasul, hallando las momias de Aâmés I, Sethi I, Amenhemet I, Thutmés III, Ramsés II y treinta y cinco más. Victor Loret, en 1898, abrió la tumba de Amenhetep II, y halló trece «momias ambulantes» más. El citado ladrón y el comerciante de Luxor. Mustafá Aga Ayad proporcionaba a los visitantes extranjeros papiros y estatuillas robados en las tumbas tebanas.

bre bueno que detestó el engaño. Llorad, llorad al grande, al bueno, al excelente, cuyo labio nunca mintió...»

Al llegar a la tumba se procedía a la ceremonia de la «abertura de la boca», la que se efectuaba con una palanca de metal que forzaba la mandíbula inferior y debaja el cadáver en disposición de poder ingerir los alimentos de las ofrendas y aun de decir palabras de poder y defensa. Luego se le introducía en su tumba o sarcófago, en una caja de madera de cedro o de sicomoro.

Las *ofrendas* o «hetepu» consistían en pan y vino, piernas y cabeza de vaca, seis panes blancos, ocho bizcochos redondos, ocho ovalados, ocho galletas, ocho medidas de vino, leche de vaca blanca, hierba verde, higos verdes, frutas e incienso, para quemar.

A veces, como cuenta Herodoto, se hacía un sacrificio de bueyes, y se depositaban estatuillas en la tumba. Tampoco solían faltar los amuletos y talismanes, como papiros al cuello con invocaciones, ídolos de los dioses, escarabajos (preferentemente con el sello-cartucho de Thutmés III), serpientes, iconos de Thuth, ojos místicos y manitas de marfil, madera u otras sustancias.

Las *tumbas* o «mastabas» estaban compuestas de una capilla exterior de fácil acceso, un pozo y la cámara funeraria. Dichas estancias eran decoradas con pinturas de la vida profana y otras con significado metafísico referente a la vida de ultratumba. El pozo solía ser cuadrado, de tres a treinta metros de longitud o profundidad. La cámara mortuoria contenía el sarcófago, y dentro de éste, el féretro.

Algunos escritores, como Plutarco, Liceto, Escardonio, San Agustín, Luis Vives..., dan testimonio de la existencia en las tumbas de «lámparas perpetuas» que ardían durante cientos de años con «la oleaginosidad del oro» y otras sustancias desconocidas para nosotros.

Las principales necrópolis egipcias conocidas hasta el presente son las de Sakkara, Gizeh, Abydos, Tebas («Biban-el-Muluk»), Edfú, Gebel Ein y Akmin (ésta de la clase media, nutridísima de sepulturas y de momias, y descubierta por Maspero).

El viaje del alma y el Juicio de Osiris

El destino del alma humana, que dejamos apuntado en la página 27 como uno de los cuatro temas de la metafísica de todos los tiempos, lo explicaron los egipcios con admirable y tráfico simbólico que, aparte del texto del «Libro de los Muertos» (del

que trataremos un poco más adelante), queda plasmado en las curiosas y a veces enigmáticas pinturas de las tumbas y de los ataúdes.

Del *viaje del alma* nos dan cumplida idea los «Libro del Duat», el «Libro de las Moradas» y las pinturas del sarcófago de Sethi I. En este último se nos representa el *Duat* o mundo de ultratumba por un semicírculo dividido en doce partes que representan las «doce horas de la noche» (desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana). Cada una de estas horas simboliza una «estancia» o «morada» de las almas (en realidad, un «estado psicológico» del alma liberada), en las que éstas pasan por una especie de «purgatorio» luchando y venciendo todos los obstáculos que suponen sus bajas pasiones, vicios, ignorancia y mala voluntad, representados por terroríficas serpientes, monstruos solapados, monos enredadores, campos de fuego, desiertos y montañas, obstáculos materiales (escalas, pasadizos)... que, si son vencidos, permiten a las almas su acceso a la mansión de Osiris, y si no, las confinan en el «reino silencioso de Sekher» (otra advocación de Osiris), donde el dios no las escucha, ni las responde ni se conmueve por sus lamentos: es la «Sala de las tinieblas» o de los «Sueños eternos», donde las almas «duermen en formas incorruptibles, no se despiertan para ver a sus hermanos, no reconocen ya padre ni madre; sus corazones nada sienten por su esposa e hijos». A estas moradas ha llegado el alma después de haber sido recibida por *Anpú* o «Anubis» (pág. 48) en los umbrales del mundo de ultratumba, y conducida por la «barca de Ra», o de «Sekher», a través del «Nilo subterráneo», hasta el «Restau» o puerta de entrada del «Duat».

A lomos de la *diosa-vaca Hathor* (pág. 55), «Señora de Occidente», pasan las almas la «Montaña Occidental» para entrar definitivamente en los reinos celestes donde las aguarda la sanción definitiva del «Juicio de Osiris», simbólicamente localizada en la «hora sexta» del Duat.

En el umbral de la sala del *Juicio del Osiris* son recibidas las almas por el dios *Heru*, simbolizado en una estrella verde de cinco puntas, siendo después atendidas por las diosas *Isis* y *Neith*, que las conducen ante el trono de *Osiris*. Ante éste, las almas tienen que hacer una confesión negativa de cuarenta y dos pecados diciendo la verdad: «No he sido negligente; no he sido perezoso; no he hecho el mal; no he cometido violencia; no he robado; no he hecho matar a un hombre a traición; no he disminuido las

ofrendas a los dioses; no he dicho mentira; no he hecho llorar; no he sido impuro; no he matado a los animales sagrados; no he estropeado las tierras cultivadas; no he dicho calumnia; no me he encolerizado; no he sido adúltero; no he rehusado oír las palabras de verdad; no he cometido maleficios contra el rey ni contra mi padre; no he desperdiciado el agua; no he obligado al obrero a trabajar más tiempo del debido; no he hecho maltratar al esclavo; no he robado las provisiones del templo y de las momias; no he jurado en vano; no he falseado la oscilación de la balanza; no he quitado la leche de la boca del lactante; no he cogido en la red a los pájaros de los dioses; no he rechazado el agua en su estación; no he cortado una reguera a su paso; no he oprimido a la viuda; no he hecho más pobre al pobre; no he extinguido el fuego en su hora; no he despreciado a Dios en mi corazón. ¡Soy puro, soy puro, soy puro!» (capítulo 125 del «Pert-en-Heru»).

A continuación de esto se pesaba el «corazón» del difunto en una «balanza» que, situada en el centro de la «sala», era manejada por *Anpú* y pro *Heru*. Si el corazón («ab») pesaba más que la «pluma de la Verdad» («mahat»), colocaba en el otro platillo, el alma era salva, lo cual era anotado y proclamado por el dios Thuth, que, como escriba celestial, asistía al juicio: «El difunto ha sido pesado en la balanza; no hay falta en él; su corazón está según la Verdad; el fiel de la balanza marca justamente...» A lo que Osiris respondía: «Que el difunto salga victorioso para ir a todos los lugares, donde gozará junto al espíritu de los dioses. Que no sea rehusado por los guardianes de las puertas de Occidente.»

Si el corazón del difunto pesaba menos que la «pluma de la Verdad», el alma se condenaba, era devorada por la fiera *Amemit*, «la destructora», o «perra del Señor», que espiaba a los réprobos, y pasaba encarnada en cuerpos de animales a las regiones inferiores del «Amenti», de donde solamente podría salir por medio de sinceros esfuerzos de arrepentimiento y superación que la permitiesen reemprender el lento y trabajoso camino de humanización y redención.

La iniciación religiosa en los misterios isíaco-osirianos

En realidad, los *misterios de Isis y Osiris* constituían un sistema de enseñanzas herméticas precedido por tremendas pruebas iniciáticas que daban la medida del temple moral y de la voluntad del candidato. Después, largos años de estudios (hasta quince) y

alguna prueba final de impacto más profundo en el alma del iniciado llevaban a cabo el fatigoso proceso.

En los misterios egipcios lograron recibir el «oleo santo de la sabiduría» hombre tan eminentes y destacados en la historia del pensamiento como Orfeo, Pitágoras, Solón, Moisés, Herodoto, Nicias y otros muchos, al tratar de la Escuela de Alejandría, sin citar a los propios sacerdotes egipcios, que desde los tiempos más antiguos constituyeron colegios iniciáticos en los que era obligatoria tal disciplina moral y cultural. El objeto era impartir únicamente el conocimiento entre personas que pudieran hacer buen uso de él.

Los *sacerdotes egipcios* estaban organizados en una escala jerárquica que según las inscripciones de la estatua de Baken-Khensu, conservada en la Gliptoteca de Munich, y traducidas por Deveria, era la siguiente:

Gran Sacerdote de Amen (que ejercía durante 27 años). (At-Sem».)

Segundo Profeta (durante 12 años). («Meh-sen-Neterhem».)

Tercer Profeta (durante 15 años). («Meh-jemt-Neterhem».)

Padre Divino (durante 12 años). («Neter atef».)

Purificador o «uâbu» (durante cuatro años).

En Tebas, el Primer Profeta de Amen estaba asistido por el alto clero, formado por el Segundo Profeta, los terceros y cuartos profetas y un bajo clero, constituido por *uâbu* o «purificadores», los *kheriu-hebet* o «lectores» y los *imiú-set-â*, de función para nosotros incierta.

El *Gran Sacerdote* era nombrado por el rey, y a veces desempeñaba el cargo de primer ministro, como en tiempos de Thutmés III. Su ascenso jerárquico y la libre administración de las riquezas del templo de Amen le proveyeron de inmenso poder, que se convirtió en un verdadero peligro para el Estado; y ésto, sin duda, fue una de las causas principales de la reforma religiosa de *Amenhe-tep IV* (pág. 55). Aunque después de esta época trataron los reyes de mantener separados los poderes de la religión y los de la política, no pudo evitarse el creciente influjo del sacerdocio de Amen se sobrepuso a la autoridad de *Ramsés XI*, llegando a ocupar el trono.

La *iniciación en los misterios osirianos*, organizada por el alto clero, constaba de una etapa previa de pruebas morales, durante

la cual se observaban las cualidades psicológicas e intelectuales del candidato a la iniciación, seguida de aquellas famosas y amedrentadoras pruebas de la *tierra*, del *agua*, del *fuego* y del *aire* que, según nos refiere el escritor griego Antenor¹⁶ y otros autores clásicos y modernos, tenían efecto en las estancias y galerías de la Gran Pirámide¹⁷. Después de esta etapa preliminar, el iniciando entraba en esa otra etapa de largos años de estudios herméticos (ciencias, psicología, metafísica, simbología, moral...), hasta que al final se sometía a esa prueba final de la «muerte aparente» en el sarcófago del templo (muchas veces en el de la Gran Pirámide), en el que la magia de los sacerdotes le sumía en un sueño cataléptico con objeto de despertar su conciencia en plano hiperfísico. «Al tercer día resucitaba de entre los muertos», según la frase ritual de aquellos tiempos, recibía le boca del sacerdote las últimas enseñanzas y consejos que habían de dirigir sus pasos y sus acciones en el futuro, se le daba como símbolo una estatuilla de «Harpekrat), exigiéndole la promesa del «silencio» absoluto, y se le dejaba en libertad para que regresase a su país y orientase su actitud según las enseñanzas que había recibido.

El «Libro de los Muertos»

Factor básico de las enseñanzas herméticas, y sobre todo de la metafísica del «más allá», era el llamado «Libro de los Muertos», cuyo verdadero nombre egipcio es *Pert em Heru*, o sea «Surgir en la Luz», y cuyo título ha sido traducido también por el de «Libro de las Moradas» (de *per*, «morada» o «casa»), ya que en él se trata, efectivamente, de «morar en la luz» si se siguen sus consejos para perfeccionar el alma y vencer los peligros que entraña el aspecto inferior de la psicología humana. Por esta razón era obligado poner este libro en las tumbas «para que el alma del difunto, haciendo uso de sus consejos y pronunciando sus palabras, pudiera salvar los obstáculos que le amenazaban en el «Duat» y conquistar el paraíso de Osiris», «Neter-xer» o «Sejtu-en-Ialu» («campos de Ialu»).

El libro en cuestión, que llevaba el sobrenombre de «Capítulo para hacer perfecto el Khu (espíritu)», estuvo originado por textos antiquísimos que se remontan al año 4000 a. J. C. Sabemos por una inscripción que hay sobre el sarcófago de la reina *Khnem-*

¹⁶ «Viajes por Grecia y Asia, con nociones sobre Egipto».

¹⁷ Ver «El Egipto faraónico», de E. Alfonso.

Nefert, esposa de *Mentuhetep*, rey de la XI Dinastía (2500 a. J. C.), que un capítulo del «Libro de los Muertos» fue descubierto durante el reinado de *Hesep-Ti* (quinto rey de la I Dinastía), hacia el 4266 a. J. C., por una capataz de sus constructores en la ciudad de Khemennu; a cuya noticia se añade en el «Papiro de Nebsani» que estaba grabado sobre un bloque de alabastro con letras de lápiz lázuli. Por su parte, el «Papiro de Turín» (pág. 33) atribuye el hallazgo al hijo de Khufú.

El «Libro de los Muertos» no es un libro en la verdadera acepción de la palabras, porque ha sido confeccionado con la sucesiva aportación de «textos arcaicos», los llamados «Textos de las pirámides» (pág. 49); los «Textos de los sarcófagos», del Imperio Medio, y «Textos de papiros», del Imperio Nuevo, con aditamentos de los «Libros del Duat», de tradición osiriana.

En resumen, se conocen tres versiones de este famoso «libro»:

1.^a La *heliopolitana*, realizada durante la V Dinastía con los textos arcaicos a que hemos hecho referencia, agregados del sistema teológico de *Ra*.

2.^a La *tebana*, del tiempo de las Dinastías XVIII a XXII, que consta de los textos e inscripciones anteriores citados, completados con textos murales del sepulcro de «Har-hetep», funcionario de la Dinastía XI, que se conservan en el Museo de El Cairo y constituyen el eslabón entre los «textos de las pirámides» y el «Pert-em-Heru» de esta época tebana. Esta versión se encuentra escrita principalmente sobre papiros, ataúdes y sarcófagos.

3.^a La *saítica*, realizada durante la Dinastía XXVI, que estuvo en uso hasta la conquista romana de Egipto.

Como ya se ha anotado, se conocen también el «Libro de las Puertas de Duat» y el «Libro de aquel que está en el Duat», que sirven de textos complementarios que ilustran la vida de las almas en el «Transmundo»; el primero de los cuales hallase esculpido en el sarcófago de *Sethi I*, de la Dinastía XIX.

Los símbolos religiosos

Muchos de ellos forman parte de la escritura jeroglífica, como signos ideográficos y aun silábicos, aparte de su significado ideológico, metafísico y simbólico.

Los principales son los siguientes:

Phumas. Representan conjuntamente la «Verdad» y la «Justicia». En este significado hallanse a los lados de la mitra de los fa-

raones y del dios Osiris; entre los cuernos de la diosa-vaca Hathor; sobre la cabeza de la diosa *Mâat* (la «Justicia»); sobre la rodilla de muchas efigies de dioses sentados; en uno de los platillos de la balanza del «juicio de Osiris» equilibrando el corazón del difunto (pág. 39); y, en fin, la «pluma» es una de las formas de la letra A en el alfabeto jeroglífico, así como el silábico «shu».

Disciplinas. «Ju». Simboliza el dominio sobre las fuerzas de la naturaleza inferior.

Cetro. «User». Es símbolo del poder y la fuerza política.

Cruz ansada. «Anj». Simboliza la «Vida Eterna».

Diso Solar con alas y dos serpientes. «Ra». Representa la Inteligencia, Ideación o «Verbo» divino. (Las dos serpientes expresan las formas positivas y negativas en que la inteligencia puede manifestarse.)

Pilar. «Ded». Es amuleto protector que significa estabilidad y equilibrio. («Ser es sinónimo de estabilidad, y ésta de inmovilidad.»)

Nudo. «Ta». Expresa la sujeción a las influencias de la naturaleza superior o espiritual.

Buitre. «Mut». Fue signo protector, y puede verse en los tocados de las reinas y sus alas abrazando el cuerpo de las momias.

Luz. «Heru». Símbolo de vida, inteligencia y sabiduría.

Ojo místico. «Yrt» y «Beq». Significaba providencia y clarividencia.

Úreus. «K». Serpiente que se ostentaba sobre la frente de personajes elevados, como expresión de poderes psíquicos superiores o «carismas».

Ba. Era el alma o conciencia individual.

Ab. Era el corazón en el sentido de «sentimiento», no de víscera cardíaca.

Ka. El «doble», y la invocación a los poderes superiores.

Ju. Era el «espíritu inmortal» de esencia divina.

Serpiente. «Mer». Símbolo muy usado y universalmente extendido, que en Egipto significaba la sabiduría y el aliento divino. Adoptaba dos formas: la *serpiente solar*, masculina o positiva, y la *serpiente lunar*, femenina o negativa, análogas al «agatodemón» y al «cacodemón» de los griegos, que, respectivamente, representan la «espiración» y la «inspiración» del «Gran Aliento».

El Loto. «Seshen». Símbolo de los poderes creadores de la ideación divina (sobre las «aguas genesíacas»), del hombre y de la resurrección.

El Escarabajo. «Jeper». Representaba la renovación, resurrección, transformación y devenir; tanto en un sentido evolutivo como en un sentido trascendente tras la muerte.

Báculo. «Ek». Era un símbolo de autoridad.

Esfinge. «Hu». Simbolizaba la evolución de las formas, coronada por la inteligencia humana; y también la doble naturaleza, animal y espiritual, en el hombre («el animal y el ángel»).

El concepto de la doble naturaleza del hombre mereció entre los egipcios una mayor profundidad filosófica, que permitió considerar analíticamente otros factores de la constitución humana. El *cuerpo* era para ellos el «khet» o forma material; la *Vida* era el «ka» o «soplo divino» que anima al hombre y le da su individualidad; el *alma* era el «ba» que da la personalidad, nace con el hombre y «está en su misma sangre». El *espíritu* era el «khu» producido por la unión del «ba» con el «ka», para el que puede abrirse la morada de los dioses. Así, el «ka» resultaba un elemento extraño que infunde vida temporal al cuerpo y pertenece «al espíritu del mundo», pero que es necesario para que el alma o «ba» pueda subsistir después de la muerte.



Apunte de la “Caza de toros salvajes”, por Ramsés III, relieve en el Templo de Medinet Hábn en el oeste de Tebas.

PARTE TERCERA

V. HISTORIA DE ARTE EGIPCIO

Generalidades sobre las Bellas Artes

Es bien sabido que las Bellas Artes se agrupan en dos grandes ciclos: 1.º *Artes plásticas*, que se valen de la forma para su expresión, como la pintura, la escultura y la arquitectura, y *Artes dinámicas* o *insinuantes*, que se valen del movimiento y de la vibración para su expresión, como la música, la danza y la poesía declamada.

La evolución de las Bellas Artes comprende, en general, tres etapas, que se ha convenido en denominar: *arcaísmo*, *clasicismo* y *barroquismo*. El *arcaísmo* es «ingenuísmo» y pureza de expresión; el *clasicismo* es perfección técnica; y el *barroquismo* se manifiesta como exceso de expresividad, recargo detalles, falta de pureza y, por consiguiente, decadencia ¹⁸.

Aparte de esta línea evolutiva, las Bellas Artes presentan dos modos expresivos que, un poco caprichosamente, se ha convenido en llamar «clasicismo» y «romanticismo». Decía Eugenio d'Ors que «el clasicismo responde a la esencia de la construcción y el romanticismo, a la de la expresión. «Es decir, la obra clásica es más «arquitectura» o «conformación» que movimiento. En cambio, la obra romántica es más «movimiento», «actitud» o «gesto» que construcción. Y esto es aplicable a todas las Bellas Artes.

«El Arte —decía Tolstoi— empieza donde la imitación acaba», porque supone el tamizado de la «realidad» por el alma del artista. Y decía Schopenhauer: «El arte es la expresión eterna de un fenómeno temporal» (naturalmente «eterna» relativamente, porque perdura sobre la contingencia del fenómeno expresado).

¹⁸ Esto se hizo bien patente en Egipto durante la época ptolomeica, en cuyos templos —como dice Maspero— «cualquier sala mediana tiene más inscripciones que la sala hipóstila de Karnak entera».

El «valor estético» de una obra de arte se capta por la *intuición estética*, que es una forma de «absorción» (quedarse «absorto») con la mente en blanco, o sea sin función analítica. La intuición estética puede tener dos momentos subsiguientes: la *inspiración*, que es voluntad de expresión, y la *creación*, que es manifestación técnica de belleza.

Veamos ahora cómo se manifiesta el arte en el Antiguo Egipto.

Las *primeras impresiones* que nos produce la contemplación del arte del Egipto faraónico son: *horror al vacío*, como lo demuestra la tendencia incontenible a llenar todas las superficies con figuras o Jeroglíficos; *eliminación de lo cambiante individual*, para dar sentido de eternidad a lo representado; *tendencia al geometrismo* (Brest); *representaciones descriptivas* (Schäfer); *expresión de reposo seguro y solemne*, como bien puede deducirse también de sus ideas metafísicas; a lo que cabe añadir que el arte egipcio es un *arte de ideas* (subjetivo o expresionista, por tanto) en el que, a pesar del naturalismo magistral de sus formas, estas se manejan para explicar conceptos y no para representar lo que ven los ojos. El arte egipcio nos resulta así el polo opuesto a lo que llamamos «impresionismo».

Las *unidades ornamentales* generalmente empleadas en el arte del antiguo país del Nilo son:

a) La *figura humana*, en la que se cuenta con la «invariabilidad de la raza» a través de los siglos (consecuente, sin duda, al enorme poder de plasmación de la tierra de Egipto para la consecución de un tipo humano y de tipos animales).

b) Las *figuras de animales*, insuperablemente estilizados en sus líneas esenciales en la escritura jeroglífica, más genialmente resueltas en el plumaje de las aves (patente en el tocado femenino y protegiendo al cuerpo de las monias), aparte la estilización pictórica y escultórica de ciertos animales, como el gavián, la vaca, el ecarabajo, etc.

c) Las *formas de plantas y flores*, como el loto, el papiro, la lamera, etc., que tanto se prestan a soluciones geométricas.

d) Los *símbolos*, ya citados, que se prestaban a multitud de expresiones decorativas.

e) Las *figuras geométricas* en sí mismas, como los meandros, las esvásticas, círculos, espirales, líneas quebradas, y sus innumerables combinaciones, que formaron parte esencial de la decoración, y aun del simbolismo.

Valor estético de los elementos ornamentales

Depende de la forma e intención con que eran tratadas las citadas unidades ornamentales y de las normas que se imponían los artistas para sus creaciones. Pero advirtamos la importancia que para los egipcios tenía el dibujo (o línea de contorno), ejecutado con pincel, en trazos continuos y seguros. A esta maestría contribuía, indudablemente, la costumbre de siluetar figuras en los jeroglíficos.

Las artes plásticas egipcias nos dan la impresión de ser una continuación de la ideografía jeroglífica.

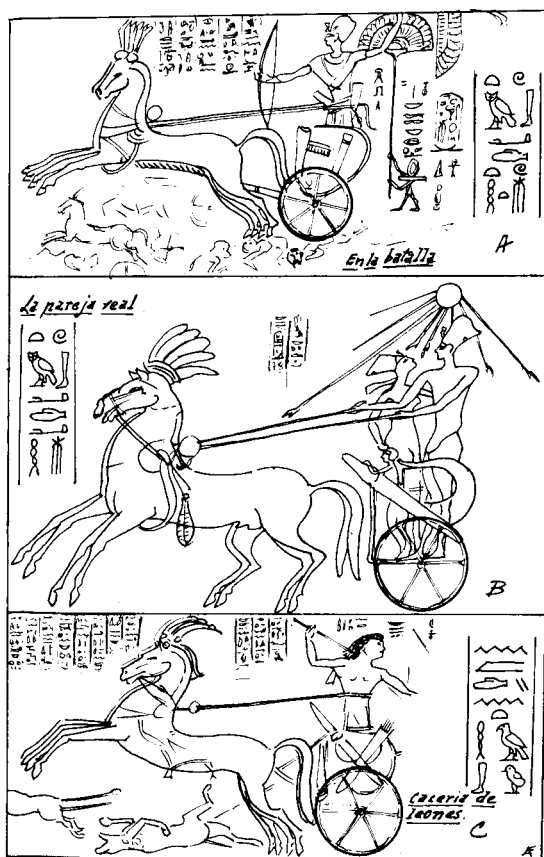


Fig. F. Diferentes representaciones del «rey en su carro» (apuntes). *Thutmés IV* (A). *Amenhetep IV* (B). *Ramsés III* (C).

Normas o reglas del Dibujo

a) Máximo carácter expresivo, con selección de gesto «expresivo», aun sacrificando la verosimilitud. De ello es ejemplo la *heteroplastia*, por la que en una figura de perfil se observan los hombros y el ojo de frente; actitud inverosímil pero casi general en la pintura y el relieve egipcios.

b) Preponderancia de la línea sobre el modelado, que es tanto como decir «de la expresión sobre el volumen».

c) Perspectiva ausente, convencional y decorativa; es decir, *bi-dimensionalidad* en la pintura y el relieve.

Los convencionalismos o fórmulas que sustituyen a la ausencia de perspectiva son: supresión de la dimensión de profundidad y representación de esta profundidad abolida por otras fórmulas sistemáticas, que pueden reducirse a estas tres:

1. División en zonas. Generalmente superpuestas y paralelas.

2. Abatimiento sobre un plano.

3. Superposición de formas. Esta es una forma corriente de eludir la perspectiva, como se observa en las representaciones de ejércitos o de rebaños, en las cuales, repitiendo la silueta de la figura que ocupa el primer plano, se reproduce la de las que ocupan lugares sucesivamente más al fondo, del mismo tamaño que la primera y pisando todas la misma línea en el plano del dibujo.

d) Trascendencia de tiempo y espacio, que es la solución genial del arte egipcio para dar el sentido de eternidad. Efectivamente: el artista de Egipto dibujaba «arquetipos específicos» más que individualidades, y como la especie es eterna, quedaba abolido el tiempo (de lo cual se exceptúan, naturalmente, los retratos). Por otra parte, el espacio se abolía prescindiendo de la perspectiva; es decir, de la tercera dimensión o «profundidad», que es la que nos da sentido de los volúmenes. De este modo, el arte egipcio se presta a un *subjetivismo categorial*; es decir, a volar toda la concepción del artista en figuraciones expresivas que digan lo que él quiere decir y absolutamente ajenas a la normal composición de la realidad.

Normas de la pintura

a) Policromía de tintas planas, limitadas por la línea del dibujo. Es decir, ausencia completa de difuminación y «ambiente».

b) Luminismo (o iluminación) más que colorismo. Esta influencia de la luz sobre el color, que caracteriza a la pintura egip-

cia, se debe sin duda a que su clima es una embriaguez de luz de sol, donde las tierras, las cosas y las casas son «más claras» que el cielo. Aquí no reza la frase de Goethe: «Los colores son los actos de la luz; sus actos y sus padecimientos.» En Egipto triunfa la luz. Si en tiempo más modernos quisiéramos hacer una comparación estética con la pintura egipcia, citaríamos la pintura del beato Angélico, también pintor «luminista». A este respecto dice muy bien Eugenio d'Ors: «El pintor colorista es un goloso de la materia; el «luminista» es un sediento de alma. Un colorista hace vibrar las cosas en la embriaguez del momento; un «luminista» las deja tranquilas en su postura de eternidad. Fray Angélico pertenece a la familia de los «genios claros», la más elevada dentro de la república de los espíritus.» Estas palabras parecen escritas pensando en la pintura egipcia, en la cual tuvo egregio precedente el beato Angélico.

c) Contraste simultáneo de colores yuxtapuestos, que dan una grata vibración a las pinturas egipcias.

d) Dominante cromática o unidad de acorde tonal. Efectivamente, por regla general, la pintura egipcia se desarrolla sobre un tono fundamental de color, sobre el cual se despliegan variaciones y matices de la misma gama. Lo más frecuente es la dominancia cromática de los ocre con variantes de sepías, oscuros, rojos y amarillos, que indudablemente obedece a las sempiterna contemplación del desierto por la pupila egipcia. Sobre esta base aparecen discretos azules y violetas como impresión de cielo o agua, que mitigan la monotonía de la gama cálida.

Normas de la escultura

a) Revelación de líneas más que da masas; y de aquí su predilección por el relieve.

b) Intersección de planos, que acusan líneas estructurales francas y definidas.

c) Armonización general de las estatuas y otras esculturas con las líneas del edificio al cual ornamentaban.

d) Frontalidad y avance de la pierna izquierda en las estatuas.

e) Tendencia a buscar ángulos rectos, sobre tod en las estatuas sedentes.

f) Proporciones categoriales. Es decir, tamaño propocional de las figuras talladas o esculpidas, según su importancia o categoría social, como se observa en la pintura.

Normas de la arquitectura

Se ha dicho por unos y otros críticos y escritores que la arquitectura egipcia es de concepción fría, racional, simbólica, proporcionalista, abstracta y geométrica. Todo esto es cierto y cabe añadir que las fórmulas de sus concepciones arquitectónicas son de una audacia inusitada y de una seguridad pasmosa. Los arquitectos del antiguo Egipto no han dudado durante treinta siglos sobre lo que querían hacer.

a) Los monumentos egipcios son megalíticos; los templos, de tipo subterráneo, y en todos trata de darse la sensación de horizontalidad. El espacio no apremiaba para pensar en edificaciones de gran altura como nuestros modernos «rascacielos». Si las pirámides son una excepción, se debe a su especial significado de aspiración superior a la exigencia de su forma geométrica.

Los templos egipcios estaban formados por una puerta o «pilón» de entrada, un patio subsiguiente, generalmente con peristilo; una sala hipostila, cubierta y sostenida por múltiples columnas; pasadizos con salas laterales, y, al fondo, la cámara de la divinidad, rodeada o no de otras estancias.

b) La profusión de columnas en los monumentos egipcios de la antigüedad, que equivale a la negación del factor espacial, la interpreta Ortega como una especie de «agarofobia» (u «horror a los espacios abiertos»), que exigía a la vista ir reposando de columna en columna a distancias próximas, para poder llegar hasta el final del recinto¹⁹. No deja de extrañar esta interpretación refiriéndose a un pueblo al que hemos de suponer acostumbrado a otear las grandes extensiones de sus desiertos, y al que, por tanto, no debían asustar los horizontes lejanos. Lo cierto es que el tamaño y número de columnas de cualquier templo egipcio es muy superior a lo que exige el peso de sus techos y alquitrabes.

c) El tiempo de columnas de los monumentos egipcios ha sido, en general, *papiriforme*, es decir, remedando un haz de tallos y flores de «papiro»; hasta los últimos tiempos del Nuevo Imperio, en que se conoció el «loto» y se hicieron columnas «lotiformes».

Las columnas «papiriformes» se caracterizan por su fuste, estriado longitudinalmente (semejando la unión de los tallos de la planta); la parte inferior o de la base, con ligera cintura, rodeada

¹⁹ «Aquí tenemos que ver que es todavía un palpar», dice Ortega.

de las hojas triangulares radicales que presenta el papiro; y el capitel representando la flor, cerrada o abierta, con los sépalos de su cáliz más cortos que sus pétalos, y llegando, por tanto, a no más del tercio inferior de la altura del capitel. Cuando la flor se representaba abierta, la columna muestra el capitel «campaniforme».

Las columnas «lotiformes», que predominan en los templos de la dinastía ptolemeica (Edfú, Denderah, Komombo...), carecen de cintura inferior en el fuste, de hojas radicales, y presentan los sépalos del capitel tan altos como los pétalos, y llegando, por tanto, hasta el ábaco. Otros tipos de columnas (protodóricas, palmiformes...) pueden observarse en ciertas construcciones y templos egipcios.

Era corriente la erección de dos o mas *obeliscos* a los lados del pilono de entrada de los templos, como símbolos del «culto solar», coronados de sus «piramidiones», que, cubiertos a veces de «electro», reflejaban los rayos del sol, como faros diurnos de la «luz del espíritu».

Resumen

El arte egipcio, nos dice Worringer, nos muestra un triunfo de la racionalidad sobre la sensibilidad, que proviene del carácter técnico de su cultura. De aquí dimana su marcado carácter *expresionista*, si por «expresionismo» entendemos «la acentuación subjetiva de los rasgos del objeto con deformación mayor o menor en su propio sentido dinámico». A lo que cabe añadir su sentido *suprarealista*, desde el momento en que se subordina lo natural a lo concebido.

Decía Spengler que el arte egipcio es «una metafísica en piedra, junto a la cual la metafísica estricta (la de Kant) parece un ingenuo balbuceo». Siempre asombra su reposo solemne y la seguridad pasmosa de sus fórmulas estéticas.

Como interesante y relativo paréntesis en la marcha secular de la estética egipcia, debemos detenernos, aunque sea brevemente, en el «fenómeno estético» llevado a cabo durante el reinado de *Amenhetep IV* o «Juenaten», que se ha convenido en llamar «arte de Tell-el-Amarna» o «amarnense», que fue la natural consecuencia de su «reforma religiosa».

El *arte de El-Amarna* se contagió del mismo sentido gracioso, amable y naturalista que la religión y la vida social. No hubo templos monumentales y lóbregos, ni estatuas colosales, ni siquiera

obeliscos. Los altares para el culto divino se elevaban directamente bajo los rayos del sol, precedidos de modestos pilonos y encuadrados de patios con jardines.

Los escultores de la corte, *Bek* y *Thutmés* practicaron un arte realista y estilizado, pero delicado y pudoroso, como lo demuestran el busto de la reina Teye, el tan conocido de la reina Nefertí y tantas estatuas y relieves del rey y su familia. Todo lo cual no es óbice para que en algunas pinturas y relieves se representen desnudos todos los miembros de la familia real.

En los frescos del palacio real de El-Amarna parece revelarse una influencia cretense —como pretende Pendlebury—, la cual pudiera explicarse porque, en tiempo de Amenhetep IV, los saqueos destruyeron la ciudad de Cnosos y muchos artistas de Creta se refugiaron en Egipto, influyendo en su pintura.

La ebanistería y la joyería llegaron a una culminación de buen gusto, detalle y perfección. Lo demuestra mejor que otra cosa el tesoro artístico encontrado en la tumba de Thutanjamen, en el que puede comprobarse que «las camas, las sillas, las arcas, los cofres y aun los carros, están trabajados como si fueran joyas».

La literatura adquiere con «Juenaten» las cumbres más elevadas y poéticas que hayan conocido las letras egipcias en toda su historia, como comprobaremos más adelante.

Se comprende la modalidad especial de esta etapa artística por el concepto y la actitud consecuente que tomó la vida social en la nueva capital de Amenhetep IV. En la sociedad amarnense no había esclavos; era una sociedad de burgueses libre; unos ricos, otros más modestos, pero en la que todos vivían con holgura e igualdad de derechos. Ni el rey ni sus súbditos guerreaban, cazaban ni pescaban; se había eliminado toda violencia. Pájaros y peces se representaban en libertad. La vida era concebida con optimismo, amabilidad y delicadeza.

Toda la vida social, que giraba alrededor de Amenhetep IV, estaba impregnada de amor a la Naturaleza y de libertad individual; por todo ello no es extraño que el arte nacido en su seno tenga un sentido marginal con respecto a la línea de la tradición estética secular de Egipto, si bien cabe afirmar que nunca dejó de tener sus raíces en la misma.

La literatura del antiguo Egipto

Haremos en primer lugar una reseña de las más importantes obras literarias del antiguo Egipto, en un relativo orden cronológico.

En el Imperio Antiguo sobresalen los «textos arcaicos» del «Libro de los Muertos», y los «Preceptos», de Ptahetep.

En el Imperio Medio se escribieron varias e importantes obras, siendo las más destacadas «Las profecías» («Advertencias de un sabio egipcio»); las «Profecías de Nefertí», el comienzo de la Dinastía XII; los «Cuentos» («del náufrago», «de Sinuhé», «del campesino»); el «Papiro Westear», de magia y profecías; el «Diálogo de un hombre cansado de la vida con su alma», contenido en el «Papiro de Erman».

Del Imperio Nuevo debemos citar las siguientes obras: «Querrela de Apef y Sekenenra», contenida en el «Papiro Sellier I»; la «Tableta de Carnavon»; la «Biografía de Ahmés»; los «Anales de Thutmés III», que refieren las campañas asiáticas del rey; el «Papiro Harris 75», que relata los disturbios que precedieron al reinado de Ramsés III; el «Poema de Pentaur» a las victorias de Ramsés II, grabado en las piedras de las puertas del templo de Luxor; el relato histórico de Ramsés III en los muros de su templo de Medinet-Abu; los cuentos de «El príncipe predestinado»; «Cuento de la Verdad y la Mentira»; «Cuento de los dos hermanos» (quizá la mejor obra literaria de Egipto faraónico); «Viaje de Unamunu»²⁰; el poema dramático representable «Heru picado por un escorpión», de la «Estela de Matternich» y «Himnos religiosos» de Amenhetep IV».

De la etapa de la dominación persa, entre las Dinastías XXVI y XXXI, podemos citar el «Papiro Insinger», con preceptos de reglas de moral; la «Crónica demótica»; el «Libro de las lamentaciones de Isis y Neftis»; el «Libro de las respiraciones»; las «Lamentaciones de Sokaris», y el «Libro de victoria sobre Apofis».

Durante los trescientos años que dura el gobierno de los Ptolomeos (Dinastía XXXI), las obras literarias, más de espíritu griego que egipcio, con fruto de la fecunda labor de los poetas y escritores de la Escuela de Alejandría, muchos de los cuales hemos mencionado (pág. 36).

Damos a continuación algunos trozos o extractos de alguna de las obras mencionadas en la anterior relación.

²⁰ De la época de Ramsés XI y a cuyo papiro, que fue destruido, le falta el final.

Capítulo XIV del «Libro de las Moradas»

Título: Capítulo sobre la traída de mágicos encantos por el propio hombre en el Neter-xer (morada de los dioses).

Viñeta: Un sacerdote parece dirigirse a las almas de los muertos.

«I. Dijo Osiris norte: Yo soy Jepera el que se forma a sí mismo sobre el muslo materno; personificando al perro-lobo para aquellos que están en el abismo celestial, y el fénix para aquellos que están en el divino círculo.

II. Yo reúno mis mágicos encantos en cada sitio donde él está; ahora, el hombre que está aquí se vuelve más rápido que el mas-tín, más rápido que la luz.

III. Trayendo la barca tú la guías con vigor a través del agua; tú navegas en la cuenca del fuego en el Neter. Yo reúno mis mágicos encantos. Yo soy Osiris.

IV. Resplandeciendo todos los sitios donde yo estoy. Mas el hombre que está allí se torna más rápido que los mastines, corre más deprisa que la luz, imitando al creador de los dioses.

V. Osiris norte da sus mágicos encantos al hombre que está allí, girando.

VI. Más rápido que los mastines, corriendo más deprisa que la luz, que la majestad del dios Shu.»

«Diálogo de un hombre fatigado de la vida con su alma»

(Escrito el año 2000 a. J. C. Contenido en el «Papiro de Erman», traducido del jeroglífico al inglés por Breasted.)

Esta composición es un diálogo entre el cuerpo y el alma de un hombre que ha decidido suicidarse debido a una afrentosa mutilación que ha sufrido en la guerra. El poeta ha decidido morir por el fuego. Pero a pesar de los elogios a la muerte y del horror de la vida que el cuerpo expone a su alma, ésta no se resigna a abandonar la vida, y esto se expresa cambiando de repente el sentimiento de la composición.

«Tengo hoy la muerte frente a mí
como la convalecencia ante un enfermo,
como el andar en un jardín después del lecho...

Tengo hoy la muerte frente a mí
como la dulce fragancia del beleño,
cual bogar a la vela con el viento...

Tengo hoy la muerte frente a mí

como el perfume de los lotos abiertos
cual el vaso de agua que calma al sediento...

Tengo hoy la muerte frente a mí
como el fluir del arroyuelo lento,
como el regreso del marino al puerto...

Tengo hoy la muerte frente a mí
como la niebla que despeja el cielo, cual rica presa ante el cazador
experto...

Tengo hoy la muerte frente a mí
como el paisaje del nativo suelo
ante el hombre que retorna del cautiverio...

.....

Mi nombre es más horrible
que el cadáver de un pájaro bajo el sol descompuesto.

Mi nombre es más horrible
que la mujer sorprendida en adulterio.»

De los «Preceptos de Ptahetep»

«Si eres hombre sabio, haz a tu hijo grato a Dios.»

«Si eres hombre sabio, acepta consejo de tu superior.»

«No digas mentiras a otra persona, pues sé que Dios mora en
los hombres y en ellos le reconozco.»

«Ciertamente, un hijo bueno es un don de Dios.»

«Nada tan espléndido como la obediencia de un hijo.»

«La vida, fuerza y salud de un hombre están en su corazón.»

«Que resplandezca tu faz mientras vivas.»

«Dios ama la obediencia y rechaza la desobediencia.»

«Te alegre tu corazón y refrenada tu boca.»

«Cuento de Setma»

«Senosoris, un niño prodigioso, mago de nacimiento, conduce a su padre Satmi al otro mundo y le hace visitar, las siete grandes salas de la morada de Osiris. Antes de entrar, habían encontrado la comitiva fúnebre de un rico suntuosamente amortajado y la de un pobre hombre arropado con una estera vieja y sin ningún acompañamiento. En la sala sexta del «Duat» contemplan Senoris y su padre, Satmi, a Osiris, Thuth, Anubis, los dioses asesores, y la balanza para pesar las virtudes y los vicios:

Aquel en quien se encuentre que las malas acciones son más

numerosas que las buenas, será entregado a Amemit, la perra del Señor de Occidente, que destruirá su alma y su cuerpo y no le dejará respirar más; y aquel en quien sean sus méritos más numerosos que sus malas acciones, será llevado junto a los dioses y su alma irá al cielo; y aquel en quien los méritos equivalgan a las faltas, será colocado entre los manes que sirven (en la tierra) a Seker-Osiris.

Entonces Satmi vio un personaje distinguido, vestido con finas telas de lino y que se acercaba al sitio donde estaba Osiris, en posición muy elevada. Padre mío, Satmi, dijo Senosiris, ¿no ves este alto personaje? Es ese hombre que viste sacado de Menfis envuelto en una estera y sin que nadie le acompañase. Se le conduce al «Duat», se pesan sus hechos malos contra sus méritos, y se encuentra que sus méritos son más que sus actos malos. Puesto el tiempo de su vida inscrito en su cuenta, no corresponde a un cantidad de dicha suficiente en tanto que permaneció en la Tierra; y se ordena ante Osiris cambiar el ajuar fúnebre de este rico que viste sacar de Menfis con grandes honores, y dársele a este pobre hombre que está aquí, para después llevarle hasta donde está Osiris. A ese rico que ves, se le encontraron sus malas acciones más numerosas que las buenas que realizó mientras estaba en la Tierra: se ordenó que pagara en el «Duat», y tú le has visto a la puerta del «Duat», junto al quicio de la puerta, plantado sobre su ojo derecho, girando sobre este ojo según se abre o se cierra, mientras que su boca da grandes gritos... Aquel que hace bien en la tierra, recibe el bien aquí, pero el que hace mal, recibe el mal. Esto ha sido establecido para siempre y jamás cambiará. Estas cosas que has visto en el «Duat» de Menfis tienen lugar en los cuarenta y dos nomos donde están los dioses del Consejo de Osiris.»

(Según Moret en «Au temps des Pharaons», pág. 237.)

«Poema de Pentaure sobre la victoria de Ramsés II» (fragmentos)

«Los arqueros y los carros del rey cedieron delante del enemigo. Su Majestad se levantó entonces como su padre, el dios Month; tomó sus armas y vistió su coraza, semejante a Baal en la hora de su poder. Lanzando su carro penetró en las formaciones de los khetas perversos. Estaba solo en persona; nadie con él; se encontró envuelto por dos mil quinientos carros, cortada su retirada por todos los guerreros del feroz Kheta y, las numerosas gen-

tes que le acompañaban; cada uno de sus carros llevaba tres hombres y estaban todos reunidos.

.....

«¡Ningún príncipe está conmigo, ningún general, ningún oficial de los arqueros ni de los carros! Mis soldados me han abandonado, mis caballos han huido; ni uno queda para combatir tras de mí.

«¿Dónde estás, mi padre Amen? ¿Es qué un padre pude olvidar a su hijo? ¿He podido hacer algo sin ti? ¿No he marchado y jamás me he detenido ante tu palabra? Yo nunca he violado tus órdenes.

«Te invoco, ioh padre Amen! Yo sé que Amen vale para mí más que un millón de soldados, que cien mil jinetes, que diez mil hermanos e hijos jóvenes, y más que todos ellos juntos. He realizado estas gestas por tu consejo y no he transgredido tu mandato. ¡He aquí cómo te he glorificado en todos los extremos de la Tierra!

«(Y el dios aparece y contesta): “Yo soy el Señor de la Fuerza, que ama a los valientes. He reconocido el valor de su corazón y estoy satisfecho. Mi voluntad será cumplida”...»

«Horus picado por un escorpión» (del poema dramático de la «Estela de Metternich»)

«Yo soy Isis, la que concibió de su hermano-esposo, y que llevó al dios Heru en sus entrañas. Yo le he criado, ocultándole por temor a que fuera asesinado y con la secreta esperanza de que algún día vengaría a su padre. Y he aquí que, habiendo salido a buscar algún sustento para alimentar a mi hijo en nuestra miseria, al regresar he encontrado al bello Heru de Oro, al infante que ya no tiene padre, con su cuerpo inerte y su corazón inconsciente; los vasos de su carne ya no palpitan y el suelo en torno de él yace humedecido con el agua de sus ojos y la que brota de sus labios.»

«Selkis, la diosa-escorpión aparece en escena con la cruz ansada en la mano, y consuela a Isis ofreciéndole sus poderes mágicos para salvar a Heru. Isis, trastornada por el dolor, introduce su nariz en la boca del niño para reconocer qué clase de veneno circula por su sangre, y entra en un delirio vertiginoso, «saltando como los pecados depositados en el fuego». Aparece entonces Neftis, que se une al coro de lamentaciones de los pecadores que se han reunido en torno a la madre dolorida. Selkis aconseja a Isis dar un

grito al cielo para que detenga la «Barca Solar de los Millones de Años», en la que viajan «Ra», el Sol, y otros dioses. Desciende el dios Thuth en una gloria de luces y de rayos. Isis y Neftis le cuentan lo sucedido, y Thuth les promete que la «Barca Solar» permanecerá allí hasta que el dios-niño recobre la salud, y les dice:

«Nada temas, ioh, diosa Isis! ¡Neftis, cesa tu llanto! Yo he venido trayendo soplos de vida, a fin de devolver sano y salvo el hijo a su madre. ¡Oh, Heru, que tu corazón se muestre firme y no desfallezca con la terrible herida! La protección para Heru viene de Aquél que está en el cielo, que ilumina la Tierra y que ordenó todas las cosas del mundo cuando en él solamente existía el caos. La protección de Heru viene del León de la Noche, de la Gran Alma oculta, del Gran Halcón que atraviesa el Cielo, la Tierra y el reino de las Tinieblas, del Escarabajo Sagrado, del Gran Disco Alado que vuela en el cielo, del cadáver misterioso de aquél cuya momia venerada habita en el interior de los sarcófagos, del país donde los objetos son invisibles. La protección de Heru están en su cuerpo mismo, defendido por los poderes mágicos de su madre Isis... ¡Oh, Heru!, tu protección está asegurada; alegrarás de nuevo el rostro de tu madre; tu voz reconfortará los corazones y serás el vengador de tu padre.

«¡Aléjate, veneno...!; la Barca de Ra no se moverá hasta que no revivas. ¡Levántate, Heru, para que la barca vuelva a navegar conducida por su celeste compañía...!»

«Yo soy Thuth, el hijo mayor de Ra, el mensajero de las órdenes de Aten, que es el Padre de los dioses. Su mensaje dice: «¡Que Heru sea curado por su madre Isis. ¡Oh, Heru!, tu protección reside en tu propia calidad. El veneno está destruido; ya no existe el veneno que aguijoneaba al hijo de la Poderosa. ¡Iros todos a vuestras casas! ¡Heru ha sido devuelto vivo a su madre!»

(Y volviéndose al cielo agrega):

«Que tu corazón se alegre, ioh, Ra-Harmachis!, tu hijo Heru ha vuelto a la vida.»

«Himno religioso», de Amenhetep IV, traducido por Moret

«Tú te levantas gallardamente, ioh, Aten viviente, Señor de la eternidad! ¡Tú eres radiante, tú eres bello, tú eres fuerte! Tu amor es amplio y grande: tus rayos lucen para todas las criaturas; tu cara se ilumina para dar vida a los corazones. Has llenado las Dos Tierras con tus amores, oh buen Señor que te has formado a Ti

Mismo, que creas la Tierra entera y engendras todo lo que existe en ella: todos los hombres, los animales, todos los árboles que crecen sobre el suelo.»

«Ellos viven cuando tú para ellos te levantas, puesto que eres padre y madre para tus criaturas. Cuando apareces, sus ojos miran hacia ti. Tus rayos iluminan toda la Tierra; todos los corazones se exaltan al verte cuando apareces como Señor.

«Cuando descansas en el horizonte occidental del cielo, ellos se acuestan como los muertos; sus cabezas están cubiertas; su nariz, cerrada, hasta que por la mañana aparece tu resplandor en el horizonte oriental del cielo.

«Entonces sus brazos se elevan hacia tu «Ka», porque vivificas los corazones con tu hermosura, y ¡todos viven!. Cuando prodigas tus rayos, toda la Tierra está en fiesta; se canta, se hace música, se grita de alegría en el patio del templo solar, tu templo en Akhet-Aten, el gran solar en que te complaces...

«¡Aten! ¡Tú vives eternamente...! Tú has creado el lejano cielo para elevarte en él y ver (desde la altura) todo lo que has creado. Eres único, y millones de seres viven en ti y reciben de ti el sople de vida en su nariz.

«Todas las flores viven para ver tus rayos, brotan del suelo y crecen cuando tú apareces; ellas se embriagan con tu rostro. Todos los animales brincan sobre sus patas; los pájaros que se hallaban en su nido vuelan alegremente; sus alas que estaban plegadas se abren para adorar a Aten viviente.»

(A. Moret, «Le Nil», págs. 42 y 43)

«El cuento de los dos hermanos» (extracto de su argumento)

(Este cuento fue escrito, por el escriba Anena, para el príncipe *Sethi-Menefptah*, hijo de Ramsés Miamo, cuyo manuscrito original perteneció a Sethi II, y que se halla inserto en el «Papiro de Harris», conservado en el Museo Británico.)

Anpú y *Bitú* eran dos hermanos. *Anpú*, el mayor, era dueño de la hacienda. *Bitú* trabajaba los campos y cuidaba el ganado.

Un día, durante el trabajo, encargó a *Bitú* que fuese a buscar semillas a su casa. Después de sembrarlas, volvieron a la casa, hallando a la mujer de *Anpú* abatida, llorosa y lamentándose de que *Bitú* la había tratado mal al no querer ella acceder a una pretensión deshonestas de su cuñado.

Anpú quiso matar a *Bitú*, pero éste pudo escapar, y entonces el dios Ra-Harmachis interpuso entre ambos una corriente de agua poblada de cocodrilos. *Bitú* propuso a su hermano que esperase a que se hiciera de día y le explicase lo sucedido.

Cuando rompió el día, *Bitú* contó a *Anpú* la verdad del caso y le hizo ver que la culpable, impúdica y falsa había sido ella. Y *Bitú* se negó a volver a la casa donde estaba su cuñada.

Iremos —dijo *Bitú* a su hermano— al «valle del cedro», donde me arrancaré el corazón mágicamente y le pondré en la rama más alta del árbol. Al cabo de siete años irás tú a buscarme y pondrás mi corazón en una vasija con agua fría, con lo cual volveré rápidamente a la vida. Las señales para que hagas esto serán que, cuando te sea ofrecida cerveza, desbordará la espuma del vaso, y cuando te sea dado vino, el sedimento aflorará a la superficie.

Bitú marchó al valle con su hermano. *Anpú* regresó a su casa donde, indignado, dio muerte a su mujer.

Bitú dormía en el valle bajo el cedro y cazaba de día. Una vez se le aparecieron los nueve dioses de la «Gran Compañía» y le ofrecieron por esposa a la hija de uno de ellos; pero las «siete Hathores» juraron darle muerte. *Bitú* se casó con la divina criatura y contó a su mujer lo que había ocurrido con su corazón.

Mas, habiendo sabido el faraón de la belleza de la esposa de *Bitú*, deseó poseerla y envió al valle a hombres armados que atacaron a *Bitú*... La nueva favorita del rey contó a éste el secreto de su marido y le indujo a cortar el cedro del valle, lo cual hizo el faraón, y *Bitú* cayó muerto.

Entonces a *Anpú* se le desbordó la espuma de la cerveza y se le enturbió el vino. Fue al valle, encontró el cadáver de su hermano, buscó su corazón, le puso en agua fría y *Bitú* resucitó.

Bitú dijo a *Anpú*: «Ahora me transformaré en un toro sagrado («Apis»); me llevarás hasta el faraón, te recompensará con oro y plata. Lo hizo así, la corte se regocijó y el faraón estimó a *Anpú* más que a cualquier otro hombre.

Corporizado en un toro entró en el harén y *Bitú*, en esta forma, recriminó a su mujer. Ésta tuvo miedo y rogó al rey que sacrificara al toro para que ella pudiera comer su hígado. El rey, aun en contra de su propio gusto, y por amor a su favorita, lo hizo como ella se lo pidió.

Al degollar al toro, dos gotas de su sangre cayeron a los lados de la puerta y dieron lugar a dos grandes árboles. Uno de estos era

Bitú, que habló a su mujer y la recriminó de nuevo con más vehemencia.

La mujer pidió esta vez al rey que cortase los dos árboles para hacer con ellos sendas lanzas para su coche. El faraón volvió a complacerla tal como ella se lo pidió. Pero al cortar uno de los árboles, penetró una astilla en la boca de la mujer y ésta quedó encinta, dando a luz en su tiempo a un hijo varón, el cual fue amado por el rey, quien le hizo Príncipe del Alto Nilo.

Este niño, que no era sino el propio *Bitú*, ocupó el trono a la muerte del rey. Entonces convocó a los altos dignatarios, hizo comparecer a su mujer ante ellos y refirió a todos su historia.

La mujer de *Bitú* murió al poco tiempo. *Bitú* reinó durante veinte años, siendo sucedido por su hermano *Anpú*, a quien antes hubo nombrado sucesor y rey.

«El viaje de Unamunu»

(Se trata de un cuento histórico de fines del Imperio Nuevo, cuya acción de sesarrolla en los últimos tiempos del reinado de Ramsés XI, en que Herihor se había sobrepuesto al poder del faraón (pág. 20), y cuyo argumento es el viaje al Líbano de Unamunu, comisionado por el gran sacerdote de Tebas, para buscar la madera necesaria para reparar la «barca de Amen-Ra».)

Después de muchas peripecias, de dificultosas negociaciones con el rey de Biblos y valiosos presentes para éste, Unamunu se embarca de regreso con su carga de madera de cedros del Líbano, pero naufraga cerca de la isla de Chipre. Los habitantes de la isla le acogen con disgusto, pero la reina, en cambio, se muestra benevolente y hospitalaria... (El desenlace de esta historia nos es desconocido porque el papiro se halla incompleto.)

Literatura médica del antiguo Egipto

Los primeros médicos conocidos por la Historia Universal han sido los egipcios *Sekhet-Enanach* e *Imhetep*. El primero, médico de un rey de la dinastía tinita, por el año 3000 a. J. C., del cual solamente sabemos que «curó las narices del rey». El segundo, como ya hemos visto (pág.), médico arquitecto y primer ministro de tiempos del rey Zoser, de la III Dinastía, divinizado en tiempo de los Ptolomeos; como verdadero predecesor de «Esculapio» griego, parece haber sido autor de muchos de los escritos contenidos en los «papiros médicos».

Estos papiros son los siguientes: «Papiro de Ebers», «Papiro de Hearst», «Papiro de Kahun», «Papiro de Berlín», «Papiro de Edwin Smith» y otros menos importantes.

El *Papiro de Ebers* fue encontrado por Jorge Ebers en una tumba tebana en 1862 y se conserva actualmente en la Universidad de Leipzig. Fue escrito en el año 1500 a. J. C. (Dinastía XVIII). Consta de 110 páginas y contiene 900 recetas. Se refiere a un sistema de medicina mágica, exorcista y medicamentosa, conteniendo también nociones de anatomía y fisiología.

El *Papiro de Kahun*, De 1850 a .J.C., descubierto por sir Flinders Petrie en 1889, trata especialmente de tocología y ginecología, en el cual ya se plantea el problema de la determinación del sexo y el de la limitación de la natalidad.

El *Papiro de Hearst*, hallado en el Alto Egipto en 1899, propiedad ahora de la Universidad de California, fue escrito en el año 1400 a. J. C., y su contenido es semejante al del «Papiro de Ebers».

Los *Papiros de Berlín* (llamados así por conservarse en el museo de esta capital) tratan: uno de ellos de casos y prescripciones parecidos a los del «Papiro de Ebers», y el otro (escrito hacia el 1450 a. J. C.) puede considerarse como el primer libro conocido de «pediatría», donde se describen prácticas, prescripciones y conjuros para el tratamiento de las enfermedades de los niños.

El *Papiro de Edwin Smith* es el más importante y científico. Fue descubierto en el mismo lugar y al mismo tiempo que el «de Ebers», habiendo sido de propiedad del coleccionista cuyo nombre lleva, pasando luego a la Historical Society, de New York. De fecha anterior a la del «Papiro de Ebers», ha sido estudiado por el profesor Breasted, y contiene muchas observaciones y 48 tipos de heridas y lesiones con sus correspondientes tratamientos quirúrgicos. Sus descripciones comienzan por lesiones en la cabeza, continuando en orden descendente hasta el tórax, donde termina por hallarse incompleto.

He aquí algunos casos extractados de los papiros anteriormente citados.

«Si examinas a un hombre que presenta una herida sobre su ceja, penetrando hasta el hueso, ajusta la piel y junta sus bordes con una sutura. Si hallas que la sutura se afloja, junta aún más sus bordes con dos tiras de emplastro y trátala con grasa y miel diariamente hasta que cicatrice.

«Si examinas a un individuo que tiene en su garganta (*shbub-*

it) una herida abierta, que penetra hasta la faringe, cuando beba el paciente el agua le saldrá por la herida. Esta se hallará muy inflamada, a consecuencia de lo cual tendrá fiebre. En tal caso ciérrase la herida con puntos de sutura. El pronóstico es dudoso. Pero si la fiebre no cede, debes meter grasa en la herida, dejándole en posición de descanso.» (Del «Papiro de Edwin Smith».)

«Si hallas que el cuerpo de un hombre tiene fiebre bajo la influencia de una herida en las suturas de su cráneo, colocarás tu mano sobre él mientras se agita en convulsiones bajo la influencia de esta lesión. Si hallaras su cara bañada en sudor, los ligamentos de su cuello tensos, su cara amoratada, sus dientes y su espalda... (falta una palabra, sin duda olvidada por el escriba), el olor de su caja craneana como el de la orina de los carneros, su boca crispada, las cejas torcidas, y su cara como si llorara, tenla por enfermedad en la que no se puede hacer nada. Pero si hallas que ese hombre ha quedado pálido y ha dado señales de relajarse, prepara un tubo de madera guarnecido de tela que se pondrá en la boca; luego le harás preparar una bebida hecha de algarrobos. El tratamiento consiste en mantenerle sentado, colocado entre dos soportes de ladrillos, hasta que compruebes que ha llegado a un punto decisivo.»

Los párrafos transcritos prueban que en algunos medios científicos egipcios se trataba de afinar la observación y sacar, por tanto, conclusiones lógicas y útiles para el enfermo. Mas es evidente también que, cuando los medios inmediatos y naturales no bastaban, se recurría a fórmulas mágicas y a rogativas a los dioses; lo cual verdaderamente se hace en todos los pueblos cultos cuando fallan los recursos de la ciencia.

VI. LA ESCRITURA JEROGLÍFICA EGIPCIA

Los egipcios tenían una profunda fe en la eficiencia de la palabra escrita, porque creían que de este modo podría garantizarse la realización de los pensamientos expresados por medio de ella. Desde la IV Dinastía fueron decoradas las tumbas de los reyes y de los nobles con textos jeroglíficos, haciendo destacar los méritos de sus vidas en este mundo y expresando sus esperanzas de continuidad en el «mas allá».

La escritura jeroglífica (cuyo nombre deriva del griego «Hieiros», que significa «sagrado», y «Glyphein», «escribir») era llama-

da por los egipcios *An-en-neter-zau*, o sea «Escritura de las palabras sagradas». Las primeras inscripciones jeroglíficas fúnebres datan de la I Dinastía, hacia el año 3000 a. J. C., y las últimas son del 160 a. J. C. En este enorme lapso de tiempo apenas varió el mecanismo general de la escritura jeroglífica, si bien es verdad que ésta constituyó el coto cerrado de los escribas profesionales y de las clases educadas, todos los cuales la preservaron celosamente de la contaminación de la lengua vulgar.

Los escolares egipcios se enfrentaban con la dificultad de tener que aprender unos setecientos caracteres, que además debían ser escritos (o mejor, «dibujados») con soltura y cierta ligereza. Entre éstos se contaban pictogramas populares, representaciones de partes anatómicas, personas, animales, aves, anfibios, reptiles, peces, insectos, árboles y plantas, formas rupestres, edificios, barcos, muebles, vestidos, juguetes, armas y artículos alimenticios.

Por otra parte, los signos jeroglíficos se empleaban con diferente significado, según dos modos fundamentales: 1.º Como *ideogramas* o signos simbólicos, interpretando la idea del objeto que representaban; por ejemplo: el signo del sol (un *círculo* con un punto en el centro), que podía expresar la idea de «sol», «luz» o «día», y 2.º como *fonogramas* o signos fonéticos, de letras o sílabas, empleados para componer sonidos, como en las «charadas»; por ejemplo; el *búho* y la *mano* denota, respectivamente, los sonidos de la *m* y de la *d*, porque las palabras egipcias para «búho» y «mano» comienzan por las consonantes en cuestión.

De este modo, el pueblo egipcio confeccionó un *alfabeto fonético* de 24 signos consonantes, simples o compuestos, al cual lo que nos hace suponer que se trata de una escritura «presemítica», como, por otras coincidencias con las lenguas semíticas actuales, veremos un poco más adelante. Efectivamente, las raíces de las palabras egipcias están formadas enteramente de consonantes, siendo los sonidos vocales de simple tensión o modulación y, por consecuencia, de importancia secundaria. Una sola consonante, como el «búho» a que antes aludimos, podía indicar las sílabas *am*, *em*, *ma*, *me* y todas las posibles combinaciones de la *m* con vocales antes o después. Por consecuencia, es imposible conocer realmente cómo era la fonética en el lenguaje hablado. Por esta razón varían tanto las transcripciones a otras lenguas que dimanan de apreciaciones de escuela.

Aparte de los signos fonéticos, se idearon *signos silábicos* que permitieron una condensación de la escritura en superficies más

pequeñas. Y a esto se agregó el empleo de *signos determinativos* para fijar el significado de aquellas palabras que tenían la misma composición, y por tanto, el mismo sonido.

Otro carácter de la escritura jeroglífica consistía en que podía escribirse indistintamente de la escritura jeroglífica consistía en que podía escribirse indistintamente de derecha a izquierda, de izquierda a derecha y de arriba a abajo, según el espacio disponible o la imaginación del escriba. La clave de la dirección está determinada por el lado hacia donde «miran» los signos que representan personas o animales.

La destreza que exigía la escritura jeroglífica llevó al empleo de una escritura cursiva llamada «hierática», en la cual los dibujos caligráficos quedaron reducidos a sus líneas esenciales, solamente para despertar la sugerencia de los signos originales. Pasado el tiempo, la escritura hierática dejó paso a otra forma abreviada llamada «demótica», y hacia el siglo III de J. C. fue sustituida por la escritura «cóptica», en caracteres griegos, con vestigios de los jeroglíficos. Los «coptos» (cristianos egipcios) cesaron de escribir jeroglíficos, pero continuaron hablaron la lengua egipcia hasta el siglo XVI, y aún en la actualidad (siglo XX se celebran servicios religiosos en dicha lengua, en los tiempos coptos.

Origen de los jeroglíficos

Los dos sistemas de escritura más antiguos son el *egipcio* y el *sumerio*.

En Egipto, donde según la tradición fue Thuth el inventor de la escritura, ésta aparece hacia el año 5000 a. J. C.

En Sumer aparece el sistema cuneiforme hacia el año 4000 a. J. C.

El *silabario de Biblos*, cuyo sistema se empleó en las diez inscripciones descubiertas por Dunand y Dhorme, contiene cien caracteres, de los cuales cincuenta se parecen a los de la escritura jeroglífica egipcia, y cuya antigüedad se remonta al año 2000 a. J. C.

El *alfabeto fenicio*, derivado (al menos en gran parte) del jeroglífico egipcio, es el origen de casi todos nuestros alfabetos actuales y, especialmente, de todos los occidentales, a través del griego.

Es revelador y sorprendente que en ese rincón del Mediterráneo oriental comprendido dentro de un círculo cuyo centro este de Jerusalén y cuya circunferencia, con un radio de 1.300 kilóme-

tros, pase por Atenas, han aparecido todos los sistemas de escritura y los grandes profetas de cinco grandes religiones. Efectivamente: en esa zona privilegiada aparecieron las escrituras cuneiforme, egipcia, hetita, cretense (lineales *a* y *b*) y la del disco de Festo. En ese recinto geográfico vinieron al mundo Hermes, Orfeo, Moisés, Jesucristo y Mahoma.

Justo es consignar que esa bendición que cayó sobre las costas del Mediterráneo oriental se repitió en ese otro polo espiritual del planeta, situado en el extremo Oriente, donde apareció esa otra constelación de genios religiosos formada por Rama, Krishana, Buddha, Lao-Tseu y Confucio.

Concretándonos a la *escritura jeroglífica egipcia*, diremos que fue ya usada por los reyes del «Calendario de Palermo» y en los ceramios neolíticos. Es natural que en sus comienzos constase solamente de *signos figurativos* o pictografías, a los que posteriormente se añadieron, en el curso de su evolución, caracteres *silábicos* (o «fonemas»), *literales* y, al fin, *determinativos*.

Los «Textos de las pirámides» (pág. 65) apenas constan sólo de caracteres literales, lo cual supone ya, en aquellos remotos tiempos, una madurez intelectual extraordinaria, que solamente puede explicarse por un lentísimo proceso evolutivo; lo cual nos hace colegir la antigüedad del sistema, dando la razón a Platón, que afirmaba la primacía del sistema egipcio de escritura.

El enigma de la escritura jeroglífica egipcia fue revelado en 1830 por *Jean François Champollion*, aquel genio francés de la filología que, tras improbos esfuerzos de una labor febril, logró descifrar los jeroglíficos, interpretando las inscripciones de la *pedra de Roseta* y de ciertos monumentos egipcios.

Champollion nació en Figeac (cerca de Grenoble) en 1790, y murió en París en 1832. Su afición, facilidad y dominio de los idiomas le condujo al éxito más rotundo en el estudio de las lenguas árabes, china, copta y, finalmente, la egipcia.

En competencia con *Young* y *Akerbland* (1892), pero adelantándose a los dos en sus conclusiones, culminó su labor con su obra «*Précis du système hiéroglyphique*», donde hallamos la primera gramática egipcia conocida.

La *pedra de Roseta*, con una inscripción en tres sistemas (griego, demótico y jeroglífico) de tiempo de Ptolomeo V «Epifanes», y del año 196 a. J. C., fue encontrada por un oficial del ejército de Napoleón cuando excavaba en el fuerte de San Julián, en la aldea egipcia de Roseta. La traducción del texto griego facilitó a

Champollion la clave para descifrar el texto jeroglífico, en el cual, desde el primer momento, como hubo previsto Joung, predominaban los signos fonéticos.

La entrevista de los hermanos Champollion con Napoleón en marzo de 1815, el éxito de Juan Francisco ante los egiptólogos franceses y alemanes en París y la ayuda de su hermana, que colaboró eficazmente en esta improba labor, permitieron a Juan Francisco realizar su sueño de marchar a Egipto al frente de una expedición, y donde la gente le admiraba porque «sabía leer la escritura de las piedras», y hasta el mismo «pachá» le invitó a su palacio para que le contase la historia de su país.

Después de *Champollion* has seguido sus huellas, perfeccionando la gramática jeroglífica y traduciendo inscripciones, pictografías y papiros, muchos ilustres egiptólogos, como *Maspero, Moret, Lepsius, Kircher, Loret, Mariette, Naville, Erman, Rougé, Brugsch, Goodwin*, etc., y entre los nuestros, españoles, *Rodolfo del Castillo, Eduardo Toda y Manuel Treviño*.

Mecanismo general de la escritura jeroglífica

Los signos empleados en este sistema de escritura egipcia son de seis clases:

1. *Alfabéticos* o literales, que representan una letra y son en total veintiséis (contando con que alguna letra tiene doble signo).
2. *Silábicos*, que representan una sílaba (como *sut* = «rey»; *men* = «descansar»; *tut* = «imagen»).
3. *Complementos fonéticos*, que rematan la pronunciación de un silábico con la adición de su sonido o letra final.
4. *Determinativos fonéticos*, que repiten con otra figura la pronunciación de las letras de la raíz de una palabra.
5. *Ideográficos*, que comprenden dos clases:
 5. *Determinativos especiales*, que aclaran el significado de una palabra cuya escritura o pronunciación denomina cosas distintas.
 6. *Figurativos*, que representan, cual verdaderos «ideogramas» o pictografías, un objeto o ser, pudiendo ser *proprios* (como una flor representando al «loto») o *simbólicos* (como una figura de un «rey» sentado).

Un mismo fonema puede significar varias cosas, como, por ejemplo: *tut*, que puede querer decir «único», «imagen» o designar al dios «Thuth», y cuyo significado solamente puede aclararse por la adición del «determinativo» correspondiente. (Así: Tut-

anj-amen, es «imagen viviente de Amen», cuyo significado de nombre de un rey queda determinado encerrando la palabra en un «cartucho».)

Preparación para la lectura de los jeroglíficos

En primer lugar deben separarse las palabras, generalmente juntas en este sistema de escritura. Y esto se efectúa por el reconocimiento de los *signos determinativos* y del *signo del plural*, que van colocados al final de cada palabra, o bien por el conocimiento de *palabras cortas*, como artículos, pronombres, preposiciones y conjunciones, que no llevan determinativos ni, a veces, plurales.

En la escritura jeroglífica se observará en primer lugar la *raíz* de cada palabra, formada por consonantes, intercaladas de fonemas vocales más o menos explícitamente representados. (Las vocales *a*, *i*, *u*, poseen signos literales propios, pero no así la *e* y la *o*. Por consiguiente, es dudoso que un egipcio pronunciase «Tutankhamon» en vez de «Tutanjamen», como literal y fonéticamente debe decirse.) Después de la raíz viene el *complemento fonético*, si a ello hay lugar, como la *n* después de la sílaba *men* en el nombre del rey anteriormente citado. Y al final de la palabra, si ésta es nombre de persona o cosa, o si se trata de un adjetivo o verbo, el *determinativo especial*, que aclara definitivamente el significado del término.

Concordancia con las lenguas semíticas

La antigua lengua de los jeroglíficos egipcios presenta, como las lenguas semíticas de la actualidad, el *femenino terminado en t* (como *nefer* = bueno, cuyo femenino es *nefer-it* = buena); el *plural en u* (como *nefer-u* = buenos), y el *dual en i* (como *nefer-u-i* = los dos buenos). [Así también en árabe; por ejemplo, «ciudad» —femenino— es *Madinet*; el plural de *Malik* (rey) es *Maluk* (reyes); y el dual de *ar-rayulu* (el hombre) es *ar-rayulani* (los dos hombres).]

Las *raíces* de las palabras hallanse formadas por consonantes, y pueden constar de dos letras, como ocurre con toda raíz simple, de tres y aun de más; pero, en general, las palabras de cuatro letras son redoblamientos de la raíz simple, y las de seis letras son redoblamientos de raíces trílteras. Las palabras de cinco letras son factitivos en *s* de una raíz simple doblada.

De una misma raíz pueden derivarse multitud de palabras, variando la ortografía y los determinativos. Así, de la raíz trilítera *psh* («dividir») se derivan: *peshesh* = mostrarse; *apesh* = encender la luz; *sepesh* = hacer dividir; *pedesh* = extender; *peshennu* = división; *peshes* = dividir; *pesesh* = separar; *peshti* = diosa alada, y *jepesh* = espada.

Los nombres de los reyes, como ya se ha repetido, van encerrados en cartuchos, y éstos, precedidos de títulos simbólicos que en conjunto constituyen esa quintuple denominación de *Horus*, *Nejebit-Uarit*, *Horus de Oro*, *Suten-Bat* (o nombre privado) e *Hijo de Ra* (nombre oficial)

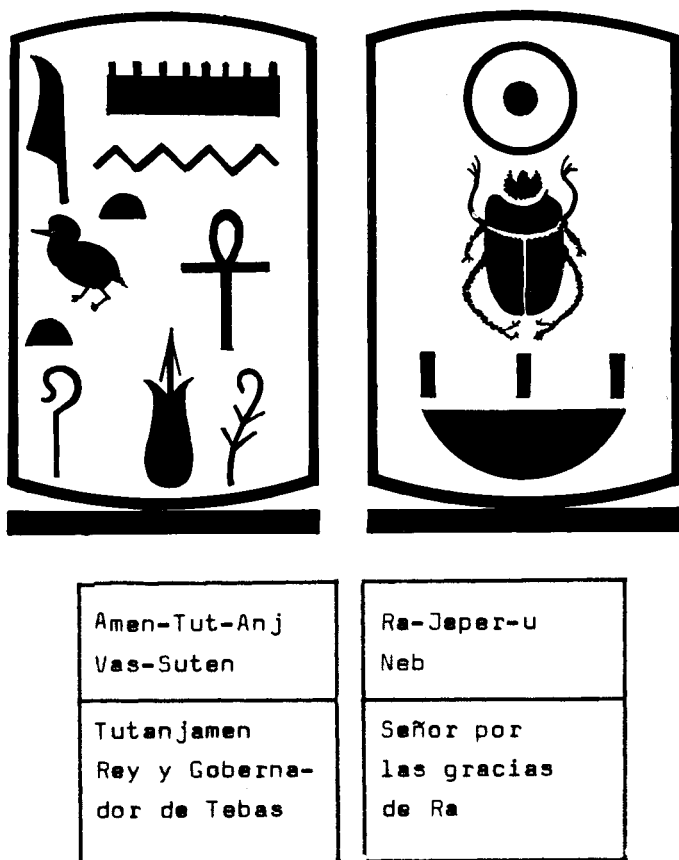


Fig. G. Cartuchos del faraón Tutanjamen.

El *calendario egipcio* hállase formado por *tres estaciones del año*, denominadas «Estación de la inundación», o *sha-it*; «de la sementera», o *per-it*, y «de la recolección», o *shennu-it* (cuyos nombres van todos seguidos del determinativo del femenino). Cada «estación» constaba de cuatro meses, de los cuales solamente conocemos los nombres «coptos», porque en la escritura jeroglífica se representaban por un número ordinal que seguía a la palabra *athir* («mes»).

La *fórmula de la fecha*, generalmente escrita en los monumentos, es la que muestra el siguiente ejemplo:

Renp-it met-ua Athir meh-jemt Shait ha meh-ua jer-hen Suten-bat...X; o sea: «Año 11.º, mes 3.º de la inundación, día 1.º bajo la majestad del Rey del Alto y del Bajo Egipto... X (y aquí el nombre, «suten-bt», del faraón).

Sería entrar en pleno estudio de la gramática jeroglífica egipcia si nos extendiésemos en más consideraciones a propósito de este interesantísimo y apasionante tema. El estudiante de egiptología hallará magníficos textos como el «Manuel de la Langue égyptienne», de Victor Loret (1889); la «Agyptischen Grammatik», de A. Erman (1933); «Die Laute der ägyptischen Sprache», de Czermak (1931); «Egyptische Grammatica», de Buck (1941); «Grammaire de l'ancien égyptien», de G. Farina (1927); «Grammatica della lingua egiziana antica in caratteri geroglifici», de R. Neuville (1927); «Egyptian Grammar being an Introduction to the Study of Hieroglyphs», de A. Gardiner (1950); «Grammaire de l'égyptien classique», de G. Lefebvre (1940), sin que por el momento podamos ofrecerle ningún texto en español, cuya confección tiene entre manos el autor de estas líneas ²¹.

VII. APÉNDICE I

Geografía e Historia del Nilo y del Canal de Suez

(Extracto de la conferencia dada por el doctor Eduardo Alfonso en la Sección de Jubilados del Ilustre Colegio de Médicos de Madrid, el jueves, 25 de noviembre de 1971.)

El Nilo era representado en el antiguo Egipto por el dios *Hapi*,

²¹ «Compendio de Gramática jeroglífica del egipcio clásico». Ediciones Bellso-lá, Barcelona, España.

de grotesca figura, con luengas barbas, pechos femeninos y ancha cara azul, que era paseado en solemnes procesiones durante las fiestas de la inundación, para ser finalmente venerado en el santuario de Silsilis.

En Egipto era «Ioteru» el río por antonomasia, o sea el cauce fluvial geográfico. Y a éste vamos a dedicarnos en primer lugar.

Comencemos por decir, recordando a Ortega, que «la prehistoria es, más que historia, paisaje. Mientras hay tierra de sobra, la historia no puede comenzar. Cuando el espacio sobra, ante el hombre reina aún la geografía que es prehistoria».

Y proyectemos aún más lejos nuestro recuerdo repitiendo con Herodoto que «los dos ojos de la historia son el tiempo y el espacio», es decir, la cronología y la geografía. La geografía confinada hace historia, y esto no puede ser más ostensible en Egipto, donde ya desde los primeros documentos históricos se nos dice de la existencia de dos reinos: uno en el Sur, determinado por el largo curso del Nilo, y otro en el Norte, confinado en el Delta. El primero con capital de Nekhen o Hierakónpolis y el segundo constituido por la federación monárquica de Butó. Estos dos centros de poder son para Toynbee, el gran historiador inglés de nuestros días, «los dos polos de tensiones que han determinado la historia de Egipto». El del Sur, conteniendo a sus vecinos nubios; el del Norte, resistiendo a libios y sirios. Del Medio Egipto apenas han brotado acontecimientos de importancia. Este punto de vista de Toynbee es bien cierto y justifica a lo largo de los siglos la constante pugna entre Tebas, en el Sur, y las diversas ciudades del Delta, en el Norte (Metelis, Ávaris, Sais...).

El Nilo, río de más de 6.000 kilómetros de curso, nace en el *lago Victoria*, a 1.190 metros de altura. Sale de éste con el nombre de «Nilo Somerset», que conduce sus aguas al *lago Alberto-Nyansa* (a 592 metros), que a su vez recibe el caudal del *río Nyansa Usangara*, que nace en el macizo del Ruwenzori. Este trayecto de algo más de 500 kilómetros entre los dos lagos forma a los 100 kilómetros el *lago Kyoga*, que recibe también caudales de los *ríos Kufur y Kabuli*, descendiendo en los restantes kilómetros por los saltos de Karuna, Tada-Nakuy, Assaka, Kadia y Ketutu, abocando en el lago Alberto por las magníficas cataratas de Murchison.

Sale del lago Alberto con la denominación de Nilo de los Montes (o «Bahr-el-Gebel»), y a los 200 kilómetros forma la 8.ª *catarata* o «Fola». El Nilo forma en su curso total las llamadas cataratas, en número de ocho, que son mas bien «rápidos». Des-